

Tomás de Kempis

IMITACION DE CRISTO



Venerable Tomás de Kempis

LIBRO I

CONSEJOS QUE SIRVEN
PARA LLEVAR VIDA

IMITACION

DE CRISTO

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003-Sevilla

ISBN: 84-7770-462-7

D.L.: Gr. 651-99

Impreso en Azahara

Printed in Spain

LIBRO I

CONSEJOS QUE SIRVEN PARA LLEVAR VIDA ESPIRITUAL

Capítulo I

IMITACION DE CRISTO Y DESPRECIO DE TODAS LAS VANIDADES DEL MUNDO

1. «El que me sigue no va a oscuras», dice el Señor. Estas palabras son de Cristo y con ellas nos enseña a imitar su vida y sus virtudes, si queremos gozar de la luz verdadera, y librarnos de la ceguera del alma.

Por esa razón, que la meditación acerca de la vida de Jesucristo sea el más profundo de nuestros estudios.

2. La enseñanza de Cristo es superior a todas

las enseñanzas de los santos; y el que tenga su espíritu, en ella encontrará un maná escondido.

Pero suele suceder que muchos, aunque oigan con frecuencia el evangelio, pocas ganas sienten de practicarlo, por faltarles el espíritu de Cristo.

En cambio, el que quiera adquirir la plena y sabrosa inteligencia de las palabras de Cristo tiene que esforzarse por arreglar toda su manera de vivir conforme a la de él.

3. ¿De qué te sirve hablar profundamente acerca de la Trinidad, si no tienes humildad, y por eso desagradas a la misma Trinidad?

Verdaderamente, los discursos profundos ni santifican a nadie, ni lo justifican. La vida virtuosa es lo que hace a uno agradable a Dios.

Quiero más bien sentir la compunción, que saber su definición.

Si supieras de memoria toda la Biblia y las doctrinas de todos los filósofos, ¿de qué te sirviera todo eso sin el amor y la gracia de Dios?

«Vanidad de vanidades, todo vanidad», menos el amar a Dios y servirle a él solo.

Esta es la sabiduría suprema: encaminarse al Reino de los Cielos con el desprecio del mundo.

4. De modo que es una locura el andar buscando riquezas que se acabarán, poniendo en ellas la esperanza.

Es también locura el aspirar a honores, elevándose a alta posición.

Es una locura el dejarse arrastrar de las pasiones

carnales, apeteciendo placeres por los cuales al cabo se tiene que sufrir terrible castigo.

Es una locura desear larga vida, cuidando poco de que sea buena.

Es una locura el preocuparse solamente de la vida presente, sin previsión ninguna de la vida futura.

Es una locura el aficionarse a lo que tan pronto se acaba; el no afanarse por llegar allá donde los gozces duran para siempre.

5. Recuerda con frecuencia este adagio: «ni el ojo se sacia de ver, ni el oído de oír».

En consecuencia, empuñate por arrancar tu corazón del amor a las cosas visibles, apegándolo a las invisibles. Pues los que se dejan llevar de sus sentidos manchan su conciencia, y pierden la gracia de Dios.

Capítulo II

POCA ESTIMA DE UNO MISMO

1. Todos tenemos por naturaleza el deseo de saber. Pero, ¿de qué sirve saber, si no se teme a Dios?

No hay ninguna duda de que vale más el humilde campesino que sirve a Dios, que el orgulloso filósofo que se descuida de sí mismo por estar mirando el curso de las estrellas.

El que se conoce bien, se tiene en poco, y le disgustan los elogios de los hombres.

Si yo supiera cuanto hay en el mundo, sin estar en gracia, ¿de qué me sirviera ante Dios que por mis obras me juzgará?

2. Que se te enfríe ese ardor excesivo de saber, porque en eso hay gran distracción y grande ilusión.

En efecto, a los sabios les gusta aparecer sabios, y tener fama de sabios.

Hay muchas cosas que poco o nada le importa al alma el saberlas.

Muy tonto es quien se dedica a lo que no le ayuda a salvarse.

La multitud de palabras no llena el alma; la vida buena es lo que da descanso al espíritu; la conciencia pura engendra una gran confianza en Dios.

3. Mientras más sepas, y con mayor perfección lo sepas, tanto más severo será tu juicio, si no vives con mayor santidad.

De modo que no te enorgullezcas por ninguna ciencia que se te de, ni por ningún arte; antes bien, vive temeroso de poseer tales conocimientos.

Si a ti te parece que sabes muchas cosas, y que las entiendes bastante bien, no dejes de pensar que son todavía muchas más las que ignoras.

«No te subas en tu opinión»; mejor confiesa tu ignorancia.

¿Por qué quieres preferirte a todos, habiendo tantos más sabios que tú, y más peritos en la ley?

Si quieres aprovechar lo que aprendas y sepas, procura que ni te conozcan, ni te tengan en nada.

4. La más profunda y útil de todas las ciencias es el conocimiento exacto y la desestima de uno mismo.

Gran sabiduría, gran perfección, es el no tenerse uno en nada, teniendo siempre a los otros en buena y elevada opinión.

En caso de ver pecar evidentemente a otro, o aun de verlo hacer cosas graves, ni aun así debes creerte mejor que él, porque no sabes si permanecerás siempre en la virtud.

Porque todos somos frágiles; pero no vayas a creer que ninguno es más frágil que tú.

Capítulo III

ENSEÑANZA DE LA VERDAD

1. ¡Dichoso el hombre a quien la Verdad misma enseña, así como ella es, no por medio de figuras y voces que mueren!

El pensamiento y el sentido con frecuencia nos engañan, y poco es lo que ven.

¿De qué sirve cavilar tanto acerca de cosas ocultas y oscuras por cuya ignorancia no se nos reprenderá en el juicio?

Gran tontería es el descuidar lo útil y necesario por atender a lo curioso y dañoso. De veras que tenemos ojos y no vemos.

2. ¿Qué nos importan a nosotros los géneros y las especies? El hombre a quien habla el Verbo Eterno, de muchas opiniones se desenreda. Porque todo viene de ese Verbo Eterno, y todo dice una sola cosa: el principio, el cual nos habla.

Sin él nadie entiende, ni juzga bien.

Firme tiene su corazón, en Dios descansa tranquilo, el hombre para quien todas las cosas son una sola, las reduce todas a una sola y las ve todas en una sola.

¡Oh Dios que eres la verdad! Haz que esté unido a ti con un amor eterno.

A menudo me aburro de oír y de leer tantas cosas.

En ti está todo lo que quiero, y todo aquello por que suspiro.

Que callen todos los maestros, que todas las criaturas enmudezcan en tu presencia; sólo tú háblame.

3. Cuanto más unificado esté uno interiormente y más simplificado exteriormente, tanto más cosas y tanto más profundas entiende sin trabajo; porque de arriba recibe luz para entenderlas.

Un alma pura, sencilla y constante, no se disipa entre muchas ocupaciones; porque todo lo hace por el honor de Dios, procurando no ocuparse en la busca de sí misma.

¿Quién te estorba y te molesta más que los afectos inmortificados de tu propio corazón?

Una persona buena y piadosa primero dispone en su interior aquellas obras que exteriormente tiene que hacer.

No la arrastra su mala inclinación a ejecutarlas; al contrario, la hace doblegarse al imperio de la recta razón.

¿Quién sostiene más dura lucha que aquél que trata de vencerse?

Nuestra ocupación debiera consistir en vencernos, en hacernos cada día más fuertes que nosotros mismos, en ir mejorando un poco todos los días.

4. Toda perfección de esta vida va junta con alguna imperfección; y ninguna de nuestras concepciones está libre de oscuridad.

El humilde conocimiento de ti mismo es camino más seguro para llegar a Dios que las profundas investigaciones de la ciencia.

No es reprobable la ciencia, ni ningún otro conocimiento más sencillo de alguna cosa buena en sí y ordenada por Dios; pero siempre hay que preferir la buena conciencia y la vida virtuosa.

Mas como muchos ponen más empeño en adquirir el saber que en vivir bien, a menudo se extravían, y aprovechan poco, y aun casi nada.

5. ¡Oh, si tan activos fueran para arrancar de raíz los vicios y cultivar las virtudes, como lo son para suscitar disputas, no habría tantos pecados y

escándalos entre el pueblo, ni tanta relajación en los monasterios!

Seguramente que el día del juicio no se nos va a preguntar qué leímos, sino qué hicimos; ni qué tan bien hablamos, sino qué tan religiosamente vivimos.

Dime: ¿dónde están todos aquellos señores, todos aquellos maestros que tan bien conociste cuando aún vivían y en sus estudios florecían? Ya otros ocupan sus canongías, y quién sabe si de ellos se acordarán. En vida parecerían valer algo; ahora ya no hay quien hable de ellos.

6. ¡Oh, qué pronto pasa la gloria del mundo! ¡Ojalá que su vida hubiera sido conforme a su saber! Entonces sí habrían estudiado y leído como se debe.

¡Cuántos del siglo se pierden por la vana ciencia, por cuidar poco de servir a Dios!

Como prefieren la grandeza a la humildad, piensan puras vanidades.

Pero es verdaderamente grande el que tiene gran caridad.

Es realmente grande el que para sí mismo es pequeño, teniendo en nada todas las alturas del honor.

Es verdaderamente sensato el hombre que por ganarse a Cristo considera como estiércol todo lo terrenal.

Por fin, es verdaderamente sabio el hombre que hace la voluntad de Dios, renunciando a la suya propia.

PRUDENCIA EN LAS ACCIONES

1. No hay que fiarse de cualesquiera palabras o sugerencias. Las cosas deben pesarse ante Dios con precaución y con calma.

¡Ay, que tan a menudo creemos y decimos del prójimo más bien lo malo que lo bueno, porque así somos de frágiles!

Mas las personas perfectas no creen a la ligera todo lo que se les cuenta; porque bien conocen la fragilidad humana inclinada al mal, y en palabras bastante pecadora.

2. Es gran sabiduría el no ser precipitado para hacer las cosas, y el no aferrarse tercamente al propio parecer.

Es una parte de tal sabiduría el no creer cualesquiera palabras humanas, y el no ir luego a contarles a otros lo que se oyó decir, o se creyó.

Toma consejo de hombres prudentes y de conciencia. Prefiere el consejo de personas mejores que tú a seguir los pensamientos de tu cabeza.

La pureza de vida hace al hombre sabio a lo divino, y experto en muchas cosas.

Cuanto más humilde sea uno para sí mismo, y más obediente a Dios, tanto más prudente y tranquilo será en todos sus actos.

Capítulo V

LECTURA DE LA BIBLIA

1. En la Sagrada Escritura debe buscarse la verdad, no la elocuencia.

Toda la Sagrada Escritura debe leerse con el mismo espíritu con que se compuso.

Cuando leemos la Escritura, más bien debemos buscar en ella la utilidad que la gracia del lenguaje.

Con igual gusto leamos libros devotos y sencillos, que sublimes y profundos.

No repares en la autoridad del escritor, si sería hombre de muchas o pocas letras. Que el puro amor de la verdad te lleve a leerlo.

No preguntes quién lo dice; mira lo que se dice.

2. Los hombres se acaban; «la verdad de Dios dura eternamente».

Dios nos habla de varias maneras, sin acepción de las personas de quien se vale.

Muchas veces la curiosidad nos estorba cuando leemos las Escrituras; pues queremos entender y discutir ciertos pasajes que debieran leerse sencillamente y de paso.

Si queremos sacar provecho de su lectura, léelas con humildad, sencillez y fe, sin pretender jamás la reputación del saber.

Que te guste preguntar. Escucha callado las pa-

labras de los santos; no te caigan mal los dichos de los viejos, porque no se dicen sin razón.

Capítulo VI

AFFECTOS DESORDENADOS

1. Siempre que uno desea algo fuera de orden, inmediatamente pierde la tranquilidad del alma.

Los orgullosos y los codiciosos nunca están tranquilos, mientras que los humildes y los pobres de espíritu viven en una paz muy grande.

Un hombre que todavía no está bien mortificado interiormente, es fácilmente tentado y vencido de cosas pequeñas y bajas.

Un hombre de alma débil, y en alguna manera todavía carnal e inclinado a las cosas sensibles, a duras penas puede contener totalmente los deseos terrenales.

Por eso se entristece con frecuencia cuando huye de ellos, y fácilmente se enoja cuando alguno le hace resistencia.

2. Mas cuando consigue lo que quería, luego le remuerde la conciencia; porque se dejó arrastrar de sus pasiones, cosa que en nada le ayuda para alcanzar aquella paz que perseguía.

De manera que la paz verdadera del alma no se

consigue cediendo a las pasiones, sino resistiéndoles.

Por eso, no está en paz el alma del hombre carnal, ni tampoco la del hombre entregado a las cosas exteriores; pero sí está la del hombre fervoroso y espiritual.

Capítulo VII

CONTRA EL ORGULLO Y SUS VANAS ESPERANZAS

1. Insensato aquel que pone la esperanza en los hombres, o en la demás criaturas.

No te avergüences de servir a otros por amor a Jesucristo, ni de parecer pobre en esta vida.

No te apoyes en ti mismo; pon en Dios toda tu esperanza.

Haz lo que puedas, y Dios vendrá en ayuda de tu buena voluntad.

No te atengas a tu saber, ni a la maña de mortal alguno; más bien confía en la gracia de Dios, el cual ayuda a los humildes y humilla a los presuntuosos.

2. Si eres rico, no te jactes de tus riquezas. Tampoco de tus amigos, porque sean influyentes. Pon toda tu gloria en Dios, el cual nos da todas las

cosas, y aún se quiere dar a sí mismo sobre todas las cosas.

No te enorgullezcas de ser alto de cuerpo, o buen mozo; porque la belleza corporal se afea y se acaba con cualquier enfermedad.

No te complazcas en tu habilidad y talento; para que no desagrades a Dios, de quien viene todo lo bueno que la naturaleza te dio.

3. No te creas mejor que otros; no sea que por peor seas tenido ante Dios, el cual sabe lo que hay dentro del hombre.

No te dé soberbia de tus buenas obras; porque los juicios de Dios, a quien muchas veces desagrada lo que a los hombres agrada.

Si algo bueno tienes, para guardar la humildad piensa que otros serán mejores.

No te daña ponerte después de todos; sí te dañaría muchísimo ponerte antes de uno solo.

En el corazón del humilde reina una paz continua, mientras que en el corazón del soberbio hay frecuentes arrebatos de envidia y de cólera.

Capítulo VIII

EVITEMOS LA FAMILIARIDAD EXCESIVA

1. No descubras tu corazón a cualquiera; trata

tus asuntos con personas prudentes y temerosas de Dios.

Trata poco con jóvenes y extraños.

Ni adules a los ricos, ni te guste ir a ver a los grandes.

Busca la compañía de personas sencillas y humildes, de piadosos y virtuosos; con ellos trata de cosas edificantes.

No tengas familiaridad con ninguna mujer. Encomienda a Dios a todas las mujeres buenas, en general.

No pretendas gozar de otra familiaridad que la de Dios y de sus ángeles; huye del conocimiento de los hombres.

2. Caridad para todos; familiaridad no conviene.

A veces pasa que una persona no conocida brille por su buena fama y que con su presencia se apeque ante quienes la miran.

A veces creemos agradar a los demás con nuestro trato, siendo así que más bien empezamos a desagradarles, porque miran nuestra mala manera de portarnos.

Capítulo IX

OBEDIENCIA Y SUJECION

1. Cosa muy grande es la vida de obediencia, el estar bajo superior y no mandarse solo.

Hay más seguridad en ser súbdito que en ser superior.

Muchos viven en obediencia más por fuerza que por caridad.

Esos sufren, y con facilidad murmuran. Jamás alcanzarán libertad de espíritu, si no se sujetan por Dios, y de todo corazón.

Vete a donde quieras, que no hallarás reposo, sino en la humilde sujeción bajo el mando de un superior. A muchos ha engañado el pensar en otros lugares, y mudarse allá.

2. Es cierto que a cada cual le gusta obrar conforme a su parecer, y que siente más simpatía por los que piensan como él.

Pero, si está Dios con nosotros, es necesario abandonar a veces nuestro propio parecer por guardar paz.

¿Hay persona tan sabia que sepa bien todas las cosas? Por eso, no tengas una confianza demasiada en tu buen juicio; oye de buena gana las opiniones ajenas.

Si tu parecer es bueno, y por Dios lo dejas para seguir otro, más aprovecharás de allí.

3. En efecto, muchas veces he oído decir que el escuchar un consejo y seguirlo es cosa más segura que darlo.

También puede suceder que sea bueno el parecer de cada cual. Pero, el negarse a ceder a otros cuando así lo pida alguna razón, o alguna causa, es una señal de soberbia y terquedad.

Capítulo X

NO HABLEMOS DEMASIADO

1. Siempre que puedas, evita meterte al bullicio de los hombres, porque las pláticas de cosas del mundo hacen mucho mal, aunque se tengan con recta intención. La vanidad fácilmente nos mancha y nos arrastra.

¡Cuántas veces hubiera querido no haber hablado, ni estado entre los hombres!

Pero, ¿por qué nos gusta tanto hablar y platicar los unos con los otros a pesar de que pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia?

Nos gusta mucho platicar, porque deseamos consolarnos mutuamente con la plática, dando descanso a nuestros corazones cansados de pensar tantas cosas.

Con muchas ganas hablamos y pensamos de lo que mucho amamos o deseamos, y de lo que pensamos ser contra nosotros.

2. Pero, ¡ay! A menudo insustancial y vanamente; porque esa consolación exterior se tiene con no pequeña pérdida de la interior y divina.

Por eso, se debe velar y orar para que el tiempo no se gaste inútilmente.

Si se puede y conviene hablar, habla de cosas edificantes.

La mala costumbre y el descuido de nuestro

aprovechamiento contribuyen grandemente a que no guardemos la lengua.

Por el contrario, las conversaciones piadosas acerca de cosas espirituales ayudan bastante al adelanto, especialmente cuando personas de igual corazón y espíritu se juntan en Dios.

Capítulo XI

COMO SE ALCANZA LA PAZ Y DEL CELO POR ADELANTAR

1. En gran paz podríamos vivir, si no quisiéramos meternos en lo que otros dicen y hacen, en cosas que a nosotros no nos importan.

¿Cómo podrá durar mucho en paz el que se enreda en cuidados ajenos, el que sale a buscar ocasiones, el que recoge su espíritu poco, o pocas veces?

Dichosos los sencillos, porque en mucha paz vivirán.

2. ¿Por qué fueron algunos santos tan perfectos y contemplativos?

Porque se empeñaron en mortificar plenamente todas sus pasiones terrenales, pudiendo de esa manera unirse a Dios con todo el fondo de su alma, y dedicarse libremente a sí mismos.

Mas a nosotros nos tienen demasiado ocupados nuestras pasiones, y nos inquietan demasiado las cosas pasajeras.

Pocas veces dominamos totalmente un solo vicio; y no nos encendemos en deseo de adelantar todos los días; por eso seguimos tibios y fríos.

3. Si ya estuviéramos bien muertos a nosotros mismos y sin estorbos ningunos interiores, hasta podríamos saborear las cosas divinas, y probar un poquito de la celestial contemplación.

El mayor obstáculo, todo el obstáculo, consiste en que no estamos libres de las pasiones y concupiscencias, ni nos esforzamos por emprender el camino perfecto de los santos.

Apenas nos viene una pequeña adversidad, luego nos desalentamos, y vamos en busca de consuelos humanos.

Si como hombres valientes nos esforzáramos por ganar la batalla, seguramente veríamos venir sobre nosotros la ayuda del Señor desde el cielo.

Porque el Señor está listo para ayudar a los combatientes que esperan en su gracia, ya que nos presenta ocasiones de combatir, para que triunfemos.

Si ponemos todo el progreso religioso en puras observancias exteriores, pronto se nos acabará la piedad.

Pero no: demos hachazos a la raíz, para que libres de las pasiones, seamos dueños pacíficos de nuestras almas.

4. Si cada año nos quitáramos de raíz un solo vicio, pronto seríamos perfectos.

Pero, al contrario, en estos tiempos muchas veces sentimos haber sido mejores y más puros, al principio de la conversión, que tras muchos años de profesión.

El fervor y el progreso debieran crecer todos los días. Mas en estos tiempos ya se tiene en mucho que uno pueda conservar algo del primer fervor.

Si al principio nos hiciéramos tantita violencia podríamos después hacer todo fácil y alegremente.

5. Duro es dejar lo acostumbrado; más duro todavía es ir en contra la propia voluntad.

Pero, si no vences lo pequeño, lo fácil, lo más difícil ¿cuándo lo vencerás?

Resiste desde el principio a tu inclinación; echa en olvido la mala costumbre; no sea que paso a paso te meta en peores dificultades.

¡Oh! A mí me parece que si tú pensaras cuánta paz podrías adquirir, y cuánto gusto les darías a los demás con tu buena conducta, más empeñoso fueras para el progreso espiritual.

Capítulo XII

LA ADVERSIDAD ES UTIL

1. Nos sirve tener algunas veces dificultades o

contrariedades, porque suelen hacer que el hombre vuelva en sí, reconociendo que es un desterrado, para no poner su esperanza en ninguna cosa de este mundo.

Nos sirve tener a veces contradicciones, y que otros piensen mal e injustamente de nosotros, a pesar de que nuestras acciones sean buenas, y nuestras intenciones sean rectas. Tales cosas suelen ayudarnos a ser humildes, y nos protegen contra la vanagloria.

Porque entonces apelamos con más ganas a Dios, que es testigo de nuestro corazón, cuando en el mundo exterior nos desprecian los hombres, y no nos quieren creer.

2. Por eso debiera el hombre afianzarse en Dios de tal manera que no tuviera necesidad de buscar muchos consuelos humanos.

Cuando un hombre de buena voluntad está afligido, o tentado, o perturbado de malos pensamientos, entiende más bien que necesita de Dios, dándose cuenta de que sin él no puede hacer nada bueno.

Es entonces cuando se entristece, gime y ruega, a causa de las miserias que sufre.

Es entonces cuando se fastidia de la vida, deseando que ya venga la muerte a soltarlo, para irse a vivir con Cristo.

También es entonces cuando ve claro que en este mundo no puede haber completa seguridad, ni paz imperturbable.

Capítulo XIII

RESISTENCIA A LAS TENTACIONES

1. Mientras vivamos en el mundo, no podremos estar libres de aflicciones y tentaciones.

Por eso está escrito en Job: «La vida del hombre sobre la tierra es una tentación continua».

Por esa razón debiéramos todos estar alerta contra las tentaciones, velar y orar, para que el diablo no encuentre modo de sorprendernos; el diablo que nunca duerme, «antes bien anda dando vueltas en busca de alguno que tragarse».

No hay ninguno tan perfecto y tan santo, que no tenga algunas veces tentaciones; no podemos librarnos totalmente de ellas.

2. Sin embargo, las tentaciones son muy útiles al hombre, si bien molestas y pesadas; porque con ellas se humilla uno, se purifica, se instruye.

Todos los santos han pasado por muchas aflicciones y tentaciones; sin embargo, han adelantado.

Pero, los que no han tenido valor para aguantar las tentaciones han sido desechados como réprobos, y han sucumbido.

No hay orden religiosa tan santa, ni lugar tan apartado, donde no haya tentaciones o adversidades.

3. El hombre no está enteramente seguro contra las tentaciones durante su vida, porque dentro de

uno está el origen de ellas, la concupiscencia, con la cual nacemos.

Apenas se retira una tentación, o tribulación, cuando llega otra. Así tenemos siempre algo que sufrir, por haber perdido el don de la felicidad original.

Muchos tratan de escapar de las tentaciones; pero tropiezan más peligrosamente en ellas.

Si sólo huimos de ellas, no podemos vencerlas. Pero, si nos armamos de paciencia y verdadera humildad, nos ponemos más fuertes que todos nuestros enemigos.

4. El que se aparte de ellas sólo exteriormente, sin arrancar su raíz, poco progreso hará. Y aún volverán más pronto sobre él las tentaciones, y peor las sentirá.

Las vencerás mejor poco a poco, si tienes constancia y magnanimidad, y con la ayuda de Dios, que con la propia dureza al que la sufra. Al contrario, infúndele consuelo, como quieras tú que contigo hicieran.

5. El origen de todas las tentaciones fatales es la inconstancia del espíritu y la poca confianza en Dios.

Pues así como a una nave sin timón la empujan las olas de acá para allá, así también al hombre indolente que abandona su propósito diversas tentaciones lo acometen.

El fuego prueba el hierro; la tentación, al justo.

Muchas veces no sabemos lo que podemos; la tentación nos revela lo que somos.

Por eso hay que estar alerta, sobre todo al principio de la tentación; porque con más facilidad se vence al enemigo cuando absolutamente no se le permite pasar la puerta, sino que allá afuera se le resiste luego que toca.

Por eso dijo el poeta Ovidio: «Ataca el mal cuando empieza; tarde llega la medicina cuando el mal avanzó por larga espera».

En efecto, primeramente asoma en la mente un puro pensamiento; luego, una viva imaginación; enseguida viene la delectación, el mal movimiento, y por fin, el consentimiento.

Así el maligno enemigo se nos mete poco a poco hasta mero adentro, si desde el principio no le resistimos.

Y cuanto más tiempo tarda uno en resistirle, tanto más se debilita, día tras día, mientras que el enemigo tanto más se fortalece.

6. Unos sufren sus peores tentaciones al principio de la conversión; otros, al fin.

Algunos sufren tentaciones bastante ligeras, conforme a la sabiduría y equidad de la Providencia, la cual pesa los méritos y el estado de las personas, y todo lo predestina para la salvación de los elegidos.

7. Por esa razón, no perdamos la esperanza cuando seamos tentados. Al contrario, roguemos a Dios con mucho mayor fervor, para que se digne

ayudarnos en toda tribulación. Como dice San Pablo, «dará con la tentación la ayuda necesaria» para que podamos soportarla.

Humillemos nuestras almas bajo la poderosa mano de Dios en toda tentación y tribulación; porque a los humildes de corazón los salvará Dios, y los exaltará.

8. En las tentaciones y tribulaciones se conoce cuánto ha sido el progreso del hombre. En ellas se merece más; en ellas se manifiesta más la virtud.

No es extraño que uno sea piadoso y fervoroso cuando no siente ninguna dificultad. Pero si en tiempo de tentación aguanta con paciencia, entonces sí hay esperanza de mucho progreso.

Algunos triunfan de grandes tentaciones, saliendo vencidos con frecuencia en las ligeras de todos los días; para que humillados, jamás confíen en sí mismos en las grandes, pues en las pequeñas muestran tanta debilidad.

Capítulo XIV

NO JUZGUEMOS TEMERARIAMENTE

1. Mírate a ti mismo, y cuidate de juzgar hechos ajenos. Cuando uno juzga a los demás, pierde el tiempo, a menudo yerra, y fácilmente peca. Mas

cuando se examina uno y se juzga, ese trabajo es provechoso.

Juzgamos de las cosas conforme a nuestra simpatía, pues el amor propio tuerce fácilmente la rectitud de nuestros juicios.

Si Dios fuera siempre el único fin de nuestra intención, no nos alteraríamos tan fácilmente por la oposición a nuestro parecer.

2. Pero muchas veces tenemos adentro algo, y también hay afuera algo juntamente, que al mismo tiempo nos atrae.

Muchos se buscan secretamente en sus actos, sin darse cuenta.

También parecen estar en santa paz cuando las cosas se hacen conforme a su querer y parecer. Pero si se hacen de otro modo de como quieren, pronto se inquietan y entristecen.

Por la divergencia de opiniones y sentires hay frecuentes disensiones entre conciudadanos y amigos, y hasta entre religiosos y piadosos.

3. Antiguas costumbres a duras penas se vencen. Nadie se deja llevar por su gusto más allá de donde alcanza a ver.

Si te apoyas en tu talento y habilidad más que en la virtuosa sumisión a Jesucristo, apenas y tarde llegarás a ser un hombre iluminado; porque Dios quiere que nos sometamos absolutamente a él, y que con el ardiente amor nos elevemos arriba de toda razón.

Capítulo XV

OBRAS HECHAS POR CARIDAD

1. Por ninguna cosa de este mundo, ni por amor de ninguna persona, se debe hacer ninguna cosa mala. Mas por servir a los necesitados, algunas veces se puede interrumpir libremente alguna obra buena, y aun cambiarla por otra mejor. Porque si se hace esto, la obra buena no se pierde; se cambia por otra mejor.

Las obras exteriores sin caridad no tienen ningún valor. Mas todo lo que se hace por caridad, por pequeño e insignificante que sea, es fructuoso en su totalidad.

Dios aprecia más la intención con que hace uno las cosas, que las cosas que hace.

2. El que ama mucho, hace mucho. El que hace bien las cosas, hace mucho.

El que sirve a la comunidad antes que a su voluntad, hace bien.

Muchas veces parece caridad lo que antes es carnalidad; porque rara vez no hay mezcla de inclinación natural, voluntad propia, esperanza de retribución, sentimiento de comodidad.

3. El que tiene caridad verdadera y perfecta no se busca en nada; antes quiere que todo sea solamente para gloria de Dios.

No le tiene envidia a nadie, porque no quiere

gozo ninguno personal, ni gozar en sí mismo; lo que quiere es obtener la bienaventuranza en Dios, sobre todos los bienes.

A nadie atribuye ninguna cosa buena. Lo reduce todo a Dios, de quien, como de una fuente, manan todos los bienes; y en quien, como en su fin, reposan todos los santos, gozando de él.

¡Oh! ¡Quien tuviera una sola chispa de caridad verdadera, cómo sintiera que todo lo terreno es pura vanidad!

Capítulo XVI

SUFRAMOS LOS DEFECTOS AJENOS

1. Lo que no pueda uno corregir en sí mismo o en los otros debe aguantarlo con paciencia hasta que Dios ordene otra cosa.

Considera que quizá sea mejor eso para probar la paciencia, sin la cual no deben tenerse en mucho nuestros méritos.

Sin embargo, tienes que pedir a Dios que se digne de ayudarte a sufrir con paciencia tales dificultades.

2. Si después de advertirle una o dos veces, no cede alguno, no te pongas a pelear con él. Déjasele todo a Dios el cual sabe sacar bienes de males, para

que se haga su voluntad en todos sus siervos, para honra suya.

Procura tener paciencia para soportar los defectos ajenos, y todas las debilidades del prójimo; pues tú también tienes muchos defectos que los demás tienen que aguantar.

Si tú no puedes hacerte como quisieras, ¿podrás hacer a los demás a tu gusto?

Quisiéramos que los demás fueran perfectos; pero nosotros no corregimos nuestros defectos.

3. Queremos que a otros se les corrija estrictamente; pero no queremos que a nosotros se nos corrija.

Nos disgusta la excesiva libertad de otros; pero no queremos que se nos niegue lo que pedimos.

Queremos que se restrinja a otros por medio de reglamentos; pero no queremos que a nosotros se nos estreche más.

Así se ve claro cómo no consideramos las más veces al prójimo como a nosotros mismos.

Si todos fueran perfectos, ¿qué tendríamos que sufrir por amor de Dios?

4. Dios ha dispuesto en este mundo las cosas de esta manera, para que «llevemos los unos las cargas de los otros». Porque todos tenemos defectos, todos llevamos nuestra carga. Nadie se basta a sí mismo, nadie sabe todo lo que necesita. Por eso debemos todos sobrellevarnos mutuamente, consolarnos, ayudarnos, instruarnos y aconsejarnos.

La mejor ocasión de saber el progreso de alguno

es la llegada de la adversidad. Porque las ocasiones no hacen frágil al hombre; sólo manifiestan cómo es.

Capítulo XVII

LA VIDA RELIGIOSA

1. Si quieres vivir en paz y concordia con otros, tienes que aprender a quebrantar tu voluntad en muchas cosas.

No es poco vivir en un convento o congregación, tratar allí con los demás sin querella, y perseverar fielmente hasta morir.

¡Dichoso quien allí bien vivió, y felizmente acabó!

Si quieres estar y progresar como debes, considérate como desterrado y viajero sobre la tierra.

Si quieres llevar vida religiosa, necesitas volverte tonto por amor a Cristo.

2. El hábito y la tonsura contribuyen poco. El cambio de costumbres y la mortificación total de las pasiones hacen al verdadero religioso.

Quien allí buscare otra cosa que sólo Dios y la salvación de su alma, sólo hallará penas y dolor.

Tampoco vivirá mucho tiempo en paz el que no procure ser el más pequeño, y estar sujeto a todos.

3. No has venido a mandar, sino a obedecer. Comprende que has sido llamado a sufrir y a trabajar, no a estar demás y charlar.

De modo que aquí se prueba a los hombres como el oro en el crisol.

Aquí nadie puede estar, si por Dios y con toda su alma no se quiere humillar.

Capítulo XVIII

EJEMPLO DE LOS SANTOS PADRES

1. Mira los inmortales ejemplos de los santos Padres, en quienes brilló la verdadera perfección y el espíritu religioso, y verás qué poco, aun casi nada, es lo que hacemos.

¡Ay! ¿Qué vale nuestra vida, si a la suya se compara?

Aquellos santos, aquellos amigos de Cristo, sirvieron al Señor en hambre y sed, en frío y ayunos, en oraciones y santas meditaciones, en persecuciones y numerosos oprobios.

2. ¡Oh, cuántas y cuán graves tribulaciones padecieron los apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y todos los demás que las huellas de Cristo quisieron seguir!

Ellos odiaron en este mundo sus vidas, para poseerlas eternamente en el otro.

¡Oh, qué vida tan estrecha y abnegada llevaron los santos Padres del desierto, qué largas y graves tribulaciones padecieron, qué seguido los molestaba el enemigo, qué frecuentes y fervidas oraciones a Dios elevaban, qué abstinencia tan rígida observaban, qué gran celo y fervor tenían por el progreso espiritual, qué guerra tan encarnizada les hacían a los vicios, hasta dominarlos, cómo era Dios el puro y recto término de su intención!

De día trabajaban, de noche, a larga oración se entregaban; pero aun en el trabajo, la oración mental jamás abandonaban.

3. Gastaban útilmente todo su tiempo; cortas les parecían las horas para dedicarse a Dios; y por la gran dulzura de la contemplación hasta se les olvidaba que tenían que comer.

Renunciaban a todas las riquezas, dignidades, honores, amigos y parientes; de este mundo nada querían tener; apenas tomaban lo necesario para la vida; aun les pesaba cuidar del cuerpo en lo necesario.

De manera que eran pobres en bienes terrenales; riquísimos en gracia y virtudes.

En cosas exteriores padecían necesidad; en su interior tenían abundancia de la gracia y consuelos divinos.

4. Extraños al mundo, de Dios eran íntimos y familiares amigos.

Ellos creían que nada valían, y para el mundo eran despreciables; mas a los ojos de Dios eran muy estimables y amables.

Vivían con verdadera humildad, estaban bajo sincera obediencia, se portaban con caridad y paciencia; por eso progresaban diariamente en cosas del espíritu, y alcanzaban gran favor con Dios.

Se nos han puesto de modelo a todos los religiosos; y más nos deben ellos excitar al mejoramiento que tantos tibios al relajamiento.

5. ¡Oh, qué grande era el fervor de todos los religiosos en los comienzos de su santa institución!

¡Oh, qué devotos eran para orar, cuánta emulación para la virtud tenían, qué gran disciplina reinaba entre ellos, cuánto respeto y obediencia bajo el gobierno del maestro brillaba en todos!

Las huellas que nos dejaron prueban que fueron perfectos y santos de veras, aquellos hombres que tan valerosamente combatiendo, el mundo con desprecio pisotearon.

Pero ahora ya se considera una gran cosa que alguien no haya pecado, que con paciencia haya sufrido lo que recibió.

6. ¡Ay, que tan pronto decaigamos del primer fervor, que de cansados y tibios nos aburra ya la vida!

¡Ojalá que no te adormezcas totalmente para el progreso en la virtud, tú que tantos ejemplos de personas piadosas tantas veces has visto!

Capítulo XIX

EJERCICIOS DEL BUEN RELIGIOSO

1. La vida del buen religiosos debe resplandecer con toda clase de virtudes, para que interiormente sea tal cual exteriormente les parece a los hombres.

Y justamente debe ser mejor interiormente de lo que exteriormente aparece; porque nos mira Dios, a quien debemos infinito respeto donde quiera que estemos, caminando en presencia suya puros como los ángeles.

Debemos renovar todos los días nuestro propósito, excitándonos al fervor como si hoy mismo acabásemos de llegar a la religión, diciendo así: ayúdame, Señor, Dios mío, a cumplir mi buen propósito, a dedicarme a tu santo servicio. Concédeme la gracia de comenzar ahora, en este día, con perfección; porque hasta aquí no he hecho nada.

2. Como es nuestro propósito es el curso que sigue nuestro progreso. Necesita ser muy activo el que mucho quiera progresar.

Pues, si el que hace fuertes propósitos, muchas veces falla; ¿qué será del que rara vez hace algún propósito, o no lo hace muy firme?

Por diversos motivos sucede que abandonemos los propósitos. La omisión a la ligera de nuestros ejercicios para apenas sin pérdida.

El propósito del justo se apoya en Dios más que

en la propia prudencia; en Dios, en quien confía para todo aquello que emprende.

El hombre propone, pero Dios dispone; porque el camino del hombre no depende de él.

3. Si se omite a veces un ejercicio de costumbre por razón de piedad, o bien por ayudar a un hermano, esa omisión fácilmente se podrá reparar después.

Pero si se omite a la ligera por indolencia espiritual, o por descuido, es cosa bastante culpable, y su daño se sentirá.

Por más que nos empeñemos, todavía fallaremos en mucho.

Debemos proponernos siempre una cosa determinada, especialmente contra lo que más nos estorbe.

Debemos examinar y ordenar tanto nuestro interior como nuestro exterior; porque ambas cosas contribuyen al progreso.

4. Si no puedes tener el espíritu continuamente recogido, recógelo algunas veces: al menos una vez al día, en la mañana o en la noche.

En la mañana propón; en la noche examina tus acciones: cómo te portaste en palabras, obras y pensamientos. Puede ser que hayas ofendido varias veces a Dios y al prójimo.

Armate como un soldado contra las tentaciones diabólicas. Reprime la gula, y así domarás con mayor facilidad todas las pasiones carnales.

Nunca estés enteramente demás; sino escribiendo

do, leyendo, rezando, meditando, o haciendo alguna cosa que le sirva a la comunidad.

Sin embargo, los ejercicios corporales se harán con discreción, porque no todos pueden hacerlos por igual.

5. Lo que no sea común no debe hacerse afuera, pues en privado se practica mejor lo particular.

Pero cuidado con ser pronto para lo privado, y flojo para lo común. Hecho lo debido y prescrito, si todavía te sobra tiempo, dedícate a ti mismo, como te pida tu devoción.

No todos pueden hacer el mismo ejercicio. A uno le sirve más uno; a otro, otro.

Hasta le gustan a uno ejercicios diferentes, en conformidad con la diferencia de los tiempos. Unos gustan más en días de fiesta; otros, entre semana.

De unos necesitamos en tiempo de tentación; de otros, en tiempo de paz y consuelo.

En unas cosas nos gusta pensar cuando estamos tristes; en otras, cuando sentimos la alegría del Señor.

6. En tiempo de las festividades principales se deben renovar los buenos ejercicios, implorando con más fervor la intercesión de los santos.

Debemos hacer nuestros propósitos de una festividad a otra, como si para entonces hubiéramos de partir de este mundo, llegando a la eterna festividad.

Por eso debemos prepararnos cuidadosamente en los tiempos sagrados, viviendo con más piedad,

con más rigor en guardar todas las observancias, como si en breve hubiéramos de recibir de Dios el premio de nuestro trabajo.

Si ese premio tarda en llegar, pensemos que todavía no estaremos bien preparados, que todavía no seremos dignos de esa gloria que se manifestará en nosotros en el tiempo predeterminado; y esforcémonos por prepararnos mejor para el viaje.

Dice San Lucas evangelista: «Dichoso el criado que al llegar su amo lo hallare velando. Yo os aseguro que lo nombrará administrador de todos sus bienes».

Capítulo XX

AMOR A LA SOLEDAD Y AL SILENCIO

1. Busca tiempo a propósito para dedicarte a ti mismo; recuerda con frecuencia los beneficios de Dios.

Deja las lecturas curiosas. Lee cosas que le den compunción más bien que mera ocupación.

Hallarás tiempo suficiente y oportuno para dedicarte a meditaciones santas, si evitas las charlas inútiles, las vueltas ociosas, la curiosidad de oír rumores y novedades.

Los mayores santos evitaban en lo posible la

compañía de los hombres, prefiriendo servir a Dios en lo apartado.

2. Dijo Séneca: «Siempre que estuve entre hombres, hombre más pequeño volví». Esto nos pasa con frecuencia cuando platicamos mucho.

Es más fácil guardar completo silencio que no excederse en palabras.

Es más fácil encerrarse en su casa que guardarse bien fuera de ella.

El que intente llegar a lo interior y espiritual, tiene que apartarse con Jesús de la muchedumbre.

Nadie se deja ver con seguridad, si no prefiere estar oculto.

Nadie habla seguro, si no prefiere callar.

Nadie está seguro arriba, si no prefiere estar abajo.

Nadie manda seguro, si no aprendió bien la obediencia.

Nadie se regocija seguro, si la conciencia no le da buen testimonio.

3. A pesar de todo, la seguridad de los santos ha estado siempre llena de temor de Dios. No por haber brillado por sus grandes virtudes y gracia, fueron menos cuidadosos y humildes.

La seguridad de los malos viene de soberbia y presunción, y acaba en la propia ilusión.

Nunca esperes seguridad en esta vida, aunque parezcas ser buen cenobita o piadoso eremita.

4. Muchas veces, personas que los hombres

creían mejores, tuvieron peor peligro por su confianza excesiva.

Por esa razón, es más útil a muchos el no verse totalmente libres de tentaciones; el sufrir sus frecuentes ataques; para que no se sientan demasiado seguros, no sea que se alcen con soberbia, o se bajen a buscar consuelo exteriores indebidos.

¡Oh, qué pura tendría la conciencia el que pasajeramente alegrías nunca buscara, el que de este mundo nunca se ocupara!

¡Oh, qué profunda paz y reposo tuviera el que todo necio cuidado se sacudiera, solamente cosas divinas y saludables pensara y toda su esperanza sólo en Dios la pusiera!

5. Nadie merece la celestial contemplación, si primero no se ejercita en la santa compunción.

Si quieres compungirte hasta el fondo del corazón, métete en tu alcoba dejando allá afuera todo el bullicio del mundo, como está escrito: «que el dolor os traspase en vuestros lechos».

En la celda hallarás lo que muchas veces afuera perderás. La celda continuamente habitada gusta, mientras que muy abandonada disgusta. Si en los comienzos de tu conversión la habitas y cuidas bien, será más tarde amiga querida, gratísimo consuelo.

6. En el silencio y reposo, progresa el alma piadosa y llega a penetrar los misterios de las Escrituras.

Allí encuentra manantiales de lágrimas con que

lavarse y purificarse todas las noches, para hacerse tanto más amiga de su Creador, cuánto más lejos vive de todo el bullicio del mundo.

Al que se retira de amigos y conocidos, se le acerca Dios con sus ángeles santos.

Vale más ocultarse y cuidarse que hacer milagros y descuidarse.

Es de alabarse en el religioso el salir poco, el huir de ser visto, el no querer ver tampoco a los hombres.

7. ¿Por qué quieres ver lo que no se te permite tener? «Pasa el mundo, y la concupiscencia del mundo».

Los deseos sensuales te arrastran a salir a pasear. Pero, pasada aquella hora, ¿con qué vuelves sino con remordimiento de conciencia y disipación de corazón?

Salida alegre suele ser causa de vuelta triste, y noche alegre de mañana triste.

Así, toda alegría sensual se desliza blandamente; pero al cabo daña y quita la vida.

¿Qué podrás ver en otra parte, que no puedes ver aquí?

Aquí ves el cielo y la tierra, y en fin todos los elementos de que se componen todas las cosas.

8. ¿Qué cosas puedes en alguna parte ver que mucho pueda bajo el sol permanecer?

Quizá piensas que te llenarás; eso, jamás lo conseguirás.

Si vieras presentes todas las cosas, ¿qué sería eso sino ver cosas vanas?

Alza los ojos a Dios allá en las alturas, pidiéndole perdón de tus pecados y negligencias. Deja las locuras a los locos; tú atiende a lo que Dios te ordenó.

Cuando entres, cierra la puerta y llama a tu amado Jesús.

Quédate con él en tu celda, pues en ninguna otra parte hallarás tanta paz.

Si no hubiera salido, ni oído ningún rumor, en dulce paz mejor te mantuvieras. Por gustarte oír a veces novedades, es preciso que por eso sufras inquietud de corazón.

Capítulo XXI

COMPUNCION DEL CORAZON

1. Si quieres progresar algo, vive en el temor de Dios y no seas demasiado libre; ten todos tus sentidos sujetos bajo la disciplina, y no te abandones a inconveniente alegría.

Entrégate a la compunción del corazón, que allí encontrarás la devoción.

La compunción gana muchos bienes que pronto suele perder la disipación.

Es extraño que un hombre que considere y mida la magnitud de su destierro, y tantos peligros de su alma, tenga alguna vez entera alegría en esta vida.

2. Por ligereza de alma y descuido de nuestros defectos no sentimos las dolencias de nuestras almas; y por eso muchas veces reímos como locos, cuando tanta razón habría para llorar.

Sólo hay libertad verdadera y alegría segura en el temor de Dios y la conciencia pura.

¡Dichoso el que puede quitarse todo estorbo de distracción, y recogerse, uniéndose a Dios con la santa compunción!

¡Dichoso aquel que de sí sacude cuanto pudiera manchar o gravar su conciencia!

Combate varonilmente, pues una costumbre se desarraiga con otra.

3. Si tú sabes dejar a los hombres, ellos también te dejarán hacer tus cosas.

No te metas en cosas ajenas, ni te entrometas en asuntos de superiores.

Ante todo, ten fijos en ti mismo los ojos de manera particular, exhortándote más que a todos aquellos que amas.

No te dé tristeza por no gozar de la estima de los hombres. Lo que sí debe dolerte es el no vivir con toda la virtud y circunspección que cuadran a un siervo de Dios, a un religioso piadoso.

Suele ser más útil y seguro que el hombre no tenga tantas consolaciones en esta vida, particularmente de las sensibles.

Pero, de no tener consolaciones divinas, o de gozarlas solamente de tarde en tarde, nosotros tenemos la culpa, por no buscar la compunción del corazón, ni rechazar totalmente los consuelos exteriores y vanos.

4. Reconócese indigno de la divina consolación, y más bien digno de mucha tribulación.

Cuando el hombre está bien compungido, siente molesto y amargo todo lo del mundo.

El hombre bueno tiene bastante por qué sufrir y llorar.

Ya se considere a sí mismo o mire a su prójimo, se da cuenta de que en este mundo todos vivimos con alguna aflicción.

Y cuanto más bien se considera, tanto más grande es su dolor.

Objeto de justo dolor y compunción del corazón deben ser nuestros vicios y pecados, en los cuales tan enredados estamos, que las cosas del cielo rara vez podemos contemplar.

5. Si con más frecuencia pensaras en morir que en vivir largamente, sin duda que con más celo te enmendarás.

Y seriamente meditarás las penas que en el infierno y en el purgatorio ha de haber, creo que bien quisieras sufrir trabajos y dolor, sin temer ningún rigor.

Mas como estas consideraciones no penetran hasta el alma, y todavía nos gustan las blanduras, seguimos muy tibios y hasta fríos.

6. Suele ser falta de espíritu por lo que tan fácilmente se queja este cuerpo miserable.

Ruega, pues, humildemente al Señor que te dé espíritu de compunción, diciéndole con el profeta: «aliméntame, Señor, con pan de lágrimas; dame a beber abundante llanto».

Capítulo XXII

LA MISERIA HUMANA

1. Serás desgraciado dondequiera que estés, a dondequiera que vayas, si no te conviertes a Dios.

¿Por qué te inquietas cuando no te resulta lo que querías y deseabas? ¿Hay quien tenga todo a su gusto? Nadie: ni yo, ni tú, ni ningún hombre sobre la tierra.

No hay en el mundo quien no tenga alguna tribulación o angustia, aunque sea rey o papa.

¿Quién está mejor? Sin duda el que puede sufrir algo por Dios.

2. Dicen muchos imbéciles y débiles: mira qué buena vida se da ese señor, qué rico es, qué grande, poderoso y encumbrado.

Pero, mira los bienes celestiales, y comprenderás que todos esos bienes temporales no valen nada, son muy inseguros, y más bien molestan; porque nunca se tienen sin zozobra y sin temor.

La felicidad del hombre no requiere abundancia de bienes; una medianía le basta.

Vivir sobre la tierra es una verdadera miseria.

Cuanto más espiritual quiere ser el hombre, tanto más amarga le parece la presente vida, porque siente más y ve con más claridad, las miserias de la corrupción humana.

En efecto, el comer, beber, velar, dormir, descansar, trabajar, y las demás necesidades naturales a que uno está sujeto son de veras una gran miseria y aflicción para el hombre piadoso que mejor quisiera estar desembarazado y libre de todo pecado.

3. Efectivamente, al hombre interior le molestan mucho las necesidades corporales de este mundo.

Por eso, ruega el profeta con fervor para verse libre de ellas, clamando: «líbrame, oh Señor, de mis necesidades».

Pero, ¡ay de los que no se dan cuenta de su desdicha; y peor todavía de aquellos que aman esta vida miserable y corruptible!

Porque algunos están tan apegados a ella, que si pudieran vivir siempre aquí, en el reino de Dios no pensarán; y eso aunque apenas consigan lo necesario, trabajando o mendigando.

4. ¡Oh, locos, de corazón pagano, que tan sepultados yacen en las cosas de la tierra, que en lo carnal sólo piensan!

Pero al cabo sentirán con dolor los desdichados qué vil, qué nada es lo que tanto amaron.

En cambio, los santos de Dios, todos los buenos amigos de Cristo, no atendían a las cosas que a la carne halagaban, ni a lo que en esta vida florecía: toda su esperanza, todo su intento, por los bienes eternos anhelaban.

Todo su deseo los arrebatava a lo alto, a lo invisible y permanente, para que el amor de lo visible a cosas bajísimas no los arrastrara.

Hermano mío, no pierdas la esperanza de progresar en el espíritu: todavía tienes tiempo oportuno.

¿Por qué dejar tu propósito para mañana? Arriba: comienza luego, diciendo: éste es el tiempo de obrar, éste es el tiempo de pelear, éste es el tiempo oportuno para enmendarme.

Cuando estés malo y afligido es tiempo de merecer. Tienes que pasar por fuego y agua antes de llegar al reposo.

Si no te haces violencia, no triunfarás del vicio.

Mientras llevemos este cuerpo miserable no podemos dejar de pecar, ni vivir sin fastidio y dolor.

Nos gustara descansar de todas nuestras miserias. Pero, ya que por el pecado perdimos la inocencia, la verdadera dicha también la perdimos.

Por eso es necesario tener paciencia, esperar en la clemencia de Dios, hasta que pasen estos males, y quede la muerte absorbida en la vida.

5. ¡Oh, qué frágil es el hombre, inclinado siempre a los vicios!

Hoy confiesas tus pecados, y ya mañana vuelves a cometer los mismos que confesaste.

Ahorita te propones cuidarte, y una hora después ya te portas como si nada te hubieras propuesto.

De modo que justamente debemos humillarnos, y nunca tenernos en mucho, por ser tan frágiles y mudables.

Pronto se puede perder por negligencia lo que a duras penas se alcanzó al fin por la gracia.

6. ¿Qué será de nosotros al fin cuando tan al principio nos entibiamos?

¡Ay de nosotros si ya queremos echarnos a reposar, como si ya estuviéramos en paz y seguridad, siendo así que en nosotros no se ven todavía señales ningunas de santidad verdadera! ¡Qué necesario fuera que otra vez nos formaran como a los novicios en las mejores costumbres, por si acaso hubiere alguna esperanza de enmienda en lo futuro, de mayor progreso en el espíritu!

Capítulo XXIII

REFLEXIONES ACERCA DE LA MUERTE

1. Muy pronto vendrá tu fin en este mundo. Mira por tu parte en qué estado te encuentras; por-

que hoy existe el hombre, y mañana ya no aparece.

Y cuando se le quita de enfrente, también pronto se va de la mente.

¡Oh, aturdimiento y dureza del corazón humano que solamente considera lo presente, sin prever más bien lo futuro! En todos tus actos, en todos tus pensamientos, debieras conducirte como si hoy mismo hubieras de morir.

Si buena conciencia tuvieras, la muerte no tanto temieras.

Mejor fuera el pecado evitar, que la muerte querer ahuyentar.

Si hoy no estás preparado, ¿lo estarás mañana? El día de mañana no es seguro. ¿Cómo sabes tú que mañana vivirás?

2. ¿De qué nos sirve vivir mucho, si nos enmendamos tan poco?

¡Ay, que una larga vida no siempre corrige, antes suele aumentar más las culpas!

¡Siquiera hubiéramos vivido bien en el mundo un sólo día!

Muchos llevan la cuenta de sus años de conversión, pero a menudo poco es el fruto de corrección.

Si temible es el morir, tal vez sea más peligroso el mucho vivir.

¡Dichoso aquél que tiene siempre a la vista la hora de su muerte, y a la muerte todos los días se prepara!

Si has visto morir a alguno, piensa que tú también pasarás por ese camino.

3. Cuando amanezca, piensa que no anochece-rás; y cuando anochezca, no estés seguro de amanecer.

Vive siempre preparado, viviendo de tal manera que la muerte no te sorprenda desprevenido.

Muchos mueren de repente, y desprevenidos, pues el Hijo del hombre llegará cuando menos se piense.

Al llegar aquella hora suprema, comenzarás a pensar muy de otra manera acerca de tu vida pasada, doliéndote mucho el haber sido tan descuidado y tan desidioso.

4. ¡Qué dichoso y qué prudente el que procura pasar la vida como quisiera que lo hallara la muerte!

Gran confianza de morir bien, infundirá el entero desprecio del mundo, el anhelo ferviente de adelantar en la virtud, el amor de la observancia, la aspereza de la penitencia, la prontitud en la obediencia, la abnegación de sí mismo, y el soportar toda clase de adversidades por amor a Cristo.

Estando sano, puedes hacer muchas obras buenas; estando enfermo, quién sabe qué podrás hacer.

De resultas de una enfermedad pocos mejoran de vida. Los que mucho viajan rara vez se hacen santos.

5. No confíes en amigos y parientes, ni dilates tu conversión hasta más tarde... Más pronto de lo que piensas, los hombres te olvidarán. Es mejor proveer ahora a tiempo, echando por delante al-

gunas obras buenas, que esperar en ayudas ajenas.

Si ahora no te preocupas tú por ti mismo, ¿quién se preocupará por ti después?

Ahora es el tiempo muy valioso: éstos son los días de salvación, éste es el tiempo favorable.

Pero... ¡qué lástima que no lo aproveches mejor pudiendo hacer méritos para la vida eterna!

Llegará el tiempo, el día, en que desees siquiera un día, siquiera una hora para enmendarte, y quién sabe si lo alcanzarás.

6. ¡Ah, queridísimo amigo! ¡De qué gran peligro puedes escapar, de qué gran temor verte libre, si ahora andas siempre con miedo a la muerte, recelando su llegada!

Procura vivir ahora de tal modo que a la hora de la muerte más bien tengas alegría que temor.

Ejercítate ahora en morir al mundo, para que entonces empieces a vivir con Cristo.

Ahora practica el desprecio de todo, para que entonces puedas irte sin trabas con Cristo.

Mortifica ahora tu cuerpo con la penitencia, para que entonces tengas confianza segura.

7. Dime, tonto: ¿cómo calculas vivir mucho, si ni un solo día tienes seguro?

¡Cuántos ilusos dejaron inesperadamente muertos sus cuerpos!

¡Cuántas veces habrás oído contar que uno cayó de una altura y se quebró la nuca, aquél se quedó tieso comiendo, y aquél otro acabó la vida jugando!

Uno murió ardido, otro traspasado del hierro,

ése, de peste, aquél, a manos de bandidos: así acababan todos muriendo, y veloz como una sombra pasa la vida del hombre sobre la tierra.

8. Después de muerto, ¿quién se acordará de ti? ¿Quién rezará por ti?

Haz ahora, haz ahora lo que puedas, queridísimo amigo; porque no sabes cuándo morirás, ni qué pasará después de tu muerte.

Mientras tengas tiempo, atesora riquezas inmortales.

Atiende solamente a tu salvación; preocúpate sólo de las cosas de Dios.

Ahora gánate amigos, venerando a los santos de Dios, imitando sus virtudes; para que cuando mueras «te reciban en las moradas eternas».

9. Vive en la tierra como viajero, como un extranjero a quien los asuntos del mundo nada le importan.

Ten el corazón siempre libre y levantado hacia Dios; porque tu habitación aquí no es permanente.

Al cielo eleva todos los días tus oraciones, tus gemidos, para que tu espíritu merezca irse con Dios después de tu muerte. Amén.

Capítulo XXIV

JUICIO Y SUPLICIO DE LOS PECADORES

1. En todo mira el fin, cómo estarás ante aquel

severo juez a quien nada se oculta, que ni se ablanda con regalos, ni admite excusas, sino que fallará conforme a justicia.

—Miserable, loco pecador, ¿qué responderás a Dios que sabe todos tus pecados, tú que a veces te acobardas al ver un hombre con cara enojada?

¿Por qué no te previenes para el día del juicio, para ese día en que nadie podrá disculpar ni defender a nadie, porque apenas podrá cada cual con su propia carga?

Tu trabajo es ahora provechoso, tu llanto conmueve, tus gemidos son escuchados, el arrepentimiento satisface por tus pecados y te purifica.

2. Grande y saludable purgatorio tiene aquí el hombre sufrido que al recibir una injuria más le duele la maldad del otro que la ofensa propia, que con gusto hace oración por sus adversarios, perdonándoles con sinceridad sus ofensas, que no tarda en pedir perdón a los demás, que más fácilmente se compadece que se enoja, que a menudo se hace fuerza para sujetar plenamente la carne al espíritu.

Es mejor purificarse ahora de los pecados, y quitarse los vicios que esperar a purificarse después.

Realmente, nos engañamos por el desordenado amor que le tenemos a la carne.

3. ¿Qué otra cosa consumirá aquel fuego, sino tus pecados?

Cuanto más te guardes de sufrir y más te dejes arrastrar de las inclinaciones carnales, tanto más

dura será tu expiación, tanto más combustible para el fuego dejarás.

Allá se castigará severamente al hombre con aquello mismo que pecó.

Allí se picará a los perezosos con aguijones ardientes, y los golosos sufrirán el tormento de hambre y sed horrorosas.

Allí todos los lascivos y amigos de deleites serán bañados con pez ardiente y hediondo azufre, y los envidiosos aullarán de dolor como perros furiosos.

4. No habrá vicio que allí no tenga su propio suplicio.

Allí, los orgullosos serán colmados de humillaciones; los codiciosos, serán reducidos a la última miseria.

Peor será allí una hora de castigo, que aquí cien años de terrible penitencia.

Allí no tendrán los condenados descanso ninguno, consuelo ninguno; acá, se descansa de vez en cuando del trabajo, y se goza del consuelo de los amigos.

Vive ahora preocupado y arrepentido de tus pecados, para que el día del juicio estés seguro con los bienaventurados.

En efecto, «los justos estarán entonces con gran ánimo contra aquellos que los humillaron y oprimieron».

Se sentará entonces a juzgar quien ahora se somete humildemente al juicio de los hombres.

El pobre y el humilde sentirán entonces una

gran confianza, mientras que el orgulloso sentirá pavor de todo.

5. Entonces se verá que fué sabio en este mundo el que aprendió a ser tonto y despreciable por Cristo.

Gustará entonces toda aflicción llevada con paciencia, y «toda iniquidad se tapará a boca».

Gozarán entonces todos los devotos, y tendrán tristeza todos los indevotos.

Más se alegrará entonces la carne afligida, que si en delicias hubiera siempre nutrida.

Resplandecerá entonces el tosco vestido, y perderá el fino todo su brillo.

Más admiración se tendrá entonces por el pobre techado que por el palacio dorado.

De más servirá entonces la continua paciencia que del mundo la grande potencia.

Más se elogiará entonces a la simple obediencia que del siglo la astuta prudencia.

6. Más contento causará entonces la pura y buena conciencia que de la filosofía la profunda sapiencia.

Mayor valor tendrá entonces el desprecio de las riquezas que todos los tesoros de la tierra.

Más gozarás entonces de un rezo devoto que de un delicado banquete.

Más gozarás entonces de haber guardado silencio estrictísimo que de haber platicado larguísimo.

Más valdrán entonces las buenas obras que las palabras bonitas.

Más agradará entonces la estrecha vida y la dura penitencia que todos los placeres mundanos.

Aprende ahora a sufrir lo pequeño para que entonces puedas de cosas más graves librarte.

Primero haz aquí la prueba de lo que podrás sufrir después.

Si ahora no puedes aguantar tan poco, ¿podrás sufrir los tormentos eternos después?

Si ahora cualquier dolorcito te causa impaciencia, ¿tendrás paciencia allá en el infierno?

Mira que verdaderamente no puedes tener dos goces: los placeres del mundo, acá, y los del reino de Cristo, allá.

7. Si hasta hoy hubieras vivido siempre en medio de honores y placeres, ¿de qué te habría servido todo, si en este momento hubieras de morir?

Luego todo es vanidad, menos el amar a Dios y servirle a él solo.

En efecto, el que ama a Dios con toda el alma no le tiene miedo a la muerte, ni a los suplicios, ni al infierno; porque el amor perfecto da entrada segura hacia Dios.

Pero no es extraño que tenga miedo a la muerte y al juicio el que todavía se deleita en pecar.

Sin embargo, es bueno que si el amor no te aparta todavía del mal, al menos te refrene el miedo al infierno.

Pero el que descuida el temor de Dios no podrá durar mucho tiempo en la virtud; pronto caerá en la trampa del diablo.

Capítulo XXV

FERVOROSA ENMIENDA DE TODA NUESTRA VIDA

1. Vela y trabaja con empeño en el servicio de Dios, recordando a menudo a qué viniste, y por qué abandonaste el mundo.

¿No fue para servir a Dios y convertirte en hombre espiritual?

Por esa razón emprende fervientemente el progreso, pues en breve recibirás el premio de tus fatigas, y entonces ya no habrá en tu tierra ni temor ni dolor.

A cambio de poco trabajo recibirás mucho descanso, y perpetua alegría. Si tú perseveras fiel y fervientemente en el trabajo, Dios te pagará sin duda alguna fiel y generosamente.

Espera firmemente llegar a la palma; pero no te conviene tener absoluta seguridad, para que no te hagas indolente o arrogante.

2. Una vez entró a una iglesia un hombre que con frecuencia oscilaba entre el temor y la esperanza. Allí se puso a orar postrado ante un altar, y se decía; ojalá supiera que he de perseverar hasta el fin. Luego oyó dentro de sí esta respuesta divina: ¿Qué harías, si lo supieras? Pues haz ahora lo que en ese caso harías, y así estarás bien seguro. Enseguida se llenó de consuelo, se fortaleció, se abando-

nó a la voluntad de Dios, y se le quitó aquella vacilación tan penosa. Ya no más quiso investigar ansiosamente el porvenir; más bien se esforzaba por saber cuál era la voluntad de Dios, cuál su perfecto beneplácito, para empezar y acabar toda clase de obras buenas.

3. «Espera en Dios, haz el bien, habita la tierra, y gozarás de su riqueza», dice el profeta.

Una sola cosa desanima a muchos de progresar y enmendarse fervientemente: el miedo a lo difícil, a lo duro de la lucha.

En realidad, los que se distinguen entre todos por su adelanto en la virtud son aquellos que más varonilmente se esfuerzan por vencer lo más pesado y difícil para ellos.

En efecto, más adelanta el hombre y mayor gracia merece cuanto más se vence y se mortifica en su espíritu.

4. Pero no todos tienen iguales pasiones que vencer y mortificar.

Sin embargo, un hombre celoso y activo, aunque tenga más pasiones, será más valiente para el progreso que otro de mejores inclinaciones, pero menos fervoroso para la virtud.

Dos son las cosas que contribuyen principalmente a enmendarse mucho; la fuerte resistencia a las malas inclinaciones naturales, y la invencible perseverancia en perseguir la virtud de que uno tiene más necesidad.

Procura también evitar y vencer aquellos defec-

tos que con más frecuencia te disgusta ver en los demás.

5. Aprovecha todo para el progreso; de modo que cuando veas u oigas contar buenos ejemplos inflámate en deseos de imitarlos. Pero si algo ves reprehensible, guárdate de hacer lo mismo; si ya lo has hecho, corrígete pronto.

Así como tus miradas se fijan en los demás, así las tuyas se fijan en ti.

¡Qué gusto, qué contento se siente al ver a nuestros hermanos llenos de fervor y de piedad, con buenas costumbres y disciplina!

¡Pero qué terrible y triste verlos vivir en el relajamiento, sin hacer las cosas a que fueron llamados!

¡Cuánto daña el abandonar el fin de su vocación, dedicándose a lo que a uno no se encomienda!

6. Recuerda el propósito que hiciste, y pon frente a ti la imagen del Crucificado. Debiera darte vergüenza al mirar la vida de Jesucristo, porque todavía no has procurado hacerte más semejante a él, aunque hace ya mucho tiempo que sigues el camino de Dios.

El religioso que medita con atención y piedad la vida santísima del Señor y su pasión, encontrará allí en abundancia todo lo que le sea útil y necesario, sin tener por qué buscar fuera de Jesús alguna cosa mejor.

¡Oh, sí Jesús crucificado dentro de nuestro corazón penetrara, qué pronto y qué bien nos enseñara!

7. El religioso ferviente recibe y soporta bien todo lo que se le manda.

En cambio, el religioso negligente y tibio sufre angustia tras angustia, y todo le aflige; porque ni tiene consolación interior, ni se le deja buscar la exterior.

El religioso que vive fuera de disciplina está expuesto a graves caídas.

El que busca lo más laxo y lo más flojo padecerá siempre angustia; porque le disgustará una cosa o todas.

8. ¿Cómo viven tantos otros religiosos que llevan vida bastante estrecha bajo la disciplina claustral? Salen poco, viven retirados, comen muy mal, se visten de burdo paño, trabajan mucho, hablan poco, velan hasta muy noche, madrugan, oran largo, leen a menudo, y por fin, se guardan con toda manera de disciplina.

Mira cómo los cartujos, cistercenses, y otros monjes y monjas de diferentes órdenes se levantan todas las noches a cantar himnos al Señor.

Por esa razón, sería una vergüenza que tuvieras tú pereza para obra tan santa, cuando tan gran muchedumbre de religiosos empieza a cantar jubilosa para honrar al Señor.

9. ¡Oh, si no tuviéramos más quehacer que alabar a nuestro Dios y Señor con todo nuestro corazón y con toda nuestra boca! ¡Oh, si nunca tuvieras necesidad de comer, beber, dormir, pudiendo estar siempre alabando a Dios, dedicado puramente a

ocupaciones espirituales! En tal caso serías mucho más feliz que ahora que sirves a la carne en tantas necesidades. ¡Ojalá que no hubiera esas necesidades, sino puras comidas espirituales para nuestras almas, las cuales desgraciadamente tan pocas veces probamos!

10. Cuando uno ha llegado al punto de no buscar consuelo en ninguna criatura empieza por primera vez a tener el gusto perfecto de Dios; entonces sí estará contento de cualquiera cosa que sucediere.

Entonces ni se alegra de lo mucho, ni se apena de lo poco, abandonándose todo a Dios con absoluta confianza; a Dios que para él es todo en todas las cosas; a Dios para quien nada perece ni muere; a Dios para quien todo vive y le sirve a una señal suya, sin tardanza ninguna.

11. Piensa continuamente en el fin, y recuerda que el tiempo perdido ya no vuelve. Si no tienes empeño y actividad, jamás adquirirás las virtudes.

Si empiezas a entibiarte, empezarás también a sentirte mal. Pero si te entregas al fervor hallarás profunda paz, sintiendo más ligero el trabajo por la gracia de Dios y el amor a la virtud.

El hombre ferviente y diligente está dispuesto a todo.

Peor trabajo es resistir a los vicios y a las pasiones que fatigarse y sudar en trabajos corporales.

El que no evita las faltas pequeñas resbala poco a poco hasta caer en más grandes.

Vigílate, excítate primeramente a ti mismo, ex-

hórtate. Sea lo que fuere de los demás, de ti no te descuides. Tanto será tu progreso cuanta sea la violencia que te hagas. Amén.

LIBRO II

CONSEJOS QUE INDUCEN A LA VIDA INTERIOR

Capítulo I

VIDA INTERIOR

1. «El reino de Dios está dentro de vosotros», dice el Señor. Conviértete al Señor con toda tu alma, deja este mundo miserable, y tu alma encontrará la paz.

Aprende a despreciar lo exterior, a entregarte a lo interior, y verás llegar el reino de Dios a ti.

Cristo vendrá a ti, y te dará a probar su consolación, si en tu interior le preparas digna mansión.

Toda su gloria y belleza es interior, y allí se complace.

Visita con frecuencia al hombre interior, le pla-

tica dulcemente, lo consuela suavemente, le infunde una paz profunda; su intimidad con él es admirable en extremo.

2. Vamos, pues, alma fiel: prepara tu corazón a este esposo, para que se digne de visitarte y morar en ti.

Efectivamente, dice: «si alguno me ama, guardará mi palabra, iremos a él y viviremos en él».

De modo que hazle campo a Cristo, y no dejes entrar a nadie más.

Cuando poseas a Cristo, serás rico, y con él tendrás. El será tu proveedor y fiel procurador en todo, para que no sea necesario esperar en los hombres.

Los hombres pronto se mudan, y rápidamente se acaban; pero Cristo permanece eternamente, y asiste fielmente hasta el fin.

3. No se debe tener gran confianza en un hombre frágil y mortal, aunque útil y amado. Tampoco debe causar mucha tristeza que a veces se te oponga y te contradiga.

Los que hoy están contigo, mañana podrán estar en tu contra, y al revés porque cambian a menudo como el viento.

Pon en Dios toda tu confianza; sea él tu amor y tu temor. El responderá por ti, y hará todo bien, conforme fuere mejor.

Aquí no tienes residencia permanente. Dondequiera que estuvieres, serás extranjero y viajero. Jamás tendrás reposo, si no te unes íntimamente a Cristo.

4. ¿Por qué miras a todos lados, no siendo éste el lugar de tu descanso? Tu morada deberá ser en los cielos. Por eso, hay que ver todas las cosas de la tierra como quien va de paso. Todas las cosas van de paso; tú también vas de paso con ellas.

Ten cuidado de no apegarte a ellas, no sea que te hagan prisionero y perezcas.

Piensa continuamente en el Altísimo, y eleva tu oración a Cristo sin cesar. Si no sabes meditar cosas sublimes y celestes, descansa en la pasión de Cristo, deleitándote en contemplar sus preciosas llagas.

Si te refugias piadosamente en las heridas y sagrados estigmas de Cristo, sentirás dulce consuelo en las tribulaciones, no harás mucho caso de los dichos de los hombres, y fácilmente sufrirás que te critiquen.

5. Cristo fue despreciado por los hombres aquí en el mundo; en la peor necesidad fue abandonado entre los oprobios por sus amigos y conocidos.

Cristo quiso padecer y sufrir desprecios: ¿y te atreves tú a quejarte de algo?

Cristo tuvo enemigos y detractores, ¿cómo quieres tú que todos sean tus amigos y bienhechores? ¿Qué premio podría tener tu paciencia, si ninguna adversidad te sucede? Si no quieres sufrir adversidad ninguna, ¿cómo serás amigo de Cristo? Aguantá por Cristo y con Cristo, si quieres reinar con Cristo.

6. Si de una vez entraras al interior de Jesús, y probaras un poquito de su inflamado amor, para

nada te preocuparías de tus propias ventajas o desventajas; más bien gozarías de las humillaciones que se te hicieran, porque el amor de Jesús hace que el hombre se desprecie a sí mismo.

El amigo de Jesús y de la verdad, el hombre verdaderamente espiritual y libre de afectos desordenados, puede entregarse a Dios con entera libertad, puede levantarse con su espíritu arriba de sí mismo, y reposar lleno de alegría.

7. El hombre que sabe tener las cosas en lo que son, no en lo que se dice o se piensa de ellas, es el verdadero sabio, enseñado de Dios más que de los hombres.

El que sabe conducirse espiritualmente, y tener en poco las cosas exteriores, no exige lugares apropiados, ni espera ocasiones, para entregarse a ejercicios piadosos.

El hombre espiritual no tarda en recogerse, porque nunca se derrama totalmente al exterior.

Ni le estorba el trabajo externo, ni las ocupaciones que son a veces necesarias: se acomoda a todo como le viene.

El que tiene su alma bien dispuesta y arreglada, no se ocupa de los hechos asombrosos y perversos de los hombres.

Tanto se estorba y se distrae el hombre, cuanto se apega a las cosas.

8. Todo sería útil y provechoso para ti, si estuvieras bien, purificado perfectamente.

A menudo te desagradan muchas cosas y te ha-

cen perder la paz, porque todavía no estás bien muerto a ti mismo, ni desprendido de todas las cosas de la tierra.

Nada mancha tanto al corazón humano, nada lo embaraza tanto, como el amor impuro a las criaturas.

Si renuncias a la consolación exterior, podrás contemplar las cosas celestiales, y sentir con frecuencia interior alegría.

Capítulo II

HUMILDE SUMISION

1. Que no pese mucho en tu ánimo quien esté contigo, o contra ti. Pero sí procura y haz que en todo lo que hagas esté Dios contigo. Ten la conciencia tranquila, y Dios te defenderá perfectamente.

Al que Dios quiere ayudar, ninguna maldad puede dañar.

Si sabes callar y sufrir, verás ciertamente la ayuda del Señor.

El conoce el tiempo y la manera de librarte; por eso debes abandonarte a él. A Dios le toca ayudar y librar de toda confusión.

Con frecuencia sirve mucho, para guardar mejor

la humildad, que otros sepan y reprendan nuestras faltas.

2. Cuando uno se humilla de sus defectos, fácilmente aplaca a los demás; y con poco satisface a los que están enojados con uno. Al humilde, lo protege Dios y lo libra; al humilde, lo ama Dios y lo consuela; hasta el humilde se inclina Dios. Dios da generosamente su gracia al humilde; y después de humillado lo eleva a la gloria.

Al humilde le descubre Dios sus secretos, convidándolo y atrayéndolo suavemente.

Cuando el humilde sufre una humillación, no se turba mucho su pecho, porque su confianza no está puesta en los hombres, sino en Dios.

No pienses haber progresado nada, si todavía no te sientes inferior a todos.

Capítulo III

HOMBRE BUENO Y APACIBLE

1. Primero vive tú mismo en paz para que luego puedas llevar paz a los demás.

Es más útil un hombre amante de la paz que uno muy sabio.

El hombre apasionado hasta lo bueno interpreta mal, y cree fácilmente lo malo.

El hombre bueno y amante de la paz dirige todas las cosas al bien.

El que está en santa paz no tiene sospechas de nadie. Pero el que está descontento, y perturbada su alma, se inquieta agitado de sospechas varias: ni está en paz, ni deja que estén los otros. Con frecuencia dice lo que no debiera, y deja de hacer lo que más le conviniera. Atiende a lo que los demás están obligados, y él descuida sus obligaciones.

De modo que primero ten celo de ti mismo y luego podrás tener también celo de tu prójimo.

2. Tú sabes bien excusar y dar buena apariencia a tus actos; pero no quieres admitir las excusas de los demás. Sin embargo, sería más justo acusarte a ti y excusar a tu hermano.

Si quieres que los demás te aguanten aguántalos tú.

Mira qué lejos estás todavía de la verdadera caridad y humildad; el que las tiene, sólo se enoja o se indigna consigo mismo.

No es ninguna gracia poder vivir con los buenos y apacibles, pues eso nos gusta naturalmente a todos; a todos nos gusta vivir en paz, y queremos más a los que piensan como nosotros.

Mas el poder vivir en paz con gente grosera y mala, o con gente indisciplinada, o con aquellos que nos contrarían, eso sí es una gracia grande, una hazaña laudable en extremo, una cosa verdaderamente varonil.

3. Hay algunos que viven en paz consigo mis-

mos y con los demás. Hay otros que ni están en paz consigo, ni dejan estar en paz a los demás; pesados para los demás; siempre más pesados todavía para sí mismos.

Hay también algunos que viven en paz consigo, y procuran poner en paz a otros.

Toda nuestra paz en esta vida miserable debe consistir más bien en sufrir las adversidades con paciencia, que en no tenerlas.

El que sepa sufrir mejor, gozará de una paz más profunda. Ese será vencedor de sí mismo, señor del mundo, amigo de Cristo, heredero del cielo.

Capítulo IV

PUREZA DE ALMA Y RECTA INTENCION

1. Con dos alas vuela uno sobre las cosas de la tierra: la sencillez y la pureza.

Debe haber sencillez de intención, y pureza de afecto. Con la sencillez, se dirige uno a Dios; con la pureza, lo abraza y lo goza.

Ninguna acción buena te estorbará, si estás libre interiormente de todo afecto desordenado.

Gozarás de libertad de alma, si no intentas más que hacer la voluntad de Dios y ser útil al prójimo, buscando solamente eso.

Si tuvieras corazón recto, toda la creación sería para ti espejo de vida, libre de santa doctrina. No hay criatura tan pequeña y baja, que no refleje la bondad de Dios.

2. Si tuvieras un alma buena y pura, verías claramente todas las cosas, y las entenderías bien. El corazón puro penetra el cielo y el infierno.

Como es cada cual por dentro, así juzga lo de fuera.

Si en este mundo existe la alegría, el hombre de corazón puro indudablemente la posee.

Y si en algún lugar hay tribulación y angustia, el hombre de mala conciencia lo sabe mejor que nadie.

Así como al hierro metido al fuego se le quita el moho, y se pone todo candente, así también, cuando el hombre se convierte enteramente a Dios se le quita la tibieza, transformándose en un hombre nuevo.

3. Cuando uno comienza a entibiarse, le tiene miedo a cualquier trabajillo, y le gusta buscar consuelos humanos.

Pero cuando comienza a vencerse perfectamente, caminando varonilmente por el camino de Dios, ligero le parece lo que pesado le parecía.

Capítulo V

REFLEXION SOBRE UNO MISMO

1. No podemos tener bastante fe en nosotros mismos, porque a menudo nos faltan el buen juicio y la gracia.

Poca luz tenemos; y esa poca la perdemos fácilmente por descuido.

Muchas veces ni siquiera notamos que estamos tan ciegos en el alma.

A menudo obramos mal, y nos disculpamos peor.

A veces nos mueve la pasión, y pensamos que es celo.

Reprendemos las pequeñas faltas de otros y pasamos por alto nuestras enormidades.

Muy pronto sentimos y ponderamos lo que sufrimos de los demás; pero no nos damos cuenta de cuánto lo hacemos nosotros sufrir.

El que pondere bien y rectamente sus propios actos no tendrá por qué juzgar severamente a los demás.

2. Una persona espiritual antepone el cuidado propio a todos los demás cuidados; y el que se dedica con esmero a sí mismo fácilmente guarda silencio acerca de los demás.

Si no callas acerca de los actos ajenos y te miras

particularmente a ti mismo, jamás serás espiritual ni piadoso.

Si te dedicas por completo a ti mismo y a Dios, ninguna inquietud te causará lo que veas en tu exterior.

¿Dónde estás cuando en ti no estás? Y cuando hubiste andado por dondequiera, ¿qué ganaste con descuidarte?

Si has de alcanzar la paz y la unión verdadera con Dios, es preciso que vuelvas la espalda a todo, teniéndote a ti solo a la vista.

3. Mucho aprovecharás, si te conservas libre de todo cuidado del mundo.

Fallarás mucho, si tienes en algo cualquiera cosa del mundo.

Que para ti no haya nada grande, ni sublime, ni agradable, ni deseable, sino sólo Dios o lo que sea de Dios.

Todo consuelo que provenga de criaturas considéralo totalmente vacío.

El alma que ama a Dios siente desdén por todo lo que haya debajo de Dios.

Sólo Dios es eterno e inmenso; llena el universo entero; es el consuelo del alma, la alegría verdadera del corazón.

Capítulo VI

ALEGRIA DE LA BUENA CONCIENCIA

1. La gloria del hombre bueno está puesta en el testimonio de su buena conciencia.

Ten buena conciencia, y tendrás siempre alegría.

El hombre de buena conciencia puede soportar muchísimas cosas, y aun estar muy contento en medio de la adversidad.

El hombre de mala conciencia está lleno siempre de temor y de zozobra.

Sentirás suave descanso cuando el corazón nada te reproche.

No te alegres sino cuando te portes bien.

Los malos jamás tienen verdadera alegría, ni gozan de la paz del alma, porque «los impíos no tienen paz», dice el Señor.

Pues si dijeren: estamos en paz; no nos vendrán males algunos; ¿quién osará dañarnos? no les creas; la cólera de Dios repentinamente se inflamará, lo que hicieron se deshará, y sus planes se frustrarán.

2. El poner su gloria en las tribulaciones no es cosa dura para el que ama, porque el gloriarse en eso es gloriarse en la cruz del Señor.

La gloria dada y recibida de los hombres es de poca duración.

Compañera inseparable de la gloria del mundo es la tristeza.

La gloria de los buenos está en su conciencia, y no en la boca de los hombres.

La alegría de los justos viene de Dios, está en Dios, y se gozan de la verdad.

El que desea conseguir la gloria verdadera, la gloria eterna, no se preocupa de la temporal.

Es claro que no suspira mucho por la gloria celestial quien busca la temporal, o no la desprecia de corazón.

Mucha paz de corazón tendrá el que no se preocupe porque lo alaben o lo critiquen.

3. Fácilmente estará alegre y tranquilo el que tenga limpia la conciencia.

Ni eres mejor porque te alaben ni peor porque te critiquen.

Eres lo que eres; no puedes ser más grande de lo que ante Dios eres.

Si miras cómo eres en el interior de tu alma, no te preocuparás de lo que digan de ti los hombres.

El hombre mira a la cara; Dios penetra el corazón. El hombre ve las acciones; Dios pesa las intenciones.

Señal de corazón humilde es tenerse en poco, obrando siempre bien.

El rehusar los consuelos de las criaturas es prueba de gran pureza y confianza del alma.

4. Cuando el hombre no busca en su favor nin-

gún testimonio humano, es porque evidentemente se entregó todo a Dios.

En efecto, «no es recomendable el hombre a quien los hombres alaban, sino aquél que es recomendado de Dios», como dice San Pablo.

El estado del hombre espiritual consiste en la íntima comunicación con Dios, enteramente suelto de las cadenas externas de las pasiones.

Capítulo VII

AMOR DE JESUS SOBRE TODAS LAS COSAS

1. ¡Dichoso el hombre que comprende lo que es amar a Jesús, y despreciarse por Jesús!

Es preciso dejar lo amado por el Amado; porque Jesús quiere que se le ame a él solo, sobre todas las cosas.

El amor de la criatura es falaz, es inconstante; el amor de Jesús es seguro y constante.

El que se apega a una criatura, caerá juntamente con ella, porque la criatura es quebradiza; pero el que abraza a Jesús se mantiene firme para siempre.

Amalo, cultiva su amistad; pues cuando todos te abandonen, él no te abandonará, ni permitirá que perezcas al fin.

Quieras o no quieras, al cabo tendrás que separarte de todas las cosas.

2. Estate arrimado a Jesús en la vida y en la muerte; entrégate a su fidelidad. Cuando todo te falle, él solo puede sostenerte.

Pero el Amado de tu corazón es de tal carácter que no quiere admitir rivales; exige la posesión exclusiva de tu corazón, y sentarse sobre él como un rey en su trono.

Si tú quisieras desembarazarte de todas las criaturas, Jesús viviera gustoso contigo.

Hallarás que está perdido casi todo lo que fuera de Jesús deposites en los hombres.

No confíes, ni te apoyes en un carrizo que mece el viento, porque «toda carne es hierba, y como la flor de la hierba, así se marchitará su belleza».

3. Si solamente miras a la cara de los hombres, fácilmente te engañarás.

En efecto, cuando en los demás buscas consuelo y ganancia, las más veces hallas detrimento.

Si en todas las cosas buscas a Jesús, ciertamente hallarás a Jesús.

Si te buscas a ti, también te hallas a ti; pero sólo para tu ruina.

Cuando el hombre no busca a Jesús, se hace más daño del que sus enemigos y el mundo entero pudieran hacerle.

Capítulo VIII

AMISTAD INTIMA DE JESUS

1. Cuando se siente la presencia de Jesús, todo va bien, y ninguna cosa parece difícil; pero cuando no se siente esa presencia todo parece duro.

Cuando Jesús no nos habla dentro de nuestros corazones, ningún consuelo sirve de nada; pero, con una sola palabra que nos diga, ¡cuánto consuelo sentimos!

¿No se levantó luego María Magdalena de donde estaba sentada llorando, al decirle Marta: «el Maestro ya llegó y te manda llamar»?

¡Dichosa la hora en que Jesús llama al hombre del llanto al gozo del alma!

¡Qué seco y qué duro estás sin Jesús!

¡Qué tonto y qué loco eres cuando buscas algo que no sea Jesús! ¿No es eso perder más que si el Universo perdieras?

2. El mundo sin Jesús, ¿qué podrá darte? Vida sin Jesús es infierno horroroso; vida con Jesús, paraíso deleitoso.

Cuando Jesús está contigo, no te puede dañar ningún enemigo.

El que halla a Jesús, se halla un rico tesoro: el tesoro sobre todos los tesoros.

El que pierde a Jesús, inmensa pérdida sufre: más que si el Universo perdiera.

El hombre que vive con Jesús en buena amistad es riquísimo; el que no vive con Jesús es pobrísimo.

3. El saber vivir con Jesús és un gran arte; el saber guardarlo, es una gran sabiduría.

Si eres humilde y pacífico, Jesús estará contigo. Si eres piadoso y tranquilo, Jesús vivirá contigo.

Fácilmente puedes ahuyentar a Jesús y perder su gracia, si quieres bajar al mundo de las cosas exteriores.

Y si haces que se vaya, y lo pierdes, ¿en quién te refugiarás? ¿Qué otro amigo buscarás?

Sin amigos no se puede vivir. Y si Jesús no es para ti más todavía que todos los amigos juntos, vivirás en inmensa desolación y tristeza.

Por esa razón, te portas como un insensato cuando pones tu confianza, tu alegría, en otra cosa cualquiera.

Es preferible tener a todo el mundo de contrario, que Jesús de adversario.

Entre todos los que amas, Jesús solo sea tu amado particular.

4. Que a todos se les ame por Jesús; a Jesús, por sí mismo.

Sólo a Jesucristo se le debe amor especial, porque está probado que entre todos los amigos es el único bueno y leal.

Por él y en él, ama a todos, amigos y enemigos. Hay que pedirle por todos, para que todos lo conozcan y lo amen.

Nunca quieras amor o elogios para ti; eso le

toca únicamente a Dios, el cual no tiene semejante.

Tampoco quieras ocupar el corazón de nadie, ni ocupar el tuyo con el amor de nadie. Que esté Jesús en tu corazón y en los corazones de todas las personas buenas.

5. Conserva pura tu alma, y desembarazada de todas las criaturas.

Si quieres alcanzar a ver qué dulce es el Señor, tienes que estar desligado del mundo, con el corazón puro y levantado hacia Dios.

Si la gracia de Dios no se te anticipa y te arrastra, ciertamente no llegarás nunca a unirte tú solo con él solo, desligándose de todas las criaturas, y despidiéndolas a todas.

En efecto, cuando el hombre recibe la gracia de Dios, se hace capaz de todo. Pero cuando esa gracia se retira, se queda el hombre miserable y débil, como abandonado tan sólo a los azotes.

Cuando le suceda esto último, no debe abatirse ni desesperarse; sino abandonarse tranquilamente a la voluntad de Dios, sufriendo por la gloria de Cristo cuanto le sucediere; porque tras del invierno, viene el verano; el día le sigue a la noche; y una gran calma a la tempestad.

Capítulo IX

DESOLACION TOTAL DEL ALMA

1. Cuando se goza de consuelos divinos, no es difícil desechar los humanos.

Pero sí es una gran cosa, es una cosa muy grande, el aguantar la falta de consuelos humanos y divinos; el soportar de buena gana y por amor de Dios ese destierro del corazón; el no buscarse a sí mismo en nada, ni atender al propio mérito.

¿Qué gracia haces con andar risueño y tener piedad cuando te visita la gracia? Oh, todos deseamos que venga esa hora. Muy cómodamente cabalga aquel a quien empuja la gracia de Dios. ¿Es cosa extraña que no sienta la carga aquel a quien lleva el Omnipotente, a quien conduce el altísimo guía?

2. Nos gusta tener algún consuelo; y iqué difícil es despojarse uno de sí mismo!

El mártir San Lorenzo triunfó del mundo y del amor a su propio obispo. Por una parte despreció todos los encantos del mundo; por otra, consintió también dócilmente, por amor de Cristo, en la separación del Sumo Sacerdote, el Papa Sixto, a quien tanto amaba. De modo que con el amor del Creador triunfó del amor del hombre; prefirió hacer la voluntad divina al consuelo humano. Aprende, pues, a dejar algún amigo íntimo y querido, por amor a Dios.

No te duela mucho cuando algún amigo te abandone; porque bien sabes que al cabo tenemos que separarnos todos, sin remedio.

3. El hombre tiene que combatir mucho y por mucho tiempo contra sí mismo, hasta lograr el triunfo completo sobre sí mismo, arrastrando hacia Dios todos los anhelos del corazón.

Cuando el hombre se apoya en sí mismo, fácilmente se agacha hasta el suelo en busca de consuelos humanos. Pero el que tiene amor verdadero a Cristo, y persigue con empeño la virtud, no anda en busca de consuelo, ni procura semejantes dulzuras. Prefieres fuertes ejercicios, y soportar por Cristo arduos trabajos.

4. De manera que cuando Dios te dé consuelos, recíbelos con gratitud, en la inteligencia de que son dádivas de Dios que tú no has merecido.

No te enorgullezcas ni te alegres demasiado de ellas, ni tengas vana presunción; humíllate más por tales dádivas, ten más precaución y temor para todos tus actos; porque esa hora pasará, y enseguida la tentación volverá.

Cuando te veas privado de consuelo, no pierdas luego la esperanza. Espera humilde y paciente hasta que el cielo te visite otra vez; porque Dios puede darte de nuevo consuelos más dulces todavía.

Eso no tiene nada nuevo ni de raro para los hombres experimentados en el camino de Dios: los grandes santos, los profetas de la antigüedad sentían a menudo tales alternativas.

5. Por esa razón dijo uno de los profetas, al sentir la presencia de la gracia: «al sentirme rico, dije: jamás me mudaré». Pero cuando se le retiró la gracia, expresa así lo que sintió: «me volviste la espalda, y me quedé todo sobresaltado». Pero no pierde la esperanza; con má insistencia le ruega al Señor: «Señor, a ti clamaré; elevaré al Señor mis plegarias».

Al fin recoge el fruto de su oración, y cuenta así cómo le escuchó: «el Señor me escuchó, y se apiadó de mí; el Señor me ayudó». ¿Y en qué consistió la ayuda? En esto: «cambiaste mi llanto en gozo; me colmaste de alegría».

Si a los grandes santos los probaba así, nosotros, tan débiles y pobres estemos a veces llenos de fervor, y a veces llenos de frialdad; porque el Espíritu Santo llega y se va cuando quiere. Por eso decía Job: «en la madrugada vas a visitarlo; pero de repente lo pones a prueba».

6. ¿En qué podré, pues, esperar? ¿En qué deberé confiar, si no es en la gran misericordia de Dios, y en la esperanza de la gracia celeste? En efecto, ya esté en compañía de personas buenas, de religiosos piadosos, de amigos leales; ya lea santos libros o bellos escritos; ya escuche dulces himnos y cánticos, todo eso de poco me sirve, poco me gusta, cuando me abandona la gracia, dejándome en mi natural miseria sumergido.

El mejor remedio para eso es la paciencia, y la resignación a la voluntad divina.

7. Jamás he conocido persona tan piadosa y devota que no haya sufrido algunas veces la privación de la gracia, o no haya sentido enfriamiento de fervor. Ni ha existido santo tan levantado a lo sublime, ni tan iluminado, que antes o después no haya sido tentado.

No merece la sublime, la divina contemplación, quien por Dios no se pruebe en alguna tribulación.

Tentación que precede suele ser señal de consolución que sucede.

Se promete el celeste consuelo a los que sufren pruebas de tentación, como dice el Apocalipsis: «al vencedor le daré a comer del árbol de la vida».

Se nos dan consuelos divinos para infundirnos más fuerza con que aguantar las adversidades. Sigue la tentación para que no tengamos soberbia del consuelo.

No duerme el diablo, ni ha muerto la carne todavía. Por esa razón, vive siempre listo para el combate; porque a tu derecha y a tu izquierda hay enemigos que no te dan tregua ninguna.

Capítulo X

AGRADECIMIENTO POR LA GRACIA DE DIOS

1. Para trabajar naciste. ¿Cómo quieres descan-

sar? Espera sufrimientos más bien que consuelos; cruz que llevar más bien que alegría que gozar.

¿Habrá algún mundano que no quisiera mejor consuelos y alegría espirituales, si pudiera siempre alcanzarlos? Porque los consuelos espirituales superan a todas las delicias mundanas, a todos los placeres carnales.

Todas las delicias mundanas son vanas, o vergonzosas; mientras que las delicias espirituales son las únicas amables y honestas; engendradas por la virtud e infundidas por Dios en el seno de las almas puras.

Nadie puede gozar de esos consuelos divinos siempre que quiere, porque el ataque de la tentación no tarda mucho.

2. La falsa libertad del corazón y la demasiada confianza en sí mismo se oponen mucho a la visita celeste.

Dios nos hace un bien dándonos la gracia de sus consuelos; nosotros hacemos mal no pagándoselos a Dios con hacinamiento de gracias.

Los dones de la gracia no pueden crecer en nuestras almas, porque no los agradecemos a su dueño, ni los referimos a la fuente de donde corren. En efecto, la gracia viene por fuerza a quien da gracias como se debe; y se le quita al soberbio lo que suele darse al humilde.

3. Ni quiero consolación que me quite la compunción, ni deseo contemplación que lleve a la presunción. Pues ni es santo todo lo elevado, ni bueno

todo lo suave; ni son puros todos los deseos, ni agradable a Dios todo lo que amamos.

Querría recibir una gracia que me hiciera cada vez más humilde y timorato, y más dispuesto a abandonarme a mí mismo.

La persona que haya experimentado la dádiva de la gracia y sentido el azote de su privación, jamás se atreverá a adueñarse de ninguna buena calidad; antes admitirá ser pobre y desnudo.

Dale a Dios lo que es de Dios; tú aprópiate lo tuyo. Es decir: dale gracias a Dios por su gracia; tú reconoce que a ti te pertenece solamente el pecado, y que por el pecado mereces castigo.

4. Ponte siempre en lo más bajo, y se te dará lo más alto; no se sostiene lo más alto sino sobre lo más bajo. Los más grandes santos para Dios son para sí mismos los más pequeños: tanto más humildes, cuando más gloriosos. Como están llenos de verdad y gloria celestial, no ambicionan glorias vanas.

Cimentados y afianzados en Dios, no pueden absolutamente ser soberbios.

Los que atribuyen a Dios todo lo bueno que han recibido no buscan alabanzas mutuas. Lo que quieren ellos es aquella gloria que solamente Dios puede dar, deseando más que todas las cosas que Dios sea alabado en ellos y en todos los santos, siendo siempre ésa su intención.

5. Si eres agradecido en lo poco, merecerás recibir dádivas mayores. Hasta la dádiva más pequeña

tenla por grande; y la más despreciable, como dádiva especial. Si se considera la majestad infinita del que reparte los dones, ningúno debe parecer pequeño ni vil; porque no puede ser cosa pequeña la que el Dios Altísimo nos regala.

Hasta los castigos y los azotes debiéramos agradecerle; porque todo lo que él permite que nos suceda, lo dispone siempre para nuestra salvación.

El que quiera conservar la gracia de Dios, agrádzcala cuando la reciba, tenga paciencia cuando se le quite, pida que le vuelva, sea humilde y precavido para no perderla.

Capítulo XI

POCOS AMAN LA CRUZ DE CRISTO

1. En nuestros tiempos hay muchos deseosos de alcanzar el reino celestial de Jesús; pocos que quieren llevar su cruz.

Muchos desean su consolación; pocos su tribulación.

Muchos quieren sentarse a la mesa con él; pocos quieren ayunar con él.

Todos quieren gozar con él; pocos, sufrir algo por él.

Muchos acompañan a Cristo hasta el partir del pan; pocos, hasta beber el cáliz de la pasión.

Muchos admiran sus milagros; pocos siguen la ignominia de la cruz.

Muchos aman a Jesús mientras no tienen adversidades.

Muchos lo alaban y bendicen mientras gozan algunos consuelos suyos. Pero, si se les oculta, dejándolos por un rato, se entregan a los lamentos, y se abaten demasiado.

2. Pero los que aman a Jesús por Jesús y no por algún consuelo que les dé, tanto lo bendicen en cualquiera tribulación y amargura del alma, como en medio del más dulce de los consuelos. Y si nunca quisiera darles ningún consuelo, de todos modos, lo alabarían siempre y lo bendecirían.

3. ¡Oh, cuánto puede el amor puro a Jesús, libre de todo egoísmo y amor propio!

¿No se debería calificar de mercenarios a todos esos que piden siempre consuelos? Esos que calculan siempre su comodidad y ganancia, ¿no prueban amarse más a sí mismos que a Cristo?

¿Dónde hallaremos alguno que ame a Dios de balde? En efecto, rara vez encontramos alguno tan espiritual que se haya despojado de todo. Pues, ¿quién podrá encontrar un verdadero pobre de espíritu, uno desembarazado de todas las criaturas? «Cosa valiosa que viene del último rincón de la tierra».

4. Si uno diera todos sus bienes, eso no sería nada todavía. Si hiciera áspera penitencia, sería todavía poco. Si poseyera todas las ciencias, andaría

lejos todavía. Si fuera muy virtuoso, y tuviera intensa piedad, le faltaría mucho todavía; una sola cosa se necesita muchísimo. ¿Qué cosa sería esa? Que después de dejar todas las criaturas se deje a sí mismo, se salga totalmente de sí mismo, despojándose de todo el amor propio; y que después de hacer todo aquello que a su juicio debe hacer, sienta que no ha hecho nada.

5. No considere grande lo que grande pudiera creerse. Al contrario; declárese criado inútil, con toda sinceridad, como dice la Verdad: Cuando acabéis de hacer todo aquello que se os ha ordenado, decid: «Somos unos criados inútiles». Entonces sí podrá ser un verdadero pobre y desnudo espiritualmente, y decir con el profeta: «soy pobre y solito».

Y sin embargo, nadie será más rico y poderoso, nadie más libre, que quien se abandona a sí mismo y a todas las criaturas, y se pone en el más bajo lugar.

Capítulo XII

CAMINO REAL DE LA SANTA CRUZ

1. Dura les parece a muchos esta sentencia: renuncia a ti mismo, toma tu cruz, y sigue a Jesús. Pero mucho más duro será escuchar aquella senten-

cia suprema: «apartaos de mí, malditos, al fuego eterno».

Los que ahora oyen y siguen de buena gana la predicación de la cruz, no temerán entonces oír aquella sentencia de eterna condenación.

Esta señal se verá en el cielo cuando venga Cristo a juzgarnos.

Entonces se acercarán con gran confianza a Cristo juez todos aquellos súbditos de la cruz que durante su vida se asemejaron al Crucificado.

2. ¿Por qué tienes miedo de llevar la cruz, esa cruz por la cual se llega al Reino?

En la cruz está la salvación, en la cruz está la vida, en la cruz está la defensa contra los enemigos, en la cruz hay una infusión de celestial dulzura, en la cruz está la fuerza del alma, en la cruz está el gozo espiritual, en la cruz está el compendio de la virtud, en la cruz está la perfecta santidad.

Sólo en la cruz hay salvación para el alma, esperanza de vida eterna.

Toma, pues, tu cruz, sigue a Jesús, y llegarás a la vida eterna.

El marchó delante, llevando su cruz, y en esa cruz quiso morir por ti, para que tú también lleves tu cruz, y en ella quieras morir.

Porque si con él mueres, con él vivirás; y siendo compañero de suplicio, lo serás también de gloria.

3. Mira que todo está en la cruz, que todo se reduce a morir, que no hay más camino a la vida y a

la verdadera paz del alma que este camino de la santa cruz, de la mortificación, de todos los días.

Vete a donde quieras, busca todo lo que quieras: arriba, no hallarás camino más elevado; abajo, no hallarás camino más seguro que este camino de la santa cruz.

Arregla y ordena todas las cosas según tu gusto y manera de ver. A pesar de eso, ya verás que siempre tienes algo que sufrir, quieras o no quieras; de modo que siempre topará con la cruz.

Efectivamente, ya sentirás dolor en tu cuerpo, ya te atormentará angustia íntima en el alma.

4. Unas veces te abandonará Dios; otras veces, el prójimo pondrá a prueba tu paciencia. Lo que es peor todavía, muchas veces serás molesta carga para ti mismo.

Sin embargo, no habrá manera de librarte, ni remedio con que aliviarte; tendrás que aguantar hasta que Dios quiera. Y Dios quiere que aprendas a sufrir tribulaciones sin consolaciones, que te sometas plenamente a él, y que con las tribulaciones te hagas más humilde.

Sólo el que pasa por semejantes sufrimientos puede compadecer con lo íntimo de su alma a Cristo en su pasión.

La cruz está siempre preparada, y en todas partes te espera. Vayas a donde fueres, no podrás escapar de ella; porque a dondequiera que vayas, te llevas a ti mismo, y por eso topas contigo mismo donde quiera. Sube, baja; entra, sal; en todas partes ha-

llarás la cruz. De manera que dondequiera necesitas tener paciencia, si persigues la paz del espíritu, y ganar la inmortal corona.

5. Si de buena gana llevas la cruz, la cruz te llevará a su vez hasta el fin que pretendes, allá donde se acaba el sufrimiento; pero eso no será aquí.

Si la llevas de mala gana, tu cruz te pesará y se te hará más molesta; pero de todos modos tendrás que llevarla.

Si avientas una cruz, seguramente hallarás otra, y tal vez más pesada todavía.

6. ¿Crees tú poder escapar de lo que ningún mortal ha podido? ¿Pues qué hubo en el mundo algún santo que no tuviera cruces y aflicciones? Ni Jesucristo Nuestro Señor pasó una sola hora de su vida sin sufrimiento y dolor: «tenía Cristo que padecer, luego resucitar de entre los muertos y entrar en su reino». Y tú, ¿por qué andas buscando otro camino que este de la santa cruz?

7. La vida de Cristo, toda la vida de Cristo, fue pura cruz y martirio; ¿y tú quieres descansar y gozar? Te engañas, sí, te engañas, si otra cosa buscas que los sufrimientos; porque toda esta vida mortal está llena de miserias, y las cruces abundan por doquier.

Y cuanto más se eleva uno en la vida del espíritu, tanto más pesadas cruces suele hallar; porque tanto más duele el destierro, cuanto más intenso es el amor.

8. Con todo, a persona tan diversamente afligi-

da no le falta el alivio del consuelo, porque siente ganar muchísimo fruto sufriendo la cruz. Pues al llevarla voluntariamente, ni siquiera piensa en el peso de las tribulaciones, por la confiada espera en las divinas consolaciones.

Y cuanto más se quebranta la carne con la tribulaciones, tanto más cobra fuerzas el espíritu por la gracia que el alma recibe. A veces, se robustece tanto con el amor de las aflicciones y adversidades, por el anhelo de asemejarse a Cristo, sufriendo la cruz, que ya no querría verse libre de aflicciones y dolores; porque juzga que tanto más agradable a Dios será, cuanto más cosas y más pesadas pueda soportar por él.

Eso no es virtud humana; es la gracia de Cristo que tanto puede y tan grandes cosas hace en la pobre carne; a tal grado que aquellas cosas que naturalmente aborrece y huye, movida del fervor del espíritu las comprende y las ama.

9. No es conforme a la naturaleza humana el llevar la cruz, el amar la cruz, el refrenar el cuerpo, sujetándolo al mando de la virtud; tampoco el desechar honores, el soportar con gusto los insultos; tampoco el despreciarse a sí mismo y preferir que los otros lo desprecien; tampoco el sufrir cualesquiera adversidades y pérdidas, o no desear ninguna prosperidad de la de este mundo.

Si a ti te atienes, ninguna cosa de todas éstas podrás hacer tú solo.

Pero si en el Señor confías, se te dará una fuerza

celeste con que pongas al mundo y a la carne bajo tu mando.

Ni siquiera a tu enemigo, el diablo, le tendrás miedo, si andas armado de la fe, y marcado con la cruz de Cristo.

Como bueno y fiel servidor de Cristo, ponte, pues, a llevar con valor la cruz de tu Señor, de ese Señor clavado en la cruz por tu amor.

Prepárate a sufrir muchas adversidades, y múltiples incomodidades, en esta vida miserable; porque así te pasará donde quiera que estés; así lo encontrarás efectivamente donde quiera que te metas.

Así tiene que ser. La paciencia será el único remedio contra la invasión de los males, de las tribulaciones y del dolor. Bebe con ansia el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo y compañero.

Déjale a Dios sus consuelos para que con ellos haga lo que quiera; tú ponte a soportar tribulaciones, teniéndolas por grandísimas consolaciones; porque todavía que tú solo pudieras soportarlas todas, «no son proporcionadas las aflicciones de esta vida al merecimiento de la gloria venidera».

10. Cuando hayas llegado al grado de que sientas dulzura en las tribulaciones, de que te parezcan sabrosas, por amor a Cristo, considérate feliz, porque has hallado el paraíso sobre la tierra.

Pero mientras te pese el sufrimiento, y quieras escapar de él, serás siempre desdichado; porque a donde quiera que huyas, allá te perseguirá la tribulación.

11. Si te entregas a lo que debes, es decir, a padecer y a morir, pronto te sentirás más feliz, y hallarás la paz.

Aunque fueras levantado, como San Pablo, hasta el tercer cielo, no estarías por eso asegurado contra las adversidades. Porque dijo Cristo acerca de él: «Yo le haré ver cuántas cosas tendrá que sufrir por mi nombre». Si quieres, pues, amar a Jesús y servirle para siempre, no te queda más recurso que sufrir.

12. ¡Ojalá que merecieras sufrir un poco por Cristo! ¡Cuánta gloria ganarías, cuánto júbilo les diera a todos los santos de Dios, cuánto se edificara el prójimo!

Todos recomiendan la paciencia; pocos son los que quieren sufrir. Habiendo tantos que sufren por amor al mundo, ¿no debieras justamente sufrir tanto por Cristo?

13. Ten la seguridad de que necesitas vivir vida de muerte. Pero cuanto más muere uno a sí mismo, tanto más intensamente vive a Dios.

Nadie es capaz de comprender las cosas celestiales, si no se sujeta a soportar adversidades por Cristo.

No hay cosa más agradable a Dios, no hay cosa, más saludable para ti en este mundo, que padecer voluntariamente por Cristo. tanto que si se te diera a escoger, deberías preferir los padecimientos por Cristo al goce de muchos consuelos; porque en este caso serías más semejante a Cristo, más a la manera de todos los santos.

En realidad de verdad, nuestro mérito y el progreso de nuestro estado no se mide por las muchas dulzuras y consuelos que se tengan; sino más bien por las grandes penas y tribulaciones que se sufran.

14. Si para la salvación de los hombres hubiera alguna cosa mejor y más útil que padecer, Cristo nos la habría enseñado con su palabra y con su ejemplo. Pero al contrario, a todos los discípulos que le seguían, y a todos aquéllos que quieran seguirlo, los exhorta con toda franqueza a llevar la cruz, diciéndoles: «el que quiera seguirme, renuncie a sí mismo, tome su cruz, y échese a caminar tras de mí».

Después de leer y pensar todo lo que precede, lleguemos a esta conclusión final: «no se puede entrar al reino de Dios, sino pasando por muchas tribulaciones».

LIBRO III

CONSOLACION ESPIRITUAL

Capítulo I

CRISTO LE HABLA POR DENTRO AL ALMA FIEL

1. *El alma fiel*: «Escucharé lo que el Señor Dios me dice dentro de mí».

¡Feliz el alma que oye la voz del Señor que dentro del corazón le habla, y escucha palabras consoladoras de su boca! ¡Dichosas las orejas que captan las ondas de los murmullos de Dios, sin parar mientes en los chismes de este mundo! ¡Felices de plano las orejas que no escuchan la voz que afuera suena, sino la verdad que adentro enseña!

¡Bienaventurados los ojos que no miran las cosas exteriores por estar mirando las interiores!

¡Bienaventurados aquellos que penetran las co-

sas interiores esforzándose con ejercicios de todos los días por disponerse más y más a comprender los secretos celestiales!

¡Dichosos aquellos que procuran entregarse a Dios, desenredándose de todos los estorbos mundanos!

Atiende a todo esto, alma mía; cierra las puertas de los sentidos para que puedas percibir lo que el Señor tu Dios te dice dentro de ti.

Cristo: Esto dice tu amado: «Yo soy tu salvación, tu paz, tu vida».

Permanece conmigo, y hallarás la paz. Abandona todas las cosas transitorias; busca las permanentes.

¿Qué son todas las cosas transitorias, sino puras cosas seductoras? ¿De qué te servirían las criaturas si el Creador te abandonara?

Renunciando, pues, a todas las cosas, hazte agradable y fiel a tu Creador, a fin de que puedas obtener la felicidad verdadera.

Capítulo II

LA VERDAD HABLA DENTRO SIN PALABRAS

1. *El alma fiel:* «Di, Señor, que tu siervo escu-

cha. Soy tu esclavo; alumbra mi inteligencia para entender tus palabras».

Excita mi corazón a escuchar las palabras de tu boca; que tu conversación caiga sobre mí como el rocío sobre la tierra.

Dijeron una vez a Moisés los hijos de Israel: «háblanos tú, y te escucharemos; que no nos hable el Señor no sea que nos muramos».

Señor, no es eso lo que yo te pido. Antes bien, te pido humilde y anhelante como el profeta Samuel: «Di, Señor, que tu esclavo te escucha».

No, Señor; que no me hable Moisés, ni ningún otro profeta.

Mejor háblame tú, Señor Dios, inspirador e iluminador de los profetas; porque tú solo, sin ellos, puedes instruirme completamente, mientras que ellos sin ti no pueden nada.

Ellos pueden articular palabras, pero sin darles espíritu. Hablan hermosamente; pero, si tú guardas silencio, no encienden el corazón. Ellos escriben; pero tú descubres lo que quieren decir. Ellos dicen misterios; tú descubres el secreto de su pensamiento. Ellos promulgan preceptos; tú ayudas a cumplirlos. Ellos enseñan el camino; tú das fuerzas para andarlos. Ellos obran sólo por fuera; tú alumbras e instruyes el interior del alma. Ellos riegan por fuera; por dentro, tú das la fecundidad. Ellos claman; tú das la facultad de comprender sus palabras.

2. De manera que no me hable Moisés, sino tú. Señor Dios mío; tú, eterna verdad; no sea que yo

muera, que me quede estéril, si sólo soy aconsejado porque «tú dices palabras de vida eterna».

Que no vaya a ser para mi condenación la palabra oída y no guardada; conocida, pero no amada; creída y no cumplida.

Así que: «habla, señor, que tu esclavo te escucha»; porque «tú dices palabras de vida eterna».

Señor, háblame, para que mi alma sienta algún consuelo; para que haya enmienda de toda mi vida, para alabanza, gloria y honra eterna tuyas.

Capítulo III

ESCUCHEMOS HUMILDEMENTE LAS PALABRAS DE DIOS QUE MUCHOS NO PONDERAN

1. *Cristo*. Oye, hijo, mis palabras; palabras dulcísimas que superan a toda la sabiduría de los filósofos y sabios del mundo.

«Mis palabras son espíritu, son vida», las cuales no deben interpretarse al modo humano.

No debe sacarse de ellas gusto vacío. Deben oírse en silencio, y recibirse con profunda humildad y ardiente amor.

2. *El alma fiel*. Yo dije: «Señor, dichoso el hombre que tú enseñas y educas en tu ley, para

consolarlo en los días tristes», de manera que no se desconsuele aquí en la tierra. '

3. *Cristo*. Al principio enseñé a los profetas, y desde entonces hasta ahora no dejo de hablar a todos; pero muchos se hacen sordos y duros a mi voz.

Muchos oyen al mundo con más gusto que a Dios; con más facilidad siguen sus pasiones carnales que la voluntad de Dios.

El mundo les promete cosas pequeñas y caducas, y de muy buena voluntad le sirven. Yo les prometo cosas grandísimas y eternas, y los corazones de los mortales no se mueven.

¿Quién me sirve y obedece en todo con tanto celo como sirven al mundo y a los señores del mundo? «Avergüénzate, Sidón, le dice el mar». Si preguntas por qué, oye por qué: por una vil renta, largo camino se corre; por la vida eterna, muchos apenas alzan alguna vez el pie de la tierra.

Se va a buscar una miserable ganancia; se disputa vergonzosamente algunas veces por una moneda; no se tiene miedo de trabajar día y noche por una cosa que no vale nada, aun por la mera promesa de una cosa de poca importancia.

4. Pero, ¡qué vergüenza! Por el bien eterno, por el premio interminable, por la honra suprema, por la gloria sin fin, se siente pereza de trabajar siquiera tantito.

Avergüénzate, esclavo perezoso y quejumbroso, de que los mundanos estén más dispuestos a per-

derse, que tú a salvarte. Más gozan ellos con la vanidad, que tú con la verdad.

Ellos ven frustradas algunas veces sus esperanzas; mi promesa nunca le falla a nadie, ni deja irse con las manos vacías al que en mí confía.

Daré lo que prometí; cumpliré mi palabra; pero al que permanezca fiel en el amor hasta el fin. Yo premio a todos los buenos; someto a duras pruebas a todos los piadosos.

5. Graba mis palabras en tu corazón; medítalas con frecuencia; porque tendrás mucha necesidad de ellas en tiempo de prueba. Ese día que te visite comprenderás lo que, al leerlo, no entiendes ahora.

Dos clases de visitas hago a mis elegidos; tentación y consolación. Dos conferencias les doy diariamente: en una, les reprendo sus faltas; en otra, los animo a la perseverancia en la virtud. El que conoce mis palabras, sin hacer caso de ellas, tiene quien lo juzgue en el último día.

6. *El alma fiel*: Señor y Dios mío, en ti se encierran todos mis bienes. ¿Quién soy yo para osar hablarte? Soy el más desgraciado de todos tus esclavos, un gusanillo miserable: más desgraciado y más despreciable de lo que sé, y me animo a confesar. Ten en cuenta, Señor, que no soy nada, que no tengo nada, que nada puedo.

Tú eres el único bueno, el único justo, el único santo. Tú puedes todo, tú das todo, tú llenas todo, menos al pecador: es el único a quien dejas vacío. «Acuérdate de tus misericordias». Llenas de gracia

mi corazón, pues no quieres que tus obras estén vacías.

7. ¿Cómo podré sostenerme en esta vida miserable, sin la fortaleza de tu gracia y misericordia? No apartes tu rostro de mí; no prolongues tus pruebas; no me prives de tus consuelos, «para que mi alma no quede convertida para ti en una tierra reseca».

Señor, enséñame a cumplir tu voluntad; sí, enséñame a vivir en presencia tuya con dignidad y humildad; pues tú eres mi sabiduría; tú, que me conocías muy bien antes que existiera en el mundo, y aún antes de que el mundo mismo existiera.

Capítulo IV

VIVAMOS EN LA PRESENCIA DE DIOS GUIADOS POR LA VERDAD Y POR LA HUMILDAD

1. *Cristo*. Hijo, vive en presencia mía de acuerdo con la verdad; búscame con toda la sinceridad de tu alma.

El que vive en mi presencia ajustado a la verdad, será defendido contra invasiones terribles; la verdad lo librará de caer en trampas de impostores; lo librará también de las calumnias de los impíos.

Si la verdad te libra, serás libre de veras: no te preocuparás de los vacíos discursos de los hombres.

2. *El alma fiel*: Señor, es cierto eso que me dices; te ruego que se cumpla en mí: que tu verdad me enseñe, me ayude, me dirija, hasta que por fin me salve. Que esa verdad me libre de todo afecto malo, de todo amor desarreglado, para poder vivir en tu compañía con mi corazón perfectamente libre.

3. *Cristo*. Yo, la Verdad, te enseñaré lo que es recto y me gusta: recuerda tus pecados, lleno de arrepentimiento y tristeza; nunca, jamás te estimes en nada por tus buenas obras.

En realidad, eres un pecador expuesto al ataque de muchas pasiones, un pecador enredado en ellas. Por tu parte, tú tiendes siempre a la nada: pronto resbalas, pronto eres vencido, pronto te aturdes, pronto pierdes las fuerzas. Nada tienes de qué envanecerse; mucho de qué envilecerte; eres mucho más frágil de lo que tú puedes entender.

En consecuencia, nada de lo que hagas te debe parecer grande. Nada te parezca grande, ni valioso, ni maravilloso, ni justamente famoso, ni sublime, ni de veras laudable y amable, sino puramente lo eterno.

Lo que más te guste siempre sea la eterna verdad: lo que más te disguste, tu enorme maldad.

Lo que más debes temer, detestar, huir, son tus vicios, tus pecados; los cuales deben entristecerte más que toda pérdida de bienes terrenales.

Hay algunos que no viven sinceramente en mi presencia. Llevados de cierta curiosidad y presunción, quieren investigar los secretos abismales de Dios, descuidándose, desatendiendo su salvación. Esos son a menudo terriblemente tentados, caen en grandes pecados, por su curiosidad y soberbia; pues yo estoy contra ellos.

4. Teme los juicios de Dios; ten pavor de la cólera del Omnipotente. No discutas los actos del Altísimo; más bien examina tus iniquidades, para sacar en claro cuán grandes pecados cometiste, cuántas obras buenas omitiste.

Algunos sólo tienen la piedad en libros, otros en imágenes otros en señales y figuras exteriores. Algunos me traen en la boca, pocos en el corazón.

Pero hay otros de inteligencia iluminada, de limpio corazón, que viven continuamente suspirando por lo eterno. Son hombres a quienes molesta oír hablar de cosas de la tierra, a quienes duele tener que someterse a las necesidades naturales; éstos son los que oyen las palabras que el Espíritu de verdad les dice dentro del alma. Ese Espíritu los enseña a despreciar lo terreno, a amar lo celeste, a no hacer ningún caso del mundo, a suspirar continuamente por el cielo.

Capítulo V

EFECTOS MARAVILLOSOS DEL AMOR DIVINO

1. *El alma fiel.* Te bendigo, Padre Celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, porque has tenido la bondad de acordarte del pobre de mí. ¡Oh, Padre Celestial, Dios de todo consuelo! Te doy gracias de que a mí, indigno de consuelos, me endulces a veces con los tuyos. Te glorifico siempre, y te bendigo, a ti, con el Hijo Unigénito y el Espíritu Santo Paráclito, por los siglos de los siglos.

Señor Dios mío, santo amigo mío: ¡cómo se estremecerán de alegría todas mis entrañas cuando entres en mi corazón!

Tú eres mi gloria, el júbilo de mi corazón; tú eres mi esperanza, «mi refugio el día de la tribulación».

2. Como todavía soy débil en el amor, imperfecto en virtud, necesito tu fuerza y tus consuelos. Por eso visítame con más frecuencia, instrúyeme en tu santa doctrina. Líbrame de mis malas pasiones cura mi corazón de toda inclinación desarreglada; para que una vez sano y perfectamente puro en el alma, llegue a ser capaz de amar, valiente para sufrir, constante para perseverar.

3. *Cristo.* El amor es una gran cosa, un bien grande desde todos aspectos, que hace ligero por sí

todo lo pesado, y soporta igualmente todo lo desigual. Lleva las cargas sin sentir las; el amor hace que lo amargo se le haga a uno dulce y sabroso.

El amor de Jesús es noble, lo empuja a uno a hacer grandes cosas, infunde el deseo de alcanzar cada vez mayor perfección.

El amor tiende a subir, a no dejarse detener por ninguna de estas cosas bajísimas.

El amor exige libertad, exige despegue de todo afecto mundano, a fin de que sus íntimos afectos no tengan trabas ningunas, para que no se enrede en intereses mundanos, ni sucumba tampoco a la penuria.

Nada hay más dulce que el amor; nada hay más fuerte, más sublime, más vasto, más suave, más perfecto; no hay nada mejor que el amor, ni en el cielo ni en la tierra; porque el amor viene de Dios, y por eso no puede hallar su reposo sino en Dios, elevándose por encima de todo lo creado.

4. El que ama, corre y vuela alegremente, porque anda libre y desembarazado. Da todo por el Todo, teniendo todas las cosas en el Todo, pues halla su reposo en el único bien, en el Bien Supremo, por encima de todos los bienes; en ese bien de donde salen y corren todos los bienes, como de una fuente.

El amor no hace caso de dádivas: atiende al que las da mucho más que a todas sus dádivas.

A veces no guarda medida el amor: se inflama sobre toda medida.

El amor no siente la carga, ni advierte la fatiga. Quiere hacer más de lo que puede. No dice que nada sea imposible, pues juzga que para él todo es lícito y posible. Por eso lo puede hacer todo, haciendo y logrando tantas cosas donde el que no ama desmaya y sucumbe. Sí, el amor está continuamente en vela, y ni durmiendo se duerme.

El amor se fatiga pero no se rinde; se le estrecha, pero no revienta; se le atemoriza, pero no se intranquiliza: como vigorosa llama, como ardiente chispa, escapa hacia arriba, pasando seguro.

El que ama entiende bien lo que dice esta voz. Fuerte clamor que llega hasta los oídos de Dios es el ardiente deseo del alma que dice: Dios mío, amor mío: tú eres todo mío; yo soy tuya toda.

5. *El alma fiel.* Enciéndeme en amor, para que pueda probar con la boca íntima de mi alma su gran dulzura, derretirme y flotar en el amor. Que me cautive el amor, que sobre mí mismo me eleve y me arrebate, por el gran ardor y ensimismamiento.

Cantaré himnos de amor, seguiré a mi Amado a las alturas: que mi alma se estremezca de júbilo de amor, y desfallezca en alabarte.

Que te ame más que a mí mismo; que sólo me ame por ti; que como lo prescribe la ley que desde tu venida nos ilumina, ame yo en ti a todos aquellos que de veras te aman.

6. *Cristo.* El amor es rápido, sincero, piadoso, agradable, alegre, valiente, paciente, fiel, prudente, magnánimo, varonil y desinteresado.

Cuando se busca uno a sí mismo, deja en el acto de amar.

El que ama es circunspecto, humilde, recto; no es muelle, ni ligero, ni dedicado a vanidades; es sobrio, casto, constante, quieto y guarda todos sus sentidos.

El que ama es sumiso y obediente a los superiores, se estima en poco, hasta se desprecia, se entrega a Dios con plena gratitud, confiando siempre y esperando en él, aunque no sienta el gusto de Dios; pues en el amor no se vive sin dolor.

7. El que no esté dispuesto a sufrir todo, y a estar a la voluntad del Amado no merece el nombre de amante. Es fuerza que el amante sufra gustoso toda clase de penas y amarguras por su Amado, sin separarse de él por contratiempo ninguno que sobrevenga.

Capítulo VI

PRUEBA DEL AMANTE LEGITIMO

1. *Cristo*. Hijo, todavía no eres amante valiente y prudente.

2. *El alma fiel*. ¿Por qué, Señor?

3. *Cristo*. Porque fallas en lo que emprendes, a causa de alguna pequeña contrariedad; y porque

buscas consolaciones con avidez excesiva. El amante valiente no sucumbe a las tentaciones, ni hace ningún caso de las hipócritas sugerencias del enemigo. Le agrado en la prosperidad; en la adversidad no le desagrado.

4. El amante prudente no considera tanto las dádivas del amado como su amor. Más atiende al amor que a la riqueza. A su amante lo pone encima de todas sus dádivas.

No está todo perdido cuando sientas menos afectos a Mí, o a mis santos de lo que tú quisieras. Ese íntimo afecto, tan suave y tan dulce, que sientes algunas veces es efecto de la gracia actual; es apenas una probadita de la patria celestial; sobre esa probadita no debe el hombre apoyarse mucho, porque va y viene.

Pero el combate contra los ataques de las malas pasiones, y el desprecio de las sugerencias diabólicas, es característico de virtud y gran mérito.

5. Por tanto, que no te inquieten imaginaciones extrañas que se te sugieran, sean de lo que fueren. No vaciles de ningún modo en tu propósito; ten la intención enderezada hacia Dios.

No es ilusión ninguna el que a veces seas arrebatado repentinamente en éxtasis, para volver luego a las vaciedades ordinarias de tu alma. Esas vaciedades más bien las padeces sin querer, que las causas. Mientras no te gusten, y las rechaces, ganas méritos; no pierdes nada.

6. Recuerda que tu antiguo enemigo pone todo

su empeño en impedir la realización de tus buenos deseos, en quitarte todos los ejercicios piadosos, a saber: la veneración a los santos, la meditación piadosa en mi pasión, la útil consideración de tus pecados, la guarda del corazón, el propósito firme de adelantar en la virtud.

Te pondrá muchos malos pensamientos para acobardarte y atemorizarte, a fin de que abandones la oración y la lectura espiritual.

Le disgusta la humilde confesión. Si pudiera, te haría dejar la Comunión. Pero no le creas, ni le hagas caso, por más a menudo que te ponga sus mañosas trampas. Cuando te ponga en la mente tantos pensamientos malos y obscenos, achácaselos a él, diciéndole: fuera, espíritu impuro; ten vergüenza, miserable; eres muy puerco, pues metes cosas tan feas en mis orejas. Apártate de mí, seductor infame; no podrás nada contra mí, porque Jesús estará en mi compañía, defendiéndome cual valiente soldado, y tú quedarás confundido. Prefiero morir, y cualquier pena sufrir, que contigo consentir. Calla, enmudece, no te haré ningún caso, por más molestias que me des. «El Señor es mi luz, mi salvación: ¿a quién podré temer?» Aunque haya ejércitos acampados contra mí, no tendré ningún miedo, porque “el Señor es mi auxiliador y libertador”».

7. Combate como buen soldado. Si a veces caes por fragilidad, cobra fuerzas mayores que antes, en la confianza de que te infundiré más gracia; pero cuídate mucho de la soberbia y de la vanidad.

Por la soberbia y vanidad se han extraviado muchos, llegando a veces a padecer ceguera casi incurable.

La perdición de esos orgullosos que tanta confianza en sí mismos tenían sírvate de escarmiento para guardar constantemente la humildad.

Capítulo VII

ESCONDASE LA GRACIA BAJO LA GUARDA DE LA HUMILDAD

1. *Cristo.* Hijo, tendrás mayor seguridad, si ocultas la gracia de la piedad, si no te subes, si no hablas mucho de ella; si no la ponderas mucho; si más bien te estimas en poco y temes, como concedida a uno que no la merece.

Nadie debe apegarse fuertemente a tal sentimiento que puede cambiarse pronto en sentido contrario.

Cuando goces de la gracia, recuerda qué miserable y débil sueles sentirte sin ella.

El progreso de la vida espiritual no consiste tanto en tener la gracia de los consuelos espirituales; sino más bien en sufrir su retirada con abnegación y humildad, y con paciencia; de manera que el ardor de la oración no se te enfríe entonces, ni dejes

absolutamente ninguna de las obras que por costumbre deben hacerse. Al contrario, de buena gana se hacen, de la mejor manera que uno sepa y entienda, poniendo de su parte lo que pueda. Nadie se debe abatir entonces o descuidar en nada por aridez o espiritual angustia. En todo esto está el verdadero progreso.

2. Hay muchos que luego se impacientan o se hacen dejados cuando no tienen buen éxito. En realidad el camino del hombre no siempre depende de él. A Dios le toca dar y consolar; pero eso cuando El quiere, en la medida que quiere, a quien El quiere, como quiere, y nada más. Algunos imprudentes se han perdido a causa del don del fervor. Por querer hacer más de lo que podían, sin tener en cuenta la medida de su pequeñez, siguieron más bien el anhelo del corazón, que el juicio de la razón. Por haber presumido hacer cosas más grandes de lo que Dios quería, pronto perdieron la gracia. Aquellos que en el cielo hacían sus nidos perdieron las fuerzas y los bríos, para que humillados y miserables aprendan a no volar con sus alas, sino confiar en las mías.

Los novatos, los inexpertos en el camino del Señor, fácilmente yerran el camino y se despeñan, si no se guían por la dirección de personas discretas.

3. Si quieren seguir su parecer más bien que confiarse a personas entendidas, habrá peligro de que salgan mal, si se obstinan en no abandonar su modo de pensar.

Los que se tienen por sabios rara vez se dejan dirigir humildemente por otros.

Es mejor saber poco y entender poco, pero con humildad, que saber muchísimo, pero con soberbia.

No tiene suficiente prudencia el que se abandona enteramente a la alegría, olvidado de su anterior miseria y del santo temor del Señor, quien inspira temor de perder la gracia otorgada.

Tampoco procede con suficiente fortaleza el que se desespera excesivamente al llegarle alguna adversidad o pena, por no recordarme, o pensar en mí con menos confianza de la que debe.

4. El que en tiempo de paz pretende estar demasiado seguro, con frecuencia se encontrará demasiado abatido y acobardado en tiempo de guerra.

Si supieras perseverar continuamente en la humildad y la pequeñez para ti mismo, y controlar y gobernar bien tu espíritu, no te expondrías fácilmente al peligro y al pecado.

Es buena práctica considerar cuando se siente uno lleno de fervor, qué sucederá cuando se retire la gracia. Y considerar, cuando eso haya sucedido, que esa luz puede nuevamente volver; esa luz que por algún tiempo te quité para que fueras tú precavido, y fuera yo glorificado.

5. Muchas veces servirá más esa prueba, que si se tuvieran siempre cosas prósperas al gusto de uno.

Los méritos no deben medirse por las muchas visiones o revelaciones que uno tenga, ni por su co-

nocimiento de la Biblia, ni por el alto lugar en que se le ponga. No: deben medirse por el sólido fundamento de la humildad, por la plenitud de la caridad, por el empeño en buscar pura y totalmente la gloria de Dios, por la opinión de que nada vale uno, despreciándose, y dándole más gusto cuando otros lo desprecian y humillan que cuando lo honran.

Capítulo VIII

BAJA ESTIMA DE UNO MISMO ANTE DIOS

1. *El alma fiel*: «Aunque soy polvo y ceniza, voy a hablarle a mi Señor» si pienso que soy más, tú estás contra mí: mis iniquidades atestiguan la verdad, sin que pueda yo contradecirles.

Si me rebajo y me reduzco a la nada, sin tenerme en nada, volviéndome al polvo que en realidad soy, me favorecerá tu gracia, y tu luz alumbrará mi corazón. Entonces, toda estima de mí mismo, por muy pequeña que sea, quedará sumergida en lo profundo de mi nada, donde desaparecerá eternamente.

En ese abismo me haces ver lo que fui, lo que soy, hasta dónde llegué; pues soy nada, y no lo sabía.

Abandonado a mí mismo, soy nada y pura debilidad. Pero tan pronto como me miras, cobro fuerzas llenándome otra vez de alegría.

¿No es cosa admirable en extremo que me levantes tan pronto, que me abrases con tanto cariño, a mí que por mi propio peso tiendo siempre a bajar hasta las íntimas cosas?

2. Esto es lo que hace tu amor, anticipándose tu gracia, ayudándome en tantas necesidades, guardándome de peligros terribles, librándome de males verdaderamente sin número.

Amándome desordenadamente me perdí. Amándote a ti solo, buscándote, te encontré y me encontré. Después, por amor me sumergí todavía más hondamente en la nada.

Porque tú, amabilísimo Señor, me concedes cosas sobre todo mérito, y hasta sobre todo lo que me animo a esperar y a pedir.

3. Bendito seas, Dios mío; porque, a pesar de ser yo indigno no dejan de hacer el bien aun a los ingratos y a los que viven tan lejos de ti.

Conviértenos a ti, para que seamos agradecidos, humildes, piadosos; porque tú eres nuestra salvación, nuestra virtud, nuestra fortaleza.

Capítulo IX

TODO DEBE ENDEREZARSE A DIOS FIN ULTIMO

1. *Cristo.* Hijo, yo debo ser tu fin último, y supremo si quieres ser verdaderamente dichoso. Con esta intención se purifica tu deseo que tantas veces se desliza hacia ti, y también hacia las criaturas.

Cuando te buscas en alguna cosa, inmediatamente desfalleces y te paralizas.

Reduce todas las cosas a mí, como a su principio; pues yo soy quien da todas las cosas.

Considera todas las cosas como procedentes del sumo bien. Por esa razón todas deben referirse a mí, como a su origen.

2. El chico y el grande, el rico y el pobre sacan agua viva de mí, como si fuera una fuente; y los que me sirven espontánea y libremente recibirán una gracia tras otra.

Pero el que quiera poner su gloria en alguna cosa que no sea yo, deleitándose en algún bien egoísta, no será confirmado en la alegría verdadera, no se le henchirá el corazón: tendrá múltiples embarazos y angustias.

Por esa razón no debes atribuirte a ti ninguna cosa buena, ni atribuir la virtud a ningún hombre; sino referirlo todo a Dios, sin el cual el hombre no tiene nada.

Yo he dado todo, yo quiero volver a tener todo, yo exijo acción de gracias con todo rigor.

3. Esta es la verdad que hace correr a la vana-gloria.

Cuando entra la gracia celeste y la caridad verdadera, no queda campo para la envidia, ni para el egoísmo, ni para el amor propio.

El amor de Dios triunfa de todo, agrandando todas las fuerzas del alma.

Si juzgas rectamente, en mí solo gozarás, en mí sólo esperarás; porque «sólo Dios es bueno». A él se le debe la bendición en todas las cosas, y la alabanza sobre todas las cosas.

Capítulo X

DICHA DE SERVIR A DIOS DESDEÑANDO AL MUNDO

1. *El alma fiel.* Señor te voy a hablar otra vez; no puedo callar. Hablaré al oído de mi Dios, de mi Señor y rey que mora en las alturas.

«¡Ah, qué intensa, qué grande es la dicha que tienes reservada a los que te temen!» Y ¿qué será para los que te aman? ¿Qué será para los que te sirven con toda su alma? La dulzura de la contemplación, de esa contemplación que concedes a los que te aman, es verdaderamente inefable.

Me has demostrado con toda claridad la dulzura de tu amor sacándome de la nada, trayéndome a ti para que te sirviera cuando andaba perdido por allá lejos de ti y mandándome que te amara.

2. ¡Oh, manantial de amor eterno! ¿Qué diré de ti? ¿Cómo podré olvidarte, cuando tú te acordaste de mí todavía después de que me enfermé y me morí?

Tuviste compasión de tu siervo más allá de toda esperanza; y allende todo mérito le manifestaste buena voluntad y cariño.

¿Cómo te pagaré favor tan grande? En efecto, no a todos se concede que después de abandonar todas las cosas, abandonen el mundo también, para abrazar la vida religiosa.

¿Qué gracia hago con servirte, si todas las criaturas tienen obligación de servirte?

No debe parecerme mucho el servirte. Lo que sí me parece grande y admirable es que a un hombre tan indigno y miserable te dignes de admitirlo de criado, y aun de incorporarlo en el grupo de tus criados favoritos.

3. En realidad, todo aquello que tengo, todo aquello con que te sirvo, es tuyo.

Sin embargo, es al revés; tú me sirves más a mí, que yo a ti. El cielo y la tierra que creaste para servir al hombre, listos están para hacer cada día lo que tú les mandaste. Y es poco aún: a los ángeles mismos destinaste a que sirvieran al hombre. Sin embargo, a todo eso supera el que tú mismo te

hayas dignado de servir al hombre, y de prometer dártele.

4. ¿Con qué pagaré todos estos bienes innumerales? ¡Ojalá que pudiera servirte todos los días de mi vida! ¡Ojalá que siquiera un solo día pudiera servirte como debo! Porque eres verdaderamente digno de ser servido en todo, honrado en todo, alabado para siempre.

Tú eres mi verdadero Señor; yo, un pobrecito criado tuyo, obligado a servirte con todas mis fuerzas sin hastiarme, sin cansarme jamás de alabarte. Así lo quiero, así lo deseo; dignate tú de suplir lo que me falte.

5. Gran honra, grande gloria, servirte, desdénando todo por ti. Grande gracia recibirán aquellos que voluntariamente se sometan a tu santísima esclavitud. Hallarán los consuelos dulcísimos del Espíritu Santo aquellos que renuncien por tu amor a todos los deleites carnales. Gran libertad de espíritu adquirirán los que sigan el camino angosto, despojándose de todos los cuidados del mundo.

6. ¡Oh, agradable y alegre esclavitud divina con que uno se hace libre y santo de veras! ¡Oh, santo estado de la esclavitud religiosa que a los hombres iguala con los ángeles, que los hace capaces de apaciguar la cólera de Dios, que los hace temibles al demonio, respetables a todos los fieles! ¡Oh, esclavitud apetecible siempre, siempre digna de abrazarse, con la cual se alcanza el bien supremo, y se obtienen aquellos goces que eternamente duran!

Capítulo XI

EXAMEN Y GOBIERNO DE NUESTROS DESEOS

1. *Cristo*: Hijo, todavía tienes que aprender muchas cosas que no sabes bien.

2. *El alma fiel*: ¿Cuáles son, Señor?

3. *Cristo*: Que arregles todos tus deseos según mi voluntad; que no te ames, sino que tengas verdadero celo por hacer mi voluntad.

A menudo sientes deseos ardientes que te empujan con fuerza; pero, detente a ver si te mueves más por mi amor, o más por tu propio interés.

Si yo soy el fin de tus actos, quedarás muy contento como yo lo disponga. Si te buscas secretamente en alguna cosa, allí está precisamente lo que te embaraza y te apena.

4. Por tanto, cuídate de empeñarte excesivamente en cumplir algún deseo que antes haya nacido en tu corazón, sin que primero me consultes; no sea que después te vaya a pesar, o a disgustar, lo que antes te gustaba y tenías celo de hacer, como si fuera algo de más perfección.

No hay que dejarse llevar luego por cualquiera inclinación que parezca buena; ni tampoco desecharla desde luego cualquier cosa que nos repugne.

Algunas veces conviene refrenarse, aun tratándose de inclinaciones buenas, de deseos buenos; ya

para no distraer el espíritu con la importunidad del deseo, ya para no dar escándalo a otros por indisciplinado; ya también para que no vayas a perturbar-te de repente, y hasta sucumbir, por la contradicción de otros.

5. Algunas veces se necesita hacerse violencia y resistir virilmente al apetito sensitivo, sin hacer ningún caso de lo que quiera la carne o no quiera; antes bien empeñarse en que se someta al espíritu aunque no quiera.

Habrà que mortificar la carne y obligarla a obedecer al espíritu, hasta que esté dispuesta a todo, hasta que aprenda a contentarse con poco, a que le gusten las cosas sencillas, a no murmurar de ninguna molestia.

Capítulo XII

ADQUIRIR LA PACIENCIA Y LUCCHAR CONTRA LAS PASIONES

1. *El alma fiel:* Según veo, Señor, Dios mío, necesito mucha paciencia, porque en esta vida hay muchas contrariedades. En efecto, de cualquier modo que arregle mis cosas para durar en paz, no puede mi vida librarse de guerra y dolor.

2. *Cristo:* Así es, efectivamente, hijo. Pero no

quiero que busques paz sin tentaciones o pena de adversidades. Yo quiero que consideres haber hallado la paz aun en el caso de sufrir muchas tribulaciones, y de verte sometido a la prueba de muchas contrariedades.

3. Si acaso dices que no puedes sufrir tamañas cosas, entonces, ¿cómo aguantarás el fuego del purgatorio? De dos males, siempre debe escogerse el menor. Para poder escapar de las penas eternas de la otra vida, procura sufrir tranquilamente por Dios los males de ésta.

¿Pues qué crees tú que las gentes del mundo no sufren nada o casi nada? No hallarás eso ni aun en los más voluptuosos.

4. *El alma fiel*: Sí, Señor; pero tienen muchas delectaciones, dando gusto a sus inclinaciones; por eso no dan mucha importancia a sus aflicciones.

5. *Cristo*: Supongamos que fuera así; que tuvieran todos los placeres que quisieran; ¿cuánto crees que les durarían? Mira que «como el humo se desvanecerán los millonarios de este mundo», sin recuerdo ninguno de aquellos goces pasados.

Pero ni siquiera los gozan sin amargura, hastío y temor. Pues de aquello mismo de donde sacan placer les viene con frecuencia el castigo del dolor. Eso justamente les sucede; para que no gocen sin vergüenza y amargura esos placeres que desordenadamente buscan y persiguen.

¡Oh, qué breves, engañosos, desordenados y vergonzosos son todos! Ellos no lo comprenden, por-

que los emborrachan y los ciegan: como brutos animales corren a la muerte del alma, por los viles placeres de esta vida mortal.

Pero tú, hijo, «no sigas tus pasiones, resiste a tus inclinaciones». Al contrario, pon tu deleite en el Señor, y te concederá lo que anhela tu corazón.

Si quieres los placeres verdaderos, si quieres que te de más consuelo, tu herencia consistirá en el desprecio de todas las cosas del mundo, en la abstención total de bajísimos placeres; en pago de esto gozarás de abundantes consuelos.

Cuanto más te apartes de todo consuelo humano, tanto más intensos y dulces consuelos hallarás en mí.

Al principio no lo alcanzarás sin cierta tristeza, sin trabajos y sin luchas. Porque inveteradas costumbres resistirán; pero con otras costumbres buenas te las quitarás. La carne se te rebelará; pero con el fervor del espíritu la domarás. Aquella serpiente antigua te instigará al mal, te molestará; pero con la oración la ahuyentarás. Además, dedicándote a útil trabajo, ancho boquete le taparás.

Capítulo XIII

EL HUMILDE SUBDITO DEBE OBEDECER COMO CRISTO

1. *Cristo*: Hijo, el que trata de sustraerse a la

obediencia se priva de la gracia; y el que busca singularidades pierde los bienes comunes.

Cuando alguno rehúsa obedecer al superior espontáneamente y de buena gana, da a sospechar que su carne no le obedece bien todavía, que a menudo tira patadas y se le rebela. Si quieres sujetar tu carne, aprende a obedecer pronto a tu superior.

Más fácilmente se vence al enemigo exterior cuando no está dividido el hombre interior. Tu alma no tiene peor ni más encarnizado enemigo que tú mismo cuando no estás perfectamente acorde con el espíritu. Si quieres triunfar de la carne y de la sangre, necesitas absolutamente concebir desprecio sincero de ti mismo. Tienes miedo de abandonarte por completo a la voluntad ajena porque todavía te amas demasiado desordenadamente.

2. Pero, ¿qué tiene de raro que tú, polvo, nada, te sujetes por amor de Dios a un hombre, cuando yo, Omnipotente y Altísimo, que crié todo de la nada, obedecí a un hombre por ti? Yo, me bajé y me humillé más que todos, para que vencieras con mi humildad tu soberbia.

Polvo, aprende a obedecer. Lodo, tierra, aprende a humillarte, a ponerte bajo los pies de todos. Aprende a quebrantar tus gustos, a sujetarte en todo absolutamente.

3. Enójate contra ti; no dejes que en ti viva ninguna hinchazón de soberbia. Por el contrario, muéstrate tan humilde y sumiso que todos pudieran pasar por encima de ti, pisándote como al lodo

de la calle. ¿De qué podrías quejarte, hombre vacío? Pecador inmundo, ¿cómo puedes contradecir a los que te echan en cara alguna cosa, habiendo ofendido a Dios muchas veces, y tantas veces merecido el infierno?

Sin embargo, mi buen corazón te perdonó, porque tu alma era preciosa para mí; para que conocieras mi amor, y de mis beneficios tuvieras eterna gratitud; para que te entregaras constantemente a la verdadera obediencia y humildad, y sufrieras con paciencia el desprecio de tu persona.

Capítulo XIV

CONSIDEREMOS LOS OCULTOS JUICIOS DE DIOS PARA NO ENVANECERNOS DE NUESTRAS VIRTUDES

1. *El alma fiel*: Señor, como si fueran truenos haces retumbar tus juicios sobre mi cabeza, haces sonar todos mis huesos de temor y temblor, y mi alma se llena de pavor.

Todo espantado me paro a considerar cómo los cielos mismos no están puros en tu presencia.

Si hallaste maldad en los ángeles, y no les perdonaste, ¿qué será de mí? Si cayeron del cielo las estrellas, yo, polvo, ¿en qué confío? Hombres cuya

vida parecía laudable en bajísimas cosas han caído: a quienes antes comían el pan de los ángeles, después los he visto tragar ávidamente las bellotas de los puercos.

De modo que no hay santidad ninguna, si tú retiras tu mano. La sabiduría no sirve de nada, si tú no la diriges. No hay fortaleza que baste, si tú no la sostienes. No hay castidad segura, si tú no la proteges. No basta guardarse a sí mismo, si tú no ayudas con tu santa vigilancia.

Efectivamente, si nos abandonas, nos sumergimos y perecemos; si nos ayudas, nos levantamos y cobramos vida. Somos por naturaleza vacilantes; pero tú nos mantienes firmes; nos entibiamos, pero tú nos inflamas.

2. ¡Oh, qué humilde y baja opinión debo concebir de mí mismo! ¡Oh, en qué poco debo tener lo poquito bueno que parece que tengo! ¡Oh, qué profundamente debo humillarme ante tus abismales juicios, donde hallo que no soy otra cosa sino nada y más nada! ¡Oh, inmensidad! ¡Océano sin riberas donde encuentro que no soy otra cosa que la nada perdida en el Todo!

Luego, ¿dónde está el escondrijo del orgullo? ¿Qué pasó con aquella presunción basada sobre la virtud? Toda mi vanagloria ha quedado ahogada en las profundas aguas de tus juicios acerca de mí.

3. En tu presencia, ¿qué vale toda carne? ¿Podrá el barro tener orgullo contra el que lo plasmó? ¿Podrá la adulación hacer que se hinche el corazón?

de un hombre sinceramente sujeto a Dios? Ni el Universo entero hará levantarse con orgullo al hombre que a Dios se ha sometido; ni las bocas de todos aquellos que lo alaben harán menearse al que en Dios ha puesto firmemente toda su esperanza.

En efecto, los mismos aduladores son pura nada. Desaparecerán como desaparecen sus palabras; pero «la verdad de Dios dura eternamente».

Capítulo XV

COMO DEBEMOS PORTARNOS Y DECIR CUANDO DESEAMOS ALGUNA COSA

1. *Cristo*: Hijo, di así para todo: Señor, si es tu voluntad, hágase eso; Señor, si esto ha de ser para honra tuya, hágase en nombre tuyo; Señor, si ves que eso me conviene y me sirve, concédeme usarlo para darte honra. Pero si ves que me hará daño, y no me ayudará a la salvación de mi alma, quítame del corazón este deseo.

Porque no todo deseo es infundido por el Espíritu Santo, aunque al hombre le parezca recto y bueno. Pues es difícil decidir con certeza si es un espíritu bueno, un espíritu extraño, o tu propio espíritu el que te empuja y te mueve a desear tal o cual cosa. En efecto, ha resultado que muchos se

han extraviado, pareciendo al principio que los movía un espíritu bueno.

2. Por esa razón, debes siempre desear y pedirme con temor de Dios y humildad de corazón lo que a tu mente aparece como cosa deseable; y particularmente dejármelo todo a mí con un abandono absoluto, diciéndome: Señor, tú sabes qué cosa es la mejor; que se haga esta cosa o la otra como tú quieras; Señor, dame lo que quieras, dame cuanto quieras, y dámelo cuando quieras. Hazme lo que te parezca bien, lo que te guste, y sea para mayor honra tuya. Ponme donde quieras; con toda libertad haz conmigo lo que quieras; con toda libertad haz conmigo lo que quisieras. Estoy en tu mano; dame vueltas y más vueltas, como quieras. Aquí tienes a tu esclavo, listo para todo. No deseo vivir para mí sino para ti. ¡Ojalá que lo haga de modo digno y perfecto!

3. *El alma fiel*: Concédeme, amabilísimo Jesús, que tu gracia viva conmigo, coopere conmigo, dure conmigo hasta el fin. Concédeme desear y querer lo que te agrade más y aceptes mejor. Que tu voluntad sea la mía; que mi voluntad siga siempre la tuya; que esté perfectamente de acuerdo con ella; que mi querer y no querer sea idéntico al tuyo; que no pueda querer o no querer sino lo que tú quieras o no quieras.

4. Concédeme morir a todo lo del mundo; amar por ti los desprecios y la obscuridad en esta vida. Concédeme reposar en ti más que en todas las cosas

que se puedan desear; darle en ti paz a mi corazón.

Tú eres la paz verdadera del corazón; Tú eres el único descanso. Fuera de ti, todas las cosas son duras y trabajosas.

En esta paz dormiré; dormiré en ti, Bien Supremo y Eterno. Amén.

Capítulo XVI

SOLO EN DIOS DEBE BUSCARSE EL VERDADERO CONSUELO

1. *El alma fiel*: No espero en esta vida, sino en la futura, lo que puedo desear o pensar que es para consuelo mío. Es un hecho que no me durarían mucho todos los consuelos y placeres del mundo, todavía que pudiera yo solo gozarlos todos.

Por esa razón, alma mía, no podrás tener pleno consuelo, ni descanso completo, sino en Dios que consuela a los pobres, y acoge a los humildes.

Espera todavía un poquito, alma mía; espera que se cumpla la promesa de Dios, y allá en el cielo tendrás abundancia de bienes. Si tienes afecto desordenado a los bienes presentes, perderás los eternos del cielo.

Haz uso de los bienes temporales; aspira a poseer los eternos. No puedes llenarte con ningún

bien temporal, porque no fuiste creada para gozarlos.

2. No podrás ser plenamente feliz, aunque tuvieras la posesión de todos los bienes creados: tu perfecta felicidad está en Dios, creador de todos los bienes.

Esa felicidad no es como la miran y desean los estúpidos amigos del mundo; es la que esperan los buenos cristianos; es la que a veces prueban anticipadamente los espirituales, los de corazón puro; esos que llevan vida del cielo aquí en la tierra.

Breve y vano es todo consuelo humano. Consuelo que hace de veras feliz es aquel que la Verdad le infunde al alma.

El hombre piadoso lleva por todas partes a Jesús, su paño de lágrimas, y le dice; no te apartes de mí, Señor Jesús. Jamás, en ninguna parte.

Que mi consuelo sea el aceptar gustoso la privación de todo consuelo humano. Y si también tus consuelos me faltan, que tu voluntad y tus justas pruebas, sean para mí suavísimo consuelo. Porque «ni estarás siempre indignado, ni serán eternas tus amenazas».

Capítulo XVII

ENCOMENDEMOS TODOS NUESTROS CUIDADOS A DIOS

1. *Cristo*: Hijo, déjame hacer de ti lo que yo quiera: yo sé qué es lo que te conviene. Tú piensas como hombre, y sientes en muchas ocasiones como la inclinación humana te mueve.

El alma fiel: Señor, es verdad lo que me dices. Más cuidado tienes tú de mí que todo el que yo pudiera tener. En realidad, está demasiado expuesto a la casualidad el que no se descarga en ti de todos sus cuidados.

Señor, haz de mí lo que quieras, con tal que mi voluntad permanezca firmemente enderezada hacia ti; lo que hagas de mí, sólo bueno puede ser.

Si me quieres ver sumido en tinieblas, bendito seas; si me quieres ver bañado de luz, bendito seas. Si te dignas consolarme, bendito seas; si me quieres ver afligido, seas igualmente bendito sin cesar.

2. *Cristo*: Hijo, si quieres acompañarme, a esto debes acomodarte: tan pronto debes estar para sufrir, como para gozar; de tan buena gana debes aceptar escasez y pobreza, como abundancia y riqueza.

3. *El alma fiel*: Señor, de buena gana quiero sufrir por ti todo lo que quieras que me suceda. Igualmente quiero recibir de tu mano lo bueno y lo

malo, lo dulce y lo amargo, lo alegre y lo triste, dándote gracias de todo lo que me sobrevenga.

Guárdame del pecado; así no le tendré miedo ni a la muerte, ni al infierno. Con tal que no me reprobés para siempre, ni me borres del libro de la vida, ningún daño me harán todas las tribulaciones que me sobrevengan.

Capítulo XVIII

SIGUIENDO A CRISTO, DEBEMOS SUFRIR CON PACIENCIA LOS MALES DE ESTA VIDA

1. *Cristo*: Hijo, yo bajé del cielo para salvarte, me revestí de tus miserias, no forzado por necesidad, sino atraído por el amor, para que aprendieras la paciencia, y no llevaras con irritación las miserias de la vida.

En efecto, desde el punto que nací hasta que expiré en la cruz jamás me faltaron dolores.

Estuve muy escaso de recursos temporales; a menudo oía muchas murmuraciones de mí; aguanté con paciencia confusiones y oprobios; en pago de mis beneficios recibía ingratitud; a los milagros se respondía con insultos; a mi doctrina, con críticas.

2. *El alma fiel*: Señor, por haber sido tú resigna-

do en la vida, cumpliendo principalmente en este punto la voluntad del Padre, justo es que yo, pobrecillo pecador, haciendo tu voluntad aguante con paciencia, llevando por mi salvación el peso de esta vida mortal todo el tiempo que tú quieras.

Aunque es verdad que se siente pesada la vida presente, en ella se pueden ganar muchos méritos por medio de tu gracia. Además, tu ejemplo y las huellas de los santos la han hecho menos pesada y oscura. No sólo, sino que ahora es mucho más consoladora que en la Antigua Ley, cuando la puerta del cielo seguía cerrada, cuando el camino allá se veía algo obscuro, y tan pocos se preocupaban por llegar al reino de los cielos.

Pero ni siquiera los justos que se habían de salvar podían penetrar al reino de los cielos antes de tu Pasión, antes de que pagaras con tu sagrada vida.

3. ¡Oh, cuánto debo agradecerte que a mí y a todos los fieles nos hayas querido mostrar el camino y parejo que a tu reino eterno conduce!

Tu vida es nuestro camino; por tu santa paciencia nos encaminamos a ti, nuestra recompensa. Si tú no nos hubieras adelantado a enseñarnos este camino, ¿quién trataría de emprenderlo? ¡Ah! ¡Cuántos se quedarán muy atrás, si tan admirables ejemplos no vieran! Después de saber tan grandes milagros, de conocer tu doctrina, estamos todavía tibios, ¿qué sería si tan brillante luz nos faltara?

Capítulo XIX

SUFRIMIENTO DE MISERIAS; PRUEBA DE VERDADERA PACIENCIA

1. *Cristo*: ¿Qué es lo que dices, hijo? Considera mi Pasión y las penas de los santos, y deja de quejarte. Todavía no has luchado hasta que te salga sangre.

Poco es lo que sufres, comparado con lo que otros han sufrido, con las tentaciones tan fuertes que han aguantado, con las graves aflicciones que han padecido, con las múltiples pruebas y luchas que han tenido.

Como quiera que sea, recuerda los padecimientos graves de otros, para que sufras con más facilidad los pequeñísimos tuyos. Si a ti no te parecen tan chicos, mira que no te lo haga ver así tu falta de paciencia. Pero, chicos o grandes, procura sufrirlos todos con paciencia.

2. Cuanto mejor te prepares a padecer, con tanta mayor prudencia procederás, y tantos más méritos ganarás. Te parecerán también menos pesadas todas las penas, por tener el alma diligentemente preparada para ellas, y por haber adquirido el hábito de sufrirlas.

No digas: yo no puedo sufrir tales cosas de esa persona; yo no debo sufrirlas. Me ha hecho un grave perjuicio; me achaca cosas que nunca se me ocu-

rrieron. Pero de otro sí lo aguantaré bien, y creeré que debo sufrir de él.

Ese cálculo es tonto, porque atiende más bien a las ofensas y a los ofensores, olvidando la esencia de la virtud de la paciencia, olvidando también quién es el que la ha de premiar.

3. No tiene verdadera paciencia el que sólo quiere sufrir del que él quiera, y lo que él quiera. La verdadera paciencia, no para mientes en quién es el que hace sufrir: superior, igual, inferior, bueno y santo, o malo e indigno.

No; para el que tenga verdadera paciencia es lo mismo recibir cualesquiera injurias: las recibe todas con gratitud, juzgándolas enorme ganancia. Ninguna cosa, por pequeña que sea, pasará sin mérito a la vista de Dios, siempre que se lleve por Dios.

Por eso, está pronto al combate, si quieres ganar la batalla.

Sin combatir, no podrás ganar el premio de la paciencia.

Si no quieres sufrir, no quieres ganar la corona.

Si quieres la corona, pelea con valor, aguanta con paciencia.

Sin trabajar, no se descansa, no se vence sin luchar.

El alma fiel: Señor, haz con tu gracia posible lo que naturalmente me parece imposible. Tú sabes que puedo poco y que fácilmente me abato con cualquier contratiempo.

Que toda tribulación llevada por tu nombre se

me haga amable y deseable; porque sufrir penas y vejaciones por ti, es dulce y saludable para mi alma.

Capítulo XX

CONFESION DE NUESTRA DEBILIDAD; MISERIAS DE LA VIDA

1. *El alma fiel*: «Contra mí mismo voy a declarar mi iniquidad»; sí, Señor, te voy a confesar mi fragilidad. Es a menudo una pequeñez la que me deprime y entristece. Me propongo obrar con firmeza. Pero al llegar ligera tentación siento una angustia terrible. A veces me vienen graves tentaciones de cosas insignificantes. Cuando me siento un poco seguro por no sentirlas, a veces casi sucumbo al soplo de viento ligero.

2. Mira, pues, Señor, mi bajeza y mi fragilidad que tú conoces en todas sus fases.

Compadécete; «sácame del fango; que no me quede atascado en él»; que no me quede allí hundiéndose para siempre.

A menudo me remuerde y me confunde en tu presencia que sea yo tan fácil para caer, tan débil para resistir al ataque de las pasiones.

Pesada y molesta es su persecución; fastidioso es

vivir en esa continua lucha, aunque no me doblegue totalmente a consentir.

Me doy cuenta de mi fragilidad en que esas odiosas imaginaciones me atacan mucho más fácilmente que se retiran.

3. ¡Oh Dios poderosísimo de Israel! ¡Oh, amigo celoso de las almas fieles! ¡Ojalá que mires los trabajos y dolores de tu criado, y le acompañes a dondequiera que vaya! Infúndeme fuerza celeste, para que no me domine el hombre antiguo, esta carne miserable que todavía no está bien sujeta al espíritu; esta carne contra la cual habrá que luchar mientras se respire en esta desdichadísima vida.

¡Qué vida ésta en que no faltan tribulaciones y miserias, en que hay emboscadas y enemigos por doquier! Apenas se va una tentación o tribulación cuando llega otra. No sólo; sino que todavía no termina el combate anterior cuando otros varios llegan impensadamente.

4. ¡Cómo se puede amar esta vida que tiene tantas amarguras, expuesta a tantas calamidades y miserias! ¿Aun cómo puede llamarse vida la que tantas muertes y pestes produce?

Sin embargo, se la ama; y muchos buscan sus goces.

Mucho se habla de los engaños y de la vanidad del mundo; pero no es fácil dejarlo, porque las pasiones carnales tienen demasiado señorío sobre nosotros.

Hay cosas que nos llevan a amarlo, y otras a de-

testarlo. Nos inducen a amar el mundo las pasiones carnales, el deseo de los ojos, y el orgullo de las riquezas. Los castigos y miserias que justamente les siguen engendran odio y fastidio del mundo.

5. Pero, ¡ay!, que el placer domina al alma que se entrega al mundo, juzga un placer la esclavitud al mundo. Es porque jamás ha probado la dulzura de Dios, ni contemplado la belleza íntima de la virtud.

Pero aquellos que desprecian completamente al mundo, empeñados en vivir para Dios bajo la santa disciplina, conocen la dulzura al mundo. Ellos sí ven con mayor claridad qué grandes son los extravíos y engaños del mundo.

Capítulo XXI

EL DESCANSO DEBE BUSCARSE EN DIOS MAS QUE EN TODO

1. *El alma fiel:* Alma mía, descansarás siempre en el Señor, más que en todas las cosas, sobre todas las cosas, porque Dios es el descanso eterno de los santos.

Concédeme, dulcísimo y amorosísimo Jesús, descansar en ti más que en ninguna criatura; más que en toda salud y belleza, más que en toda gloria

y honra, más que en toda potencia y dignidad, más que en toda ciencia y sutileza, más que en toda riqueza y arte, más que en toda alegría y júbilo, más que en toda fama y elogio, más que en toda dulzura y consuelo, más que en toda esperanza y promesa, más que en todo mérito y deseo, más que en todo presente y don que puedas dar o infundir, más que en todo gozo y regocijo que pueda el alma recibir y sentir; finalmente, más que en los ángeles y los arcángeles, más que en toda la milicia del cielo, más que en todas las cosas visibles e invisibles; en una palabra, más que en todo lo que no seas tú. Dios mío.

2. Porque tú, Señor Dios, eres el mayor de todos los seres; tú, el único Altísimo y Potentísimo; tú, el único suficientísimo y llenísimo; tú, el único dulcísimo y consoladorcísimo.

Tú solo eres bellísimo y amantísimo, tú solo eres nobilísimo y gloriosísimo sobre todas las cosas; en ti se encuentran, se han encontrado y siempre se encontrarán todos los bienes al mismo tiempo y perfectamente.

Y por esa causa es menos, no me basta, lo que me das fuera de ti, o lo que me revelas de ti mismo, o lo que me prometes, mientras no te veo ni te poseo plenamente.

Porque mi corazón no puede tener real descanso, ni contentamiento perfecto, si no descansa en ti, elevándose por encima de todas tus dádivas y arriba de todas las criaturas.

3. ¡Oh, amabilísimo esposo mío, Jesucristo, purísimo amante, Señor de toda la creación! ¿Quién me dará alas de libertad verdadera para volar y reposar en ti? ¿Cuándo se me concederá plenamente el dedicarme a ver qué suave es el Señor mi Dios? ¿Cuándo me recogeré plenamente en ti, a tal grado que de amor a ti no tenga conciencia de mí?

Mas ahora son frecuentes mis gemidos, sopor-tando mi desdicha con dolor.

Porque en este valle de lágrimas sobrevienen muchos males que con harta frecuencia me entristecen, me inquietan y nublan mi alma; a menudo me distraen y me embarazan, me seducen y me cautivan, impidiéndome el libre acceso a ti y el goce feliz de tus abrazos, de esos abrazos que los espíritus bienaventurados tienen continuamente a la mano. Muévante mis suspiros y mi desolación múltiple aquí en el mundo.

4. ¡Oh Jesús, esplendor de la eterna gloria, consuelo del alma desterrada! En tu presencia no tiene palabras mi boca; pero con el silencio te hablo.

¿Cuánto tiempo todavía tardará mi Señor en llegar? Que venga a visitar a este pobrecillo suyo, que venga a colmarlo de alegría; que alargue su mano para sacarlo de toda aflicción.

Ven, ven; sin ti no hay ni días ni horas alegres; tú eres mi alegría; sin ti mi mesa está sola.

Soy desdichado; estoy como encarcelado y engrillado de los pies mientras no me hagas cobrar ánimo alumbrándome con la luz de tu presencia,

mientras no me pongas en libertad y me muestres rostro amable.

5. Que otros busquen sin ti lo que les guste; a mí nada me agrada, ni me agradará sino tú, Dios mío, que eres mi esperanza y mi eterna salvación.

No callaré, ni cesaré en mis súplicas hasta que tu gracia vuelva y me hables al alma.

6. *Cristo*: «Aquí estoy». He venido a verte porque me llamaste. Tus lágrimas, los suspiros de tu alma, tu humildad y el dolor de tu corazón me han movido, y me han traído a ti.

7. *El alma fiel*: Yo dije: Señor, te he llamado por el deseo de gozarte, y estoy dispuesto a desechar todas las cosas por tu amor; pero tú me excitaste antes a que te buscara. Seas bendito, Señor, que hiciste este favor a tu esclavo, siguiendo tu misericordia.

¿Qué más puede decir en tu presencia este esclavo tuyo, sino humillarse ante ti, teniendo siempre presente su propia maldad y vileza? No hay ningún ser semejante a ti entre todas las maravillas de los cielos y de la tierra.

Tus obras son muy buenas, tus juicios son justos, al mundo rige tu Providencia. Seas alabado y glorificado, tú, sabiduría del Padre. Que mi boca y mi alma te alaben y te bendigan, y conmigo todas las criaturas a la vez.

Capítulo XXII

RECUERDO DE LOS INFINITOS BENEFICIOS DE DIOS

1. *El alma fiel:* Señor, abre mi corazón a la inteligencia de tu ley; enséñame a vivir conforme a tus mandamientos.

Concédeme que conozca tu voluntad recordando con sumo respeto y atenta reflexión tus beneficios, tanto los generales como los particulares, para darte por ellos las gracias que debo. Aunque sé y confieso que ni por uno pequeño podría agradecerte y alabarte debidamente. Soy indigno de todos los beneficios que he recibido; y cuando considero tu majestad, se pierde y se anonada mi espíritu ante tamaña grandeza.

2. Todo aquello que tenemos en el alma y en el cuerpo, lo exterior y lo interior, lo natural y lo sobrenatural que tenemos, son beneficios tuyos que manifiestan tu beneficencia, tu misericordia y tu bondad; pues de ti es de quien hemos recibido todos los bienes.

El que haya recibido dádivas más importantes no puede ufanarse de haberlos merecido, ni levantarse sobre los otros, ni insultar a los inferiores; porque el más grande y el mejor es el que se atribuye menos y es más humilde y ardiente para agradecer.

El que se cree más bajo que los otros, y más indigno se juzga, es el más idóneo para recibir dones mayores.

Pero el que haya recibido más poco no debe apenarse, ni irritarse, ni envidiar al más rico; lo que más bien debe hacer es alzar sus ojos a ti, agradeciendo muchísimo tu bondad; porque sin distinción de personas repartes tus dádivas con tanta largueza, con tanto desinterés y de tan buena voluntad.

Todos los bienes proceden de ti, y por eso hay que alabarte de todo.

Tú sabes lo que conviene darle a cada cual, Discernir las razones de que éste tenga menos, y el otro más no nos corresponde a nosotros, sino a ti, ante quien están bien deslindados los méritos de cada uno.

3. Por lo cual, Señor Dios, hasta tengo por una gran merced el no poseer muchas de esas cualidades de donde, exteriormente y según los hombres, resultan la alabanza y la gloria; de manera que cuando uno considera la pobreza y bajeza de su persona no solamente no experimenta pesadumbre o tristeza ni abatimiento sino más bien consuelo y viva alegría; porque tú, Dios mío, has escogido a los humildes, a los despreciados del mundo, como amigos y domésticos tuyos.

Testigos de ello son tus mismos apóstoles, a quienes nombraste príncipes de toda la tierra.

A pesar de eso eran tan humildes y sencillos, tan sin malicia y engaño, que sin quejarse pasaron

la vida. No solamente eso, sino que hasta gozaban de padecer afrentas por tu nómbre, abrazando con gran ardor esas cosas que el mundo tanto detesta.

Por tanto, nada debe causar tanta alegría al que te ama y tus mercedes reconoce como el cumplimiento en él de tu voluntad y de lo que pluguiere a tu eterna Providencia.

Tan contento debe uno estar de esa Providencia, que con el mismo gusto admita ser el más chico que otro querría ser el más grande; y estar tan en paz y contento de ocupar el último lugar como si ocupara el primero; y con tan buena voluntad ser despreciable y desechado, sin nombre ninguno ni fama, como si fuera el más honorable de todos y el más grande del mundo.

Pues tu voluntad y el celo de tu honor deben estar por encima de todo, dándole a uno más consuelo y más contento que cuantos favores se le hubiere hecho y se le hicieren.

Capítulo XXIII

CUATRO COSAS QUE PRODUCEN MUCHA PAZ

1. *Cristo*: Hijo, ahora voy a enseñarte el camino de la paz y de la libertad verdadera.

2. *El alma fiel*: Señor, haz lo que me dices; me da gusto oírlo.

3. *Cristo*: Hijo mío, procura hacer más bien la voluntad de otro que la tuya.

Escoge siempre tener menos, antes que más.

Busca siempre el lugar más bajo, y estar debajo de todos.

Desea siempre y pide que en ti se cumpla perfectamente la voluntad divina.

Mira, quien haga eso ha entrado ya en el reino de la paz y de la tranquilidad.

4. *El alma fiel*: Ese corto discurso tuyo contiene gran perfección.

Es de pocas palabras; pero está lleno de significación y de abundantes frutos.

Si yo lo pudiera guardar fielmente, la turbación no me viniera tan fácilmente.

Siempre que me siento apesadumbrado y turbado, hallo que fue porque no seguí esa doctrina.

Tú que lo puedes todo y quieres siempre el progreso del alma, dame gracia más eficaz para poder guardar tus palabras y acabar de salvarme.

5. Dios mío, «no te retires de mí»; «Dios mío, mírame, ayúdame», porque diversos pensamientos se han levantado a atacarme, y me han venido grandes temores que afligen mi alma, ¿Cómo saldré sin heridas de entre ellos? ¿Cómo los habré de vencer?

6. Tú me dices: «yo iré a la cabeza, y humillaré a los poderosos de la tierra». Abriré las puertas de la cárcel, y secretos arcanos te diré.

7. Señor, haz eso que me dices; que todos los pensamientos inicuos huyan al verte. Esta es mi esperanza y mi único consuelo: buscar mi refugio en ti al venirme cualquier tribulación, poner en ti mi confianza, invocarte desde el fondo del alma esperando tus consuelos con paciencia.

8. ¡Oh buen Jesús! Alúmbrame con la claridad de la interna luz; arroja de la morada de mi alma todas las tinieblas.

Reprime mis muchas distracciones; aplasta mis violentas tentaciones.

Combate fuertemente en mi defensa; derrota esas bestias feroces que son mis pasiones, para que «por tu fuerza reine la paz», y numerosas alabanzas resuenen en la santa morada, es decir, en la conciencia pura.

Manda a los vientos y a las tormentas. Al mar dile: «cálmate». Dile al viento del norte. «ya no soples», y seguirá luego una calma profunda.

9. «Manda tu luz y tu verdad», para que alumbrén la tierra; pues mientras no me ilumines soy tierra sola y vacía. Derrama de allá arriba tu gracia; baña de celeste rocío mi corazón; haz correr el agua de la piedad, para regar la superficie de la tierra, para que rinda frutos buenos, muy buenos.

Levanta mi mente oprimida del peso de los pecados; dirige todos mis anhelos hacia las cosas del cielo, para que una vez que haya probado la dulzura de la felicidad de allá arriba, sienta repugnancia de pensar en las cosas de acá abajo.

10. Arrebátame, libértame de todos los efímeros consuelos de las creaturas, porque ninguna cosa creada puede satisfacer plenamente mis anhelos, ni consolarme.

Uneme a ti con el lazo indisoluble del amor; pues al que te ama, le bastas tú solo; sin ti, el universo entero no vale nada absolutamente.

Capítulo XXIV

NO INVESTIGUEMOS CURIOSAMENTE VIDAS AJENAS

1. *Cristo*: Hijo, no seas curioso, ni te ocupes en tantos cuidados. ¿A ti qué te importa esto o aquello? «Tú sígueme».

Efectivamente, ¿a ti qué te importa que éste sea así o así, que aquél haga o diga esto y aquello?

Tú no tendrás que responder de los demás; tendrás que dar cuenta de ti mismo. ¿Para qué enredarte en esas cosas?

Mira, yo conozco a todos y estoy mirando cuanto sucede bajo el sol: se el estado de cada uno, sus pensamientos, y deseos, y a dónde se encaminan sus intenciones. Por esa razón, debes encomendarme a mí todas las cosas. Tu estate muy tranquilo, dejando que el agitador agite todo lo que quiera.

Sobre su cabeza recaerá todo lo que haya hecho y haya dicho, porque a mí no me puede engañar.

2. No persigas la sombra de un nombre famoso, no busques la intimidad de muchos, ni el favor de los hombres. Porque todo eso causa distracciones, y negras tinieblas en el alma.

De buena gana conversaría yo contigo y te descubriría mis secretos, si observaras atentamente la hora de mi llegada y me abrieras la puerta de tu corazón.

Se previsor, vela en la oración, humíllate en toda ocasión.

Capítulo XXV

EN QUE CONSISTEN LA PAZ ESTABLE DEL CORAZON Y EL ADELANTO VERDADERO

1. *Cristo:* Hijo, yo he dicho: «os dejo la paz, os doy la paz; pero yo no os la doy como el mundo la da».

Todos anhelan por la paz; pero no todos quieren hacer lo conducente a la paz verdadera.

Tienen mi paz los humildes y mansos de corazón. Tu paz dependerá de que tengas mucha paciencia.

Si me escuchas, y sigues mi doctrina, podrás gozar de una paz profunda.

2. *El alma fiel*: ¿Qué tengo que hacer, pues?

3. *Cristo*: Fijar tu atención siempre en todas tus acciones y palabras; enderezar tu intención a darme gusto no más a mí; no desear ni buscar nada fuera de mí.

Tampoco juzgues temerariamente de dichos o hechos ajenos, ni te entrometas en asuntos que a ti no te encomienden. Así podrás lograr no perder la tranquilidad sino poco, y de cuando en cuando.

4. Mas el no tener ninguna aflicción jamás, ni sentir ninguna perturbación ni en el alma ni en el cuerpo, no es cosa del tiempo presente, sino del eterno reposo.

Por tanto, no juzgues haber alcanzado la paz verdadera por no tener pesadumbre ninguna. Tampoco creas que todo anda bien por no tener que sufrir adversarios ningunos; ni que esto es lo perfecto: que todo resulte según tu afecto.

Tampoco te creas una gran cosa, o gozar del amor de predilección, por sentir gran fervor y dulzura; porque no se conoce en eso al verdadero amigo de la virtud, ni consiste en eso el adelanto y la perfección del hombre.

5. *El alma fiel*: ¿En qué consiste, pues?

6. *Cristo*: Consiste en sacrificarte con toda tu alma a la voluntad divina, no buscando tu propio interés ni en lo chico ni en lo grande, ni en el tiempo, ni en la eternidad.

Eso debe ser de manera que con la misma cara estés siempre dando gracias, en medio de la prospe-

ridad y de la adversidad, pesando todas las cosas en una misma balanza.

Si tanta fuera tu fortaleza y magnanimidad, que, cuando se te prive de la consolación interior prepararas tu corazón a soportar peores cosas, sin alegar que no deberías sufrir adversidades tan grandes como éstas; sino que me concedes razón en todas mis disposiciones y me glorificas por mi santidad, entonces andarás por el sendero recto y cierto de la paz, y habrá esperanza segura de volver a ver mi rostro en medio de la alegría.

Y si llegaras al pleno desprecio de ti mismo, sábetete que gozarías entonces de una paz profunda, tan grande como puede tenerse durante tu destierro en este mundo.

Capítulo XXVI

EXCELENCIA DE UN ALMA LIBRE, GANADA MAS BIEN POR LA HUMILDE ORACION QUE POR LA LECTURA

1. *El alma fiel*: Señor, obra es de varones perfectos el no permitir jamás que sus almas aflojen en la aspiración a las cosas celestiales, pasando por entre tantos cuidados como si no se tuviera ninguno; pero eso no al modo de gente abúlica, sino por cier-

ta prerrogativa del alma libre, la cual no se apegaba desordenadamente a ninguna criatura.

2. Piadosísimo Dios mío, te ruego que me libres del embarazo excesivo de las preocupaciones de esta vida; de que las varias necesidades corporales me hagan prisionero de los placeres; de que todos los impedimentos del alma quebranten mi ánimo con sus molestias, y llegue a desmayar.

No quiero decir que me libres de esas cosas que la mundanal vanidad con toda su alma ambiciona. No, Señor; me refiero a esas miserias que al alma de tu siervo molestan y embarazan, por castigo, por esa maldición común a todos los mortales, para no poseer la libertad de espíritu siempre que quieren.

3. ¡Dios mío, dulzura inefable; dale amargo sabor a todo sensual consuelo que del amor a las cosas eternas me aparte, atrayéndome a sí con pecadores halagos, mostrándome algún objeto de actual placer!

No me venzan, Dios mío, no me venzan la carne y la sangre; no me engañe el mundo con su gloria de pocos días; no me derribe por tierra el diablo con sus engaños.

Dame fortaleza para resistir, paciencia para aguantar, constancia para perseverar.

En lugar de todos los mundanales consuelos dame la unción suavísima de tu espíritu; en lugar del amor sensual derrama en mi pecho el amor de tu nombre.

Mira cómo la comida, la bebida, el vestido y las

demás cosas referentes al sustento corporal son gravosas a un espíritu ferviente.

Concédeme hacer un uso moderado de tales comodidades, sin embarazarme con el excesivo deseo de tenerlas.

Prescindir de todas no se debe, porque es necesario sustentar la naturaleza. Pero exigir cosas superfluas que más bien sirvan al placer, la ley santa lo prohíbe; pues en ese caso se insolentaría la carne contra el espíritu.

Te ruego que tu mano me enseñe y dirija para caminar entre estos dos extremos, sin caer en exceso ninguno.

Capítulo XXVII

EL AMOR PROPIO ENTORPECE GRANDEMENTE LA CONSECUION DEL SUMO BIEN

1. *Cristo*: Hijo, es preciso que des todo por el Todo, de manera que nada sea tuyo.

Sábetete que el amor propio te hace más daño que ninguna cosa del mundo.

Cada cosa se te pega más o menos, según el amor o inclinación que le tienes.

Serás libre de la esclavitud de las cosas, si tu amor es puro, sincero, recto.

No codicies lo que no es lícito poseer, ni poseas lo que pudiera embarazarte y hasta privarte de la libertad del espíritu.

Es extraño que no te abandones a mí desde el fondo del alma, juntamente con todo lo que puedas desear o poseer.

2. ¿Por qué te consume esa tristeza insensata? ¿Por qué abrumarte cuidados inútiles?

Atente a mi voluntad, y no sufrirás pérdida alguna.

Si andas en busca de esta cosa o de aquella, y quieres estar por aquí o por allí, por tu propio interés, y por hacer más bien lo que tú quieres, nunca estarás sin solicitud y cuidado; porque no hay ninguna cosa que no tenga defectos, ni lugar donde no haya adversarios.

3. Para obtener la tranquilidad no sirve, pues, la posesión de una o muchas cosas exteriores al espíritu. Lo que realmente sirve es despreciarlas y arrancárselas con todo y raíz del corazón.

Debes entender todo lo anterior no solamente tocante al dinero y riquezas, sino también a la ambición de honores y deseo de vanos elogios; cosas que pasan todas con el mundo.

El lugar protege poco cuando falta el espíritu de piedad. No durará mucho esa paz que se busca en cosas exteriores, si no se apoya sobre el fundamento real de la estabilidad del corazón, es decir, si no descansas sobre mí; porque mudarte, bien lo puedes hacer, mas no mejorarte.

Efectivamente, una vez que se presente la ocasión y topes con ella, encontrarás quello mismo de que tratabas de huir, y peor todavía.

4. Afíanzate, Dios mío, con la gracia del Espíritu Santo. Dame fuerzas para robustecerme en el hombre interior, es decir, en el espíritu; para vaciar mi corazón de todo cuidado inútil y de todo apuro; para no dejarme llevar de varios deseos de cosas viles o valiosas; para que mire todas las cosas como pasajeras, y me mire a mí mismo como pasajero con ellas y como ellas.

Efectivamente, no hay ninguna cosa permanente acá debajo del sol; acá donde todas las cosas son vanidad y angustia del corazón. ¡Qué sabio es quien así lo considere!

5. Señor, dame celeste sabiduría para saber buscar y hallarte sobre todas las cosas, amarte y saborearte sobre todas las cosas; para conocer las demás cosas como son en realidad, conforme al orden de tu divina sabiduría.

Concédeme apartarme con prudencia del que me adule, y sufrir con paciencia al que me critique.

Pues hay gran sabiduría en no mecerse al soplo de cualquiera racha de palabras, ni dar oídos a la falaz adulación de sirenas. Así se andará con seguridad el camino que se emprendió.

Capítulo XXVIII

CONTRA LAS MALAS LENGUAS

1. *Cristo*: Hijo, no tomes a mal que algunos piensen mal de ti, diciendo cosas que a ti no te gusta oír.

Deberás tenerte en opinión todavía peor, y no creer que ninguno sea más frágil que tú.

Si andas por el camino interior del espíritu, no harás mucho aprecio de palabras que se lleva el viento.

No es poca prudencia el callar en malos tiempos, volviéndose interiormente a mí sin inquietarse por los juicios de los hombres.

2. No dependa tu paz de la boca de los hombres. No serás diferente porque interpreten bien tus acciones o porque las interpreten mal.

¿Dónde están la paz verdadera y la gloria verdadera? ¿Verdad que en mí?

De mucha tranquilidad gozará la persona que ni quiera dar gusto a la gente, ni tampoco disgustarla.

De amor desordenado y de temor infundado nacen todas las inquietudes del corazón y todas las distracciones de las facultades mentales.

Capítulo XXIX

COMO DEBEMOS INVOCAR Y BENDECIR A DIOS AL ARRECIAR LA AFLICCION

1. *El alma fiel*: «Sea tu nombre bendito eternamente, Señor», porque has permitido que me asalte esta tentación y aflicción.

No puedo escapar de ella. Necesito refugiarme en ti para que me ayudes y la hagas resultar en bien mío.

Señor, estoy ahora en tribulación. No está bien mi corazón, porque mucho me atormenta la presente pasión.

¿Qué diré ahora, Padre amado? Porque he sido sorprendido en angosturas. «Sálvame de esta hora».

Mas «por eso me ha llegado esta hora», para que tú seas glorificado cuando yo me vea muy humillado pero libertado por ti.

«Plázcate, señor libertarme», pues el pobre de mí ¿qué puede hacer y a dónde irá sin ti?

Señor, dame paciencia esta vez también. Ayúdame Dios mío, y no tendré miedo por más acoso que me vea.

¿Qué diré entretanto? Señor, «hágase tu voluntad». tengo muy merecida esta tribulación y pesadumbre. Seguro tendré que aguantarla, y ojalá que con paciencia, hasta que pase la tormenta y haga tiempo mejor.

Mas tu omnipotente mano también puede quitarme esta tentación, o minorar su violencia para que no sucumba yo del todo; así como otras muchas veces lo has hecho en mí, Dios mío misericordioso.

Ese «cambio de la diestra del Altísimo» es tanto más fácil para ti cuanto más difícil es para mí.

Capítulo XXX

PEDIR LA AYUDA DE DIOS Y TENER CONFIANZA DE RECUPERAR LA GRACIA

1. *Cristo*: Hijo, «yo soy el Señor que fortalece el día de la tribulación». Acude a mí cuando no te vaya bien.

Lo que impide principalmente la llegada del consuelo celeste es que recurres un poco tarde a la oración.

Pues antes de rogarme fervientemente buscas entre tanto muchos consuelos, y te diviertes en cosas exteriores.

Así sucede que de poco te servirá todo hasta que repares en que yo soy el que libra a los que esperan en mí, y que fuera de mí no hay auxilio eficaz, ni consejo provechoso, ni remedio que dure.

Una vez que vuelvas a respirar después de la tempestad, cobra nuevas fuerzas alumbrado con la luz de mis bondades; porque estoy aquí cerca para restablecer las cosas, no sólo como estaban antes, sino mejor y más cumplidamente.

2. ¿Hay acaso alguna cosa difícil para mí? ¿Seré yo como esos que dicen y no hacen? ¿Dónde está tu fe? Mantente firme y constante.

Ten magnanimidad y valor. La consolación llegará a su tiempo. espera, espera; ya vendré y te curaré.

Lo que te tortura es la tentación; lo que te espanta es el temor infundado

¿Qué sacas de esa inquietud por lo que pueda suceder, sino tristeza y más tristeza? «Bastante tiene el día con sus pesares».

Cosa tonta y sin provecho es inquietarse de cosas por venir que quizás nunca vengan.

3. Pero es cosa humana el ser juguete de tales fantasías; es señal de tener alma todavía pequeña el dejarse arrastrar tan fácilmente de las sugerencias diabólicas.

El no se preocupa de si se mofará de uno y lo engañará con cosas ciertas o con cosas falsas; de si lo vencerá con el amor del presente o con el temor del porvenir. Pero «que tu corazón no se perturbe, ni se acobarde».

Ten fe en mí, ten confianza en la misericordia de Dios. Muchas veces estoy cercano a ti cuando tú me crees lejano.

Hay a menudo más ganancia de méritos cuando tú calculas que ya se ha perdido casi todo.

No está todo perdido porque la cosa haya resultado al revés.

No debes juzgar conforme al sentimiento presente, ni atascarte de tal modo en alguna dificultad, venga de donde viniere, que la tomes como si ya se te hubiera quitado toda esperanza de salir del atolladero.

4. No te vayas a creer totalmente abandonado, aun cuando te haya mandado alguna tribulación por algún tiempo, o te haya privado del suspirado consuelo; porque así es como se camina hacia el reino de los cielos.

Ciertamente es esto lo que más te conviene a ti y a los demás servidores míos: luchar contra la adversidad más bien que tener todo a voluntad.

Yo conozco los pensamientos ocultos; Yo sé que es muy conveniente para tu salvación el que se te deje a veces privado de toda dulzura, para que no vaya a suceder que te ufanes de la prosperidad, queriendo complacerte en lo que no eres.

Te puedo quitar lo que te di, y restituírtelo cuando yo quiera.

5. Es mío cuando te lo de; cuando te lo quite, no te quito lo tuyo; porque toda buena dádiva, todo don perfecto me pertenecen.

Cuando yo te mande alguna pena o contrariedad, no te irrites ni te abatas; porque puedo aliviarte pronto y cambiar toda pena en gozo.

Sin embargo, soy justo y muy razonable cuando hago eso contigo.

Si juzgas rectamente, mirando las cosas conforme a la realidad, jamás deberías dejarte llevar de tan profunda tristeza por las adversidades, sino más bien alegrarte y agradecerlas, y aun considerar como un gozo único el que no te escatime aflicciones y dolores.

«Como mi Padre me ha amado, así os he amado yo también» les dije a mis discípulos; a los cuales ciertamente no mandé a gozar de este mundo, sino a sostener duras luchas; no a obtener honores, sino a sufrir desprecios; no a estar ociosos, sino a trabajar; no a descansar, sino a producir frutos abundantes con la perseverancia. No se te olviden estas palabras, hijo mío.

Capítulo XXXI

DESPRECIO DE TODAS LAS CRIATURAS PARA ENCONTRAR AL CREADOR

1. *El alma fiel*: Señor, es seguro que necesito una gracia más grande, si he de llegar al punto de que ningún hombre ni criatura ninguna me embarrace.

Mientras alguna criatura me retenga, no puedo volar con libertad hacia ti.

Deseaba volar libremente aquel que dijo: «¿Quién me dará alas como a las palomas, para volar y reposar?»

¿Hay mayor tranquilidad que la de un alma sincera? ¿Hay alguno más libre que quien nada desea de la tierra?

Por tanto, es preciso que pases por encima de toda criatura, abandonarte completamente a ti mismo, que estés con la mente afuera, y veas que el Creador del Universo ningún parecido tiene con las criaturas.

Quien no se desprenda de todas las criaturas, no podría entregarse libremente a las cosas de Dios.

Es un hecho que hay pocos contemplativos, porque son pocos los que saben separarse perfectamente de las cosas creadas, que van a perecer.

2. Para eso se requiere una gracia tan fuerte que el alma eleve, y arriba de sí misma la arrebate.

Si el hombre no tiene su espíritu levantado, si no está despegado de todas las criaturas y perfectamente unido a Dios, no vale gran cosa lo que se sepa, ni lo que tenga.

Largo tiempo será pequeño, no se alzará del suelo, quien juzgue grande cualquier cosa fuera del bien único, inmenso y eterno.

Lo que no es Dios es nada, y en nada debe tenerse.

Hay mucha diferencia entre la sabiduría del hombre iluminado y piadoso y la ciencia del clérigo letrado y estudioso.

Mucho más excelente es la doctrina que la inspiración divina hace correr de allá arriba, que la ciencia adquirida con trabajo por el ingenio humano.

3. Hay muchos que quisieran ser contemplativos; pero lo que se necesita para eso no lo quieren practicar.

Gran impedimento para ello es que se entretenga uno en figuras y cosas sensibles, dedicándose poco a la mortificación perfecta.

Yo no sé qué será, qué espíritu nos guíe, qué pretendamos nosotros que nos vemos llamados «espirituales»; pues pasamos tantos trabajos y tanto nos preocupamos de cosas pasajeras y bajas, y apenas de cuando en cuando meditamos en nuestras cosas espirituales concentrando totalmente en ellas nuestras facultades.

4. ¡Qué dolor! Tras breve recogimiento nos lanzamos hacia fuera luego sin sujetar a severo examen nuestros actos.

No advertimos hasta dónde se arrastran nuestros afectos, ni lloramos la gran impureza de todo.

«Toda carne había errado su camino»; por eso el gran diluvio la borró.

Cuando hay una gran corrupción en nuestros afectos íntimos, por fuerza se corrompen las acciones nacidas de ellos, manifestando la falta de salud espiritual.

Un corazón puro produce frutos de vida virtuosa.

5. Se investiga cuánto haya hecho uno; pero no se considera con cuanto empeño con cuánta virtud se conduce.

Se investiga si fulano es valiente, rico, buen mozo, hábil, bueno para escribir, bueno para cantar, bueno para trabajar; pero muchos no dicen nada de si es pobre de espíritu, sufrido y apacible; de si es muy piadoso y espiritual.

La naturaleza mira al exterior del hombre; la gracia penetra hasta el interior. Aquella se engaña con frecuencia; ésta confía en Dios para no engañarse.

Capítulo XXXII

RENUNCIAR A SI MISMO Y DESPOJARSE DE TODA CODICIA

1. *Cristo*: Hijo, no podrás ser perfectamente libre, si no renuncias completamente a ti.

Están sujetos con grillos en los pies los que no cumplen el voto de pobreza, los enamorados de sí mismos, los codiciosos, los curiosos, los monjes errantes, los que andan siempre buscando lo suave, no lo de Jesucristo: esos que a menudo inventan y componen lo que no ha de permanecer en pie.

En efecto, lo que no tenga su origen en Dios, perecerá todo.

Graba en tu memoria esta corta y perfecta sentencia: deja todo, y hallarás todo; deja la codicia, y hallarás la quietud. Repasa esto en la cabeza; cuando lo hayas cumplido, lo entenderás todo.

2. *El alma fiel*: Señor, eso no es obra de un día, ni juego de niños. Antes bien la entera perfección religiosa está contenida en tan pocas palabras.

3. *Cristo*: Hijo, no debes volver atrás luego, ni desmayar al oír en qué consiste el camino de la perfección.

Más bien debes estimularte a seguir lo más sublime, suspirando al menos por llegar allá.

Ojalá que así fueras, y hubieras llegado al punto de no amarte a ti mismo, estando enteramente a mi arbitrio y al del superior que te puse. En ese caso me darías gusto, y tu vida entera pasaría en gozo y paz.

Todavía tienes muchas cosas que abandonar. Si no las dejas totalmente, no alcanzarás lo que pides.

«Te aconsejo que me compres oro acrisolado, para enriquecerte»; quiero decir que obtengas de mí la sabiduría celeste que pisotea todas las cosas vilísimas.

Pospón a ella la sabiduría terrenal, y toda vana complacencia en ti mismo.

4. Quiero decir que debes comprar cosas corrientes, en cambio de las que son valiosas y finas según les parece a los hombres.

La verdadera sabiduría del cielo parece muy baja y muy poca, y está casi totalmente olvidada.

Esa sabiduría no tiene alta opinión de sí misma ni quiere su gloria en la tierra. Muchos la predicán de los dientes para afuera, viviendo de manera opuesta. Sin embargo es una perla valiosa, para muchos desconocida.

Capítulo XXXIII

INCONSTANCIA DEL CORAZON; DIOS ES LA INTENCION FINAL DEL HOMBRE

1. *Cristo*: Hijo, no confíes en tu sentimiento; pues el que actualmente tienes, pronto se cambiará en otro contrario.

Quieras o no quieras, estarás sujeto a mudanza mientras vivas. De modo que ya estarás alegre, ya triste; ya sosegado, ya perturbado; ya con devoción, ya sin devoción; ya empeñoso, ya perezoso; ya serio, ya frívolo.

Mas el hombre sabio y bien instruido en las cosas del espíritu se sobrepone a todas esas mudanzas. No hace caso de lo que siente en sí, ni de qué lado venga el variable viento. Solamente concentra la atención de su espíritu en adelantar hacia la consecución del fin a donde quiere y debe llegar.

Así podrá permanecer siempre el mismo, incon-

movible siempre, si entre tantos, y tan varios acontecimientos tiene la mirada fija en mí constantemente, la mirada limpia de su intención.

2. Cuanto más limpia esté la mirada de la intención con tanta mayor constancia se navega por entre tan varias tempestades.

A muchos se les oscurece la mirada limpia de la intención por distraerse fácilmente mirando algún objeto deleitable que se interpone.

Rara vez se encuentra a alguno que esté completamente libre de ese lunar de buscarse a sí mismo.

Por ejemplo, fueron los judíos a Betania a casa de Marta y María, «no sólo por ver a Jesús, sino a Lázaro también».

Por esa razón, debes tener bien limpio el ojo de la intención, para que ésta sea recta y sincera, y pasando por entre los muchos puntos intermedios se dirija siempre hacia mí.

Capítulo XXXIV

AL QUE AMA A DIOS, DIOS LE PLACE SOBRE TODO Y EN TODO

1. *El alma fiel:* Este es mi Dios, y todas las cosas. ¿Qué más quiero? ¿Por qué mayor felicidad puedo anhelar?

¡Qué palabra más dulce y más sabrosa! Sí, para quien ama la Palabra Eterna, no el mundo ni lo que hay en el mundo.

¡Dios mío, y todas las cosas! Al que ama, se le ha dicho bastante. Al que ama es una cosa dulce el repetirlo.

Estando tú presente todo nos gusta; estando ausente, todo nos causa fastidio.

Tú aquietas el corazón, infundiéndole profunda paz y encantadora alegría.

Tú haces pensar bien de todos, y alabarte en todo. Sin ti, nada puede gustarnos mucho tiempo. Para que una cosa nos agrade y nos caiga bien se necesita la presencia de la gracia y el condimento de la sal de tu sabiduría.

2. ¿Qué cosa no le sabrá bien al que tú le sabes bien?

Pero, ¿qué podrá gustarle a quien tú no le sabes bien? Les falta tu sabiduría a los sabios según el mundo y a los sabios según la carne: en aquellos hay grandísima vanidad; en la carne reina la muerte.

Mas aquellos que te sirven despreciando al mundo y mortificando su carne demuestran ser los verdaderos sabios: porque se han mudado del reino de la vanidad del reino de la verdad, del imperio de la carne al imperio del espíritu.

Estos sienten el sabor de Dios; reducen totalmente a la gloria del creador todo el bien que se encuentra en las criaturas.

Sin embargo, es diferente, muy diferente, el sabor del Creador del sabor de la criatura, el sabor de la eternidad, del sabor del tiempo; el de la luz increada y el de la luz reflejada.

3. ¡Oh luz eterna que brillas tú sola más que todas las luces de la creación! ¡Desde esas alturas lanza sobre mí un rayo tuyo que hasta lo más secreto de mi corazón penetre!

¡Limpia, abrasa, ilumina, da vida a mi espíritu, con todo y sus potencias, para que con extremos de alegría se apegue a ti!

¿Cuándo llegará esa hora feliz y suspirada, en que llenes mi corazón con tu presencia, siendo para mí todo en todas las cosas? Mientras no se me conceda esto no será plena mi alegría.

¡Qué dolor! ¡El hombre de antes en mí respira todavía, no está bien crucificado todavía, no está bien muerto todavía! ¡Aún tiene violentos deseos contra el espíritu, hace estallar guerras civiles, sin dejar que el alma reine en paz!

4. Mas tú «que la furia del Océano dominas y la agitación de las olas aplacas», levántate y ven a ayudarme.

Haz ver tu omnipotencia, que tu diestra sea glorificada; porque no hay más esperanza y refugio que tú, Señor Dios mío.

Capítulo XXXV

EN ESTA VIDA NADIE PUEDE ESTAR SEGURO CONTRA TENTACIONES

1. *Cristo:* Hijo, nunca podrás estar seguro en esta vida; por eso necesitas armas espirituales mientras dure tu vida. Andas entre enemigos que a diestra y siniestra te acechan.

Si no te cubres todo el cuerpo con el escudo de la constancia, no tardarás mucho tiempo en recibir heridas. Además si no apoyas firmemente el corazón en mí, no podrás aguantar el fuego del combate, ni alcanzar la palma de los santos.

Es necesario que atraveses por todo con valor, luchando con fuerte brazo contra todo aquello que te salga al encuentro.

Al vencedor se dará el maná; al cobarde, gran miseria le espera.

2. Si quieres descansar ahora, ¿cómo llegarás después al descanso eterno?

No te propongas adquirir mucha paz, sino mucha constancia.

Busca la paz verdadera, no en la tierra, sino en el cielo; no en los hombres y demás criaturas: búscala sólo en Dios.

De manera que debes padecer todo por amor de Dios: fatigas, dolores, tentaciones, vejaciones, necesidades, enfermedades, injurias, murmuraciones,

represiones, humillaciones, confusiones, correcciones, desaires.

Todo eso ayuda a adquirir la virtud; en eso se cala al recluta de cristo; con eso se teje la diadema del cielo.

Pagaré jornal eterno por trabajo breve, gloria sin fin por humillación de un rato.

3. ¿Acaso crees poder gozar siempre y a tu gusto de consuelos del espíritu? Ni mis santos lo tuvieron siempre. Más bien tuvieron muchas penas y tentaciones, diversas y grandes desolaciones.

Pero lo aguantaron todo poniendo su confianza más bien en Dios que en sí mismos, sabiendo que «las penas de esta vida no guardan proporción con la gloria eterna» que merecen.

¿Quieres tú alcanzar luego lo que tantos otros apenas obtuvieron con muchas lágrimas y grandes trabajos?

«Espera en el Señor, pórtate como hombre», y cobra bríos, no desconfíes, ni retrocedas. Por la gloria de Dios debes exponer valientemente tu cuerpo y tu alma.

Te recompensaré con plenitud absoluta; te acompañaré en toda tribulación.

Capítulo XXXVI

CONTRA LOS VANOS JUICIOS DE LOS HOMBRES

1. *Cristo*: Hijo, apoya firmemente tu corazón en Dios, sin temer los juicios de los hombres, cuando la conciencia te da testimonio de tu piedad y tu inocencia.

El sufrir tales juicios es una cosa buena, y hasta una felicidad; no será cosa pesada para el hombre humilde de corazón que tiene más confianza en Dios que en sí mismo.

Muchos hablan mucho; por esa razón hay que creerles poco.

No se puede dar gusto a todos. Aunque San Pablo se esforzaba por agradar a todos según la voluntad del Señor, haciéndose todo para todos, a pesar de eso lo juzgaban las gentes, cosa que a él le importaba poquísimo.

2. Cumplía con lo que podía y estaba en su mano para edificar y salvar a su prójimo; pero no podía impedir que a veces lo juzgaran, y aun lo despreciaran.

Por eso, encomendaba todo a Dios que sabe todo; y se defendía con paciencia y humildad contra lenguas injustas, contra aquellas gentes que pensaban necedades e injusticias, diciendo todo lo que les daba su gana.

Sin embargo, respondía algunas veces, por temor de que su silencio escandalizara a los débiles.

3. ¿Y quién eres tú para tenerle miedo a otro hombre mortal como tú? Hoy existe; pero mañana ya no aparece.

Teme a Dios y no te espantarán los hombres.

¿Qué puede hacerte el otro con sus palabras e insultos? Se hace más daño a sí que a ti; y, sea quien fuere, no escapará del juicio de Dios.

Tú ten a Dios ante tu vista, y no te pongas a dimes y diretes.

Si por el momento pareces salir perdiendo, y sufrir confusión inmerecida, no te indignes, ni achi-que la impaciencia tu corona. Mira al cielo, mírame a mí que puedo librar de toda confusión e injuria, dando a cada cual según sus obras.

Capítulo XXXVII

LA LIBERTAD DEL CORAZON SE OBTIENE CON LA ABNEGACION PURA Y ENTERA DE SI MISMO

1. *Cristo*: Hijo, abandónate a ti, y me hallarás a mí. Procura vivir sin escoger nada, ni ser dueño de nada, y saldrás siempre ganando. Se te dará en aña-

didura una gracia más grande, tan luego como te abandones a ti mismo irrevocablemente.

2. *El alma fiel*: Señor, ¿cuántas veces, o en qué cosas habré de abnegarme y abandonarme?

3. *Cristo*: Siempre y a toda hora: en lo chico y en lo grande. No hagas ninguna excepción; te quiero encontrar despojado en toda ocasión.

De otra manera, ¿cómo podrías ser mío, y yo tuyo, si no estuvieras despojado de todo querer personal, tanto en lo interior como en lo exterior?

Cuanto más pronto lo hagas, tanto mejor te irá; y cuanto más plena y sincera sea tu abnegación, tanto más me agrandarás, y tanto más ganarás.

4. Algunos se me entregan; pero haciendo alguna excepción. Como no tienen plena confianza en Dios, procuran proveer a sí mismos.

Hay otros que al principio se me ofrecen plenamente; pero después, cuando la tentación los asalta, vuelven a ser dueños de lo que me habían ofrecido; por eso no adelantan nada en virtud.

Esos no alcanzarán la libertad real del corazón puro, ni la gracia de mi íntima amistad. Primero tendrán que abandonarse enteramente, inmolándose a sí mismos todos los días. Sin esta clase de abnegación, no hay ni habrá la unión del goce íntimo.

5. Muchísimas veces te he dicho, y te repito ahora: abandónate, entrégate, y gozarás de la paz del alma.

Da todo por el Todo. No exceptúes nada, no re-

clames nada. Descansa totalmente en mí, sin vacilar, y me poseerás.

Tendrás libertad del corazón y las tinieblas no te envolverán.

Empéñate por conseguir esto, pídelo, suspira por ello: despójate de toda voluntad propia siguiendo con el alma desnuda a Jesús desnudo; morir para ti, viviendo enteramente para mí.

Entonces se acabarán todas aquellas locas fantasías, aquellas perturbaciones malas, aquellos cuidados inútiles.

También entonces se te quitará aquel temor excesivo, y el amor desordenado morirá.

Capítulo XXXVIII

BUEN GOBIERNO DE LOS ACTOS EXTERNOS, Y RECURSO A DIOS EN LOS PELIGROS

1. *Cristo*: Hijo, debes pretender con toda diligencia que en todo lugar, en todo acto u ocupación exterior permanezca libre tu alma, y tú seas dueño de ti mismo; que todas las cosas estén bajo tu mando, y no tú bajo el suyo.

Que seas dueño y gobernador de tus acciones, no siervo o esclavo de ellas.

Por el contrario, que seas un hebreo libre y verdadero, que ha pasado a la herencia y a la libertad de los hijos de Dios.

De esos que están entre las cosas presentes, mas contemplando las eternas.

De esos que apenas miran las cosas pasajeras por tener su mirada fija en el cielo.

De esos a quienes las cosas temporales no arrastran para que se les apeguen, antes ellos las obligan a servirles, en la forma que dispuso aquel artífice supremo que no dejó nada en desorden en toda la creación.

2. Si en todos los sucesos no te atienes a las apariencias, ni recorres con mirada carnal lo que hayas visto, o hayas oído; sino que para todo negocio entras al tabernáculo como Moisés, para consultar al Señor, a veces oirás el oráculo divino, saliendo de allí informado de muchas cosas presentes y futuras.

Porque Moisés recurría siempre al tabernáculo para resolver sus dudas y problemas, y buscaba la ayuda de la oración para guarecerse contra los peligros y la perversidad de los hombres. Así también deberás tú refugiarte en el santuario de tu alma, implorando el oráculo divino con mayor insistencia.

Por esta razón, según leemos, fueron engañados Josué y los israelitas por los gabaonitas: «porque no preguntaron primero al Señor», y creyendo con facilidad excesiva en la verdad de dulces palabras se dejaron engañar de falsa compasión.

Capítulo XXXIX

EVITEMOS IMPORTUNIDAD EN LOS NEGOCIOS

1. *Cristo*: Hijo, encomiéndame siempre tus negocios, y te los arreglaré bien a su tiempo. Espera mi arreglo; de ello sacarás provecho.

2. *El alma fiel*: Señor, de muy buena gana te encomiendo todos mis negocios, pues de poco me sirve mi propio pensar.

¡Ojalá que no me entretuviera tanto en calcular sucesos futuros, y me entregara sin vacilar a tu voluntad!

3. *Cristo*: Hijo, el hombre se esfuerza muchas veces con vehemencia por alcanzar el objeto de su deseo. Pero, una vez logrado empieza a sentir de modo diferente; porque no son permanentes los sentimientos acerca de una misma cosa, antes nos empujan de una cosa a otra.

4. El progreso verdadero del hombre consiste en la abnegación de sí mismo; el abnegado es muy libre, y está muy seguro.

Pero aquel antiguo enemigo que hace guerra a todos los buenos no deja de tentarlos. Día y noche maquina acechanzas peligrosas, por si acaso pudiera hacer caer en sus engañosas trampas a algún desprevenido.

«Velad y orad, para que no vayáis a caer en tentación».

Capítulo XL

EL HOMBRE NO TIENE DE POR SI NADA BUENO, NI PUEDE ENVANECERSE DE NADA

1. *El alma fiel:* Señor, «¿qué es el hombre, para que en él pienses? ¿Qué es el hijo del hombre para que tú lo visites?»

¿Qué méritos ha ganado el hombre para que le des tu gracia?

Señor, ¿de qué puedo quejarme si me abandono? ¿Qué puedo alegar justamente, cuando me niegas lo que te pido? La verdad es que puedo pensar y decir: Señor, no soy nada, no puedo nada, de mí mismo no tengo nada bueno; estoy falto de todo y tiendo siempre a la nada.

Y si tú no me ayudas, si no me das fuerza, mi espíritu se entibia todo, y pierdo el vigor.

En cambio, Señor, tú eres siempre el mismo, y serás el mismo eternamente: siempre bueno, justo y santo; siempre haciendo todas las cosas bien, justa y santamente, y disponiendo todo sabiamente.

Pero yo que soy más propenso a retroceder que a avanzar, no duro en el mismo estado, antes bien experimento las mudanzas de los siete tiempos.

No obstante, pronto van mejor las cosas cuando a ti te place alargar la mano en mi ayuda; porque tú solo puedes ayudarme sin ingerencia de ningún

hombre, y darme tanto vigor que no cambie de cara, y mi corazón tienda únicamente a ti, y descanse en ti.

2. Por lo tanto, si yo practicara bien la renuncia a todo consuelo humano, ya por obtener el fervor, ya porque me veo forzado a buscarte por no haber ningún hombre que me consuele, entonces podré justamente esperar en tu gracia, y regocijarme del don de un nuevo consuelo.

3. Gracias te doy, a ti de quien viene todo, siempre que algún bien me viene.

Ante ti soy pura vanidad, soy nada: soy un hombre débil e inconstante.

¿De qué puedo enorgullecerme, y por qué deseo que me estimen? ¿Acaso de ser nada? ¡Grandísima insensatez!

Esa gloria es realmente vacía: es peste maligna y enorme locura; pues de la gloria real nos aleja, y de la gracia celeste nos despoja.

Pues cuando el hombre se agrada, a ti desagradar; cuando a elogios humanos aspira, de virtud verdadera se priva.

4. Gloria verdadera, júbilo santo es el gloriarse en ti no en sí; gozar en tu nombre, no de la propia virtud; el no deleitarse en ninguna criatura, sino en ti.

Que tu nombre sea alabado, no el mío; que sea encarecida tu obra, no la mía; que sea bendecido tu nombre, y que ningún elogio humano se haga en mí.

Tú eres mi gloria; tú eres el júbilo de mi corazón.

En ti me gloriaré y me alegraré todo el día; en mí mismo «solamente me gloriaré de mis debilidades».

5. Que busquen los judíos esa gloria que se da y se recibe de los unos a los otros. Yo sólo buscaré la que sólo Dios da.

Toda gloria humana, toda honra temporal, toda alteza mundana, con tu gloria eterna comparada, es vanidad y locura.

¡Oh verdad mía, oh misericordia mía, oh Trinidad bienaventurada; a ti sola pertenecen la alabanza, el honor, la virtud y la gloria durante la infinidad de los siglos!

Capítulo XLI

DESPRECIO DE TODOS LOS HONORES DEL MUNDO

1. *Cristo*: Hijo, no te preocupes de ver a otros exaltados y honrados, y a ti despreciado y humillado. Eleva el corazón hacia el cielo, hacia mí y no te causará tristeza el desprecio de los hombres allá en la tierra.

2. *El alma fiel*: Señor, padecemos de ceguera, y la vanidad nos fascina fácilmente.

Si bien me miro, nunca me ha hecho injuria criatura ninguna, y por eso no puedo quejarme de ti con justicia.

3. Pues, como he pecado grave y frecuentemente contra ti, justamente se arma toda la creación contra mí.

Yo merezco humillaciones y desprecios; tú, alabanza, honor y gloria.

Si no me preparo a querer sinceramente que todas las criaturas me desprecien y abandonen, y a parecer pura nada, no podré alcanzar la paz durable del alma, ni la iluminación del espíritu, ni la unión perfecta contigo.

Capítulo XLII

NUESTRA PAZ NO DEBE DEPENDER DE LOS HOMBRES

1. *Cristo*: Hijo, si tú haces depender la paz de alguna persona, por simpatizar con ella y poder convivir con ella, vivirás con inestabilidad y embarazo.

Mas si recurres a la verdad inmortal y eterna, no te afligirá la separación ni la muerte de tus amigos.

En mí debe apoyarse el cariño de los amigos; por amor a mí, se debe amar al que en esta vida parezca bueno y muy amable.

La amistad sin mí no tiene fuerza ni duración. La única amistad verdadera y pura es la amistad de los que yo uno.

Tan muerto debes estar a esos sentimientos de amistad que, por lo que a ti toca, prefieras vivir sin ningún humano consorcio.

Cuanto más se retira el hombre de todo consuelo terreno, tanto más se acerca a Dios.

Y tanto más asciende hacia Dios cuanto más profundamente descende en sí mismo, y para sí menos vale.

2. Quien algún bien se atribuye, impide la llegada de la gracia divina, porque la gracia del Espíritu Santo busca corazones humildes.

Si te aniquilaras plenamente, y vaciaras tu corazón de todo amor a las criaturas, iría yo a ti y te daría grande gracia.

Cuando miras a las criaturas, te estorban la vista del Creador.

Aprende a vencerte en toda ocasión por amor a tu Creador; entonces podrás poseer el conocimiento de Dios.

Por pequeño que sea lo que se ama y se mira fuera del orden, retarda la llegada a lo infinito, y corrompe el corazón.

Capítulo XLIII

CONTRA LA VANA CIENCIA MUNDANA

1. *Cristo*: Hijo, no te deslumbren las bellas y pulidas frases de los hombres, pues «el reino de Dios no está en las palabras, sino en la virtud».

Atiende a mis palabras, las cuales abrasan los corazones, alumbran las inteligencias, causan compunción, y derraman múltiple consolación.

Nunca leas ni una sola palabra con el fin de aparecer más docto, o más sabio.

Que tu estudio sea la mortificación de las pasiones. Ese estudio te aprovechará más que aprender muchas y difíciles cuestiones.

2. Después de leer y aprender muchas cosas es fuerza volver siempre al único principio.

Yo soy el que enseña la ciencia a los hombres, y doy a los chiquitos conocimientos más elevados de lo que puedan enseñar los hombres.

Pronto se hará sabio y progresará mucho en el espíritu el hombre a quien yo hable.

¡Ay de aquellos que muchas cosas curiosas preguntan a los hombres, sin cuidar bastante del modo de agradarme!

Pues llegará un día en que Cristo, el maestro de los maestros y Señor de los ángeles, vengán a oír los discursos de todos, es decir, a examinar la conciencia de todos. Entonces por toda Jerusalén se busca-

rá con lámparas, se descubrirán secretos ocultos en las tinieblas, y aquellas lenguas que tanto argumentaban guardarán silencio.

3. Yo soy el que en un momento eleva la inteligencia humilde, para que entienda más razones de la verdad eterna que cualquier otro que hubiera estudiado diez años en universidades.

Yo enseño sin ruido de palabras, sin enredo de opiniones, sin arrogancia de fama, sin debate de argumentos.

Yo soy quien enseña el desprecio de lo terrenal, el tedio de lo presente, el interés por lo eterno, el gusto de lo del cielo, la fuga de los honores, el soportar los escándalos con paciencia, el poner en mí toda la esperanza, el desearme exclusivamente a mí, el amarme a mí sobre todas las cosas.

4. En efecto, hubo uno que amándome con toda el alma aprendió cosas divinas y decía cosas maravillosas.

Más aprendió abandonando todas las cosas que estudiando sutilezas.

A unos les hablo cosas generales, a otros especiales. Me les revelo a algunos poco a poco por medio de signos y figuras; a otros revelo misterios con mucha claridad.

La voz de los libros es una misma; pero no los plasma a todos igualmente. Porque yo soy el que interiormente enseña la verdad, el que escudriña los corazones, el que penetra los pensamientos, el

que inspira las acciones, el que distribuye a cada cual conforme a lo que ve justo.

Capítulo XLIV

NO ATRAIGAMOS A NOSOTROS LAS COSAS EXTERIORES

1. *Cristo*: Hijo, es fuerza que seas ignorante de muchas cosas, que te juzgues muerto sobre la tierra, y que consideres que todo el mundo está crucificado para ti.

Hay otras muchas cosas que debes oír con orejas de sordo, pensando antes bien en lo conducente a vivir en paz.

Es más provechoso hacerse de la vista gorda respecto a cosas que a uno le disgusten, dejando que cada cual siga su parecer, que meterse en disputas enojosas.

Si tú estás bien con Dios, y te atienes a su juicio, aguantarás con bastante facilidad el quedar vencido.

2. *El alma fiel*: Señor, ¡hasta qué punto hemos llegado! Se lamentan las pérdidas temporales, la gente corre a trabajar por una pequeña ganancia. En cambio, hasta se olvidan las pérdidas espirituales, y apenas si a la larga se recuperan.

Se hace caso de cosas que son de poca o ninguna utilidad. En cambio, lo sumamente necesario se omite por descuido; porque el hombre entero se derrama al mundo exterior, y si no se arrepiente pronto, se arrastra fascinado en medio de las cosas del mundo exterior.

Capítulo XLV

NO SE DEBE CREER A TODOS, PORQUE ES FACIL CAER AL HABLAR

1. *El alma fiel*: Señor, «mándame tu ayuda en la tribulación, porque nula es la salvación humana».

¡Qué seguido no he hallado lealtad donde hallarla creía! Por otra parte, ¡qué seguido la he hallado donde menos lo pensaba!

La esperanza en hombre es insegura; la salvación del justo está en ti, Dios mío.

Bendito seas, Señor, Dios mío, por todas las cosas que me suceden.

Somos débiles e inestables: fácilmente nos engañamos y nos mudamos.

2. ¿Habrá alguna persona que en todas las ocasiones pueda guardarse con tanta precaución y circunspección que nunca caiga en lazo ninguno, ni se

meta en un atolladero de donde no halle cómo salir?

Es verdad, Señor. Pero el que en ti confía y con sincero corazón te busca, no caerá con tanta facilidad.

Y si llegare a caer en alguna tribulación, pronto lo sacarás de ella, o al menos lo consolarás, como quiera que se haya enredado; porque tú, Señor, jamás abandonas a quienes ponen en ti su esperanza hasta el fin.

Raro es el amigo que acompaña a su amigo en todos los apuros.

Tú solo, Señor, eres el fiel entre todos; fuera de ti no hay ninguno semejante.

3. ¡Qué sabiduría la de aquella alma santa, al decir: «Mi alma está cimentada y afianzada en Cristo»!

Si yo estuviera así, ni el temor humano tan fácilmente me inquietara, ni las flechas de las palabras me hicieran menear.

¿Quién es capaz de prever todas las cosas? ¿Quién puede precaverse contra males futuros? Si los dardos que se ven llegar, hieren a pesar de todo, ¿no herirán gravemente los imprevistos?

Pero, ¿por qué no me cuidé más a mí pobrecito? ¿Por qué creí a otros con tanta facilidad? Pues porque somos hombres, nomás frágiles hombres, aunque otros nos consideren como ángeles, y hasta ese nombre nos den.

¿A quién he de creer, Señor? ¿A quién sino a ti?

Porque tú tienes la verdad que no puede engañarnos ni engañarse.

En cambio, «todo hombre es mentiroso», débil, inestable y caedizo, principalmente en palabras; de manera que apenas se puede creer luego lo que parece verdad.

4. ¡Con cuánta prudencia nos advertiste que nos precaviéramos de los hombres, que los enemigos del hombre son los mismos domésticos suyos, que cuando nos dijeran «acá está o allá está» no les creyéramos!

Una vez escarmenté en cabeza propia; ojalá que me sirva para mayor precaución, para no ser tan aturdido. «Cuidado, cuidado» me dijo uno. «Resérvate lo que te voy a decir». Y mientras que yo callo lo que me dijo y lo creo secreto, él mismo no pudo callar lo que me pidió que callara; sino que se entregó, me entregó, y se fue.

Señor, protégeme contra esos servidores, contra esos hombres indiscretos: que no caiga en sus manos, y que no cometa yo faltas semejantes.

Ponme en la boca palabras buenas y sinceras; aleja de mí todas esas lenguas astutas. Absolutamente debo evitar lo que no quiero sufrir.

5. ¡Qué cosa tan buena, cuánta paz produce, el guardar silencio acerca de los demás, el no creer todo indiferentemente, el abstenerse de contarlos más adelante, el abrir su corazón a pocos, el buscarte continuamente a ti que miras los corazones, el no dejarse arrastrar como veletas por cualquier ra-

cha de palabras, el desear que todas las cosas íntimas del alma, y también todas las exteriores, se hagan conforme a tu voluntad!

¡Qué seguro es para guardar la gracia celestial el huir de aparecer entre los hombres, no deseando nada de esas cosas que exteriormente llaman la admiración, siguiendo con todo empeño las cosas que sirven para la enmienda de la vida y para la piedad!

¡A cuántos ha perjudicado la virtud divulgada, y antes de tiempo elogiada! ¡Cuánto provecho ha hecho la gracia guardada en secreto, en esta vida llamada «pura tentación y combate»!

Capítulo XLVI

CONFIANZA EN DIOS CUANDO NOS CRITICAN

1. *Cristo*: Hijo, no te menees, espera en mí. Al cabo ¿qué son las palabras sino meras palabras? Vuelan por el aire, sin hacerles mella a las rocas.

Si eres culpable, enmiéndate de buena gana. Si la conciencia no te remuerde, sufre las críticas por Dios y de buena gana también.

Es bastante poco que aguantes a veces palabras, ya que unos buenos azotes no puedes aguantar.

¿Por qué te llegan hasta el alma esas cosillas tan

pequeñas, sino porque eres todavía carnal, y haces demasiado caso de los hombres?

Como tienes miedo a los desprecios, no quieres que te reprendan por tus faltas, y así andas buscando sombrillas de disculpas.

2. Mírate más de cerca, y verás cómo todavía vive en ti el mundo, con el insensato deseo de dar gusto a los hombres.

Cuando rehuyes las humillaciones y confusiones por tus faltas, pruebas claramente que ni eres humilde de veras, ni estás de veras muerto al mundo, ni el mundo está crucificado para ti.

Tú oye mis palabras, y no harás ningún caso de infinitas palabras de los hombres.

Si contra ti se divulgaran todas las calumnias, ¿qué mal te hicieran si las dejaras correr sin importarte un bledo? ¿Podrían todos esos chismes arrancarte un solo pelo?

3. Mas el que no tiene su corazón recógido, ni a Dios ante sus ojos, fácilmente se menea al oír palabras de censura.

Por otra parte, el que confía en mí sin querer apoyarse en el juicio propio, ningún miedo les tendrá a los hombres.

Yo soy el juez sabedor de todos los secretos: sé cómo pasó la cosa, quién hizo la injuria, y quién la recibió.

De mí salió esa palabra, yo permití que tal cosa sucediera, «para que se revelaran los secretos pensamientos de muchos corazones».

Yo juzgaré al culpable y al inocente; pero por juicio oculto quise antes probar a los dos.

4. El testimonio humano es a menudo falaz; mi juicio se apoya en la verdad; se sostendrá, y no lo echarán abajo.

Mi juicio es generalmente oculto; pocos en cada caso lo ven; pero jamás es errado, ni puede serlo, aunque a gente insensata le parezca torcido.

Por eso, debe recurrirse a mí en todo juicio, sin apoyarse en el propio sentir.

El justo no perderá la tranquilidad, «mándele Dios lo que quiera». Aunque se diga de él algo injusto, poco le importará.

Tampoco se alegrará vanamente cuando lo disculpen otros con buenas razones, porque considera que yo juzgo examinando las entrañas y el corazón, sin atender a la cara ni a las apariencias humanas.

Con frecuencia aparece a mis ojos culpable lo que a juicio de hombres parece laudable.

5. *El alma fiel*: Señor Dios, juez justo, fuerte y paciente; tú que conoces la fragilidad y pequeñez humanas, sé mi fuerza y mi entera confianza, porque mi conciencia no me basta.

Tú sabes lo que yo no sé; por eso debo humillarme cuando me reprenden, y sufrir las represiones con mansedumbre.

Perdóname todas las veces que haya faltado en esto, y dame la gracia de aguantar mejor.

Prefiero tu gran misericordia para la obtención

del perdón, a mi supuesta justicia basada en mi recta conciencia.

«Aunque la conciencia no me remuerde de nada», no puedo justificarme con eso. Porque, «si se quita tu misericordia», ningún ser viviente podrá justificarse.

Capítulo XLVII

TODO LO PESADO DEBE AGUANTARSE POR LA VIDA ETERNA

1. *Cristo*: Hijo, que los trabajos que por mi causa has emprendido no vayan a quebrantar tu ánimo; que jamás te abatan las tribulaciones. Que mi promesa te de fuerzas y consuelo en todos los acontecimientos.

Soy capaz de recompensarte sobre todo modo y toda medida.

No trabajarás aquí largo tiempo, ni estarás siempre agobiado de dolor. Espera tantito, y verás qué pronto se acaban todos estos males. Llegará una hora en que se acabarán trabajos y turbaciones.

Es poco y dura poco todo lo que con el tiempo acaba.

2. Haz bien lo que hagas. Trabaja honradamente en mi viña: yo mismo seré tu recompensa.

Dedícate a escribir, a leer, a cantar; llora, calla, reza; aguanta como hombre las adversidades, que la vida eterna vale todas esas penas y otras peores todavía.

Llegará la paz un día que sólo el Señor sabe. Entonces ya no habrá día y noche de éstos de ahora, sino continua luz, claridad infinita, paz imperturbable, reposo seguro.

No dirás entonces: «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» Tampoco te quejarás, diciendo: «¡Ay de mí, cuánto se alarga mi destierro!» Porque la muerte será despenada, y la salvación será segura; no habrá entonces ansiedad ninguna, sino alegría dulcísima, amable y honorable compañía.

3. Si pudieras ver el eterno premio que los bienaventurados gozan en el cielo, si pudieras ver de cuánta gloria están gozando ahora los que en otro tiempo parecían al mundo despreciables y hasta indignos de vivir, seguramente hasta la tierra te humillarías, prefiriendo estar sujeto a todos que mandando a uno solo. No desearías días alegres aquí en el mundo; antes bien gozarías de sufrir tribulaciones, y hasta tendrías por grandísima ganancia el ser tenido en nada entre los hombres.

4. ¿Te atreverías a quejarte una sola vez, si estas consideraciones rumiaras, y hasta el fondo del corazón te penetraran?

¿Verdad que se deben aguantar todos los trabajos por alcanzar la vida eterna?

Ganar o perder el reino de Dios no es una cosa de poca importancia.

Alza los ojos al cielo. Aquí estamos yo y todos los santos. Ellos pelearon en el mundo reñidas batallas; pero ahora están gozando, ahora están llenos de consuelo, están seguros, están descansando; estarán eternamente conmigo en el reino de mi Padre.

Capítulo XLVIII

ETERNIDAD FELIZ; VIDA MISERABLE

1. *El alma fiel*: ¡Oh, vida felicísima en la ciudad de allá arriba! ¡Oh, día espléndido de la eternidad, sin oscuridades nocturnas, continuamente alumbrado por la verdad suprema: día siempre lleno de alegría, día siempre seguro, sin alternativas o cambios ningunos!

¡Ojalá que ese día ya hubiera despuntado por entre estas tinieblas, y que todas estas cosas transitorias ya hubieran pasado!

Ese día ya baña a los santos con su claridad infinita y eterna; mas a los que aún peregrinan por este mundo apenas les llegan unos lejanos y pálidos rayos a través de niebla densísima.

2. Bien sienten los ciudadanos celestes qué feliz es aquella; tristemente lloran los desterrados hijos

de Eva por las grandes amarguras y fastidio de ésta.

Sí, los días de esta vida son «pocos y tristes», todos llenos de dolor y de ansiedad.

Días en que la humanidad se mancha de muchos pecados, en que muchas pasiones la avasallan, muchos temores la perturban, muchos cuidados la tienen distraída, muchas curiosidades llaman su atención, muchas vanidades la deslumbran, muchos errores la envuelven por todas partes, muchas fatigas la quebrantan, las tentaciones la acosan, los placeres la enervan, la miseria la tortura.

3. ¿Cuándo terminarán tantos males? ¿Cuándo me veré libre de la horrible esclavitud de los vicios? ¿Cuándo, Señor, pensaré sólo en ti? ¿Cuándo seré plenamente dichoso en ti?

¿Cuándo poseeré sin trabas ningunas la libertad verdadera, sin embarazo ninguno en el alma y en el cuerpo?

¿Cuándo habrá paz sólida, paz imperturbable y segura, paz interior y exterior, paz plenamente afianzada?

¡Oh, buen Jesús! ¿Cuándo llegaré a verte? ¿Cuándo contemplaré la gloria de tu reino? ¿Cuándo serás para mí todo en todas las cosas?

¡Oh! ¿Cuándo estaré contigo en tu reino, en ese reino que desde toda la eternidad para tus escogidos destinaste?

Estoy abandonado, pobre y desterrado, en tierra de enemigos, donde diariamente se combate y enormes calamidades nos acaban.

4. Consuélame en este destierro, mitiga mi dolor, pues todos mis suspiros se elevan hacia ti.

Todo consuelo que este mundo me da, es para mí, puro fastidio.

Deseo gozarte con mi alma, pero no puedo abrazarte.

Querría estar apegado a las cosas celestiales; mas las cosas terrenales y mis pasiones inmortificadas a la tierra me atraen.

Con el alma querría sobreponerme a todas las cosas; con la carne, me veo forzado a sujetarme a ellas.

Así yo, hombre infeliz, estoy en guerra contra mí mismo, «y me he hecho molesto a mí mismo», pues el espíritu quiere subir, y la carne bajar.

5. ¡Oh, qué pasa en mi interior, que al estar considerando con la mente las cosas del cielo, una chusma importuna de pensamientos carnales me asedia!

¡Dios mío, de mí no te retires, ni te apartes con ira de éste tu esclavo!

Lanza un rayo de tu luz, y disípalos; huyan despavoridas todas esas diabólicas fantasías.

Recoge mis sentidos hacia ti; haz que eche en olvido todo lo mundano, que desprecie pronto y rechace todas esas calenturientas imaginaciones sensuales.

Socórreme, verdad eterna; que ninguna vanidad triunfe de mí.

Ven, dulzura del cielo; lanza fuera de mí toda impureza.

Perdóname y olvida misericordioso todas las veces que en la oración piense en algo que no seas tú.

Te confieso con toda verdad que generalmente tengo muchas distracciones.

Muchas veces no estoy donde mi cuerpo está parado o sentado, sino donde la imaginación me ha llevado.

Estoy donde está mi pensamiento; y mi pensamiento está frecuentemente donde está el objeto de mi amor.

Pronto me ocurre lo que por naturaleza o por costumbre me gusta.

6. Por lo cual, oh verdad, nos dijiste claramente: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón». Si tengo amor al cielo, en cosas celestes me gusta pensar.

Si tengo amor al mundo, de las prosperidades mundanas me alegro, de sus adversidades me aflijo.

Si tengo amor a la carne, cosas carnales me imagino a menudo.

Si amo al espíritu, en cosas espirituales me deleito en pensar.

Me encanta hablar de lo que amo, y oír hablar de eso mismo, trayendo a casa tales pensamientos.

Pero dichoso, o Dios mío, aquel hombre que todas las criaturas expulsa por tu amor; el que hace violencia a su naturaleza reprimiendo sus concupiscencias con el ardor del espíritu, para ofrecerte

con tranquila conciencia una oración pura, haciéndose digno de asistir a los coros de los ángeles, prescindiendo de todo lo terrenal, tanto en el interior de su alma como fuera de ella.

Capítulo XLIX

ANHELO POR LA VIDA ETERNA; PREMIO PROMETIDO A LOS LUCHADORES

1. *Cristo*: Hijo, al sentir que de arriba se te infunde el deseo de la eterna felicidad, deseando salir de la temporal habitación de este cuerpo para poder contemplar mi claridad sin sombra ninguna de alternativa, abre el pecho y recibe con todo ardor esa inspiración santa.

Da gracias muy fervientes a la bondad de las alturas, porque te trata con tanta clemencia, porque viene graciosamente a visitarte, porque te estimula ardientemente, te eleva poderosamente, para que no resbales por tu propio peso hasta venir a caer en las cosas terrenales.

En realidad no obtienes tal deseo por tu propia meditación y esfuerzo, sino únicamente por la bondad de la gracia celeste y la atención divina, para que con mayor humildad prograses en las virtudes, y te prepares a luchas peores, para que pongas todo

tu empeño en permanecer unido a mí con todo el ardor de tu corazón, sirviéndome con férvida voluntad.

2. Hijo, prende el fuego, pero la llama no suele subir sin humo. Así también suben hacia el cielo los anhelos de varios, sin estar libres de la impureza de los afectos carnales. Por esa misma razón tampoco intentan el puro honor de Dios en lo que con tanto anhelo le piden. Así son frecuentemente tus deseos que ya indicaste serían tan importunos.

No es puro ni perfecto lo que de interés propio está infecto.

3. No pidas lo que te guste y te acomode, sino lo que a mí me guste y me honre; porque el recto juicio te hará preferir mis órdenes a tus deseos y a cuantas cosas deseas, y observarlas.

Conozco tus deseos; he oído tus frecuentes gemidos. Ya querías vivir en la libertad gloriosa de los hijos de Dios; ya te deleita la patria celeste, la mansión eterna desbordante de felicidad. Sí, pero no llega esa hora todavía. Este es tiempo diferente, tiempo de guerra y de prueba.

Querías hartarte del bien supremo; pero no lo puedes lograr ahora. Yo soy ese bien supremo; espérame hasta que venga el reino de Dios.

4. Todavía tienes que ser probado en la tierra y pasar por muchos ejercicios.

Se te darán consuelos de cuando en cuando; mas la plena saciedad no se te concederá.

«Fortalécete, pues, y cobra bríos», así en el ha-

cer como en el padecer cosas que a la naturaleza contrarían.

Necesitas revestirte de nueva humanidad, y en hombre diferente cambiarte.

Necesitarás muchas veces hacer lo que no quieras, y lo que quieras, dejarlo.

Lo que a otros agrade, se seguirá; lo que a ti te guste, de allí no pasará.

Lo que otros digan se escuchará; de lo que tú digas, ningún caso harán. Otros pedirán, y se les dará; tú pedirás, y nada conseguirás.

De otros se harán lenguas los hombres; de ti no se dirá nada.

A otros se encargará esto y aquello; a ti te crearán bueno para nada.

A veces se contristarán la naturaleza por tales cosas, y mucho será, si el silencio lo puedes sufrir.

En estas cosas y otras muchas semejantes se suele probar la fidelidad del siervo de Dios, cuánta abnegación tenga, y si en todo se podrá vencer.

Apenas hay cosa en que tan fuertemente necesitas mortificarte como en abrazar y sufrir lo que a tu voluntad contraría; sobre todo cuando se mandan cosas incómodas que a ti te parecen de poca utilidad. Como no te atreves a resistir a la voluntad del superior bajo cuya obediencia estás, duro te parece el moverte al arbitrio ajeno dejando todos tus modos de ver.

5. Pero, medita, hijo, el fruto de tales trabajos, su pronto fin, su premio enormemente grande, y no

sentirás pesar, sino intenso consuelo del alma por tu paciencia.

En cambio de unas cuantas veces que abandonas tu voluntad sobre la tierra, la harás eternamente en el cielo.

En efecto, allí encontrarás todo lo que quieras, todo lo que puedas desear: allí tendrás la posesión del bien total, sin temor ninguno de perderlo.

Allí tu voluntad, que será siempre la misma mía, jamás querrá nada extraño ni personal.

Allí nadie te hará oposición, nadie se quejará de ti, nadie te estorbará, nada será un obstáculo en tu camino: tendrás presentes al mismo tiempo todas las cosas que desees, te aquietarán todos los anhelos, y los colmarán hasta arriba.

Allí daré gloria por afrenta, alegría por pesar: trono real y eterno, por el último lugar.

Allí aparecerá el fruto de la obediencia, la penitencia laboriosa tendrá sus goces, y la humilde sujeción será coronada de gloria.

6. De manera que inclínate ahora bajo la mano de todos; no te preocupes de quien haya dicho u ordenado tal cosa.

Preocúpate muchísimo de recibir bien y de procurar hacer con sincera voluntad todo aquello que el superior, el inferior, el igual te hayan pedido o indicado que quieren.

Que unos busquen una cosa, y otros otra; que se ufane éste de esto y aquel de aquello, y se le den innumerables alabanzas. Tú no te ufanes ni de esto ni

de aquello; goza en ser despreciado, y en que a mí sólo se agrade y se honre.

Tu ardiente anhelo debe ser que con tu vida o con tu muerte, sea Dios en ti glorificado para siempre.

Capítulo L

LOS TRISTES DEBEN PONERSE EN MANOS DE DIOS

1. *El alma fiel*: Señor Dios, Padre Santo, bendito seas ahora y para siempre, porque se hizo lo que quisiste, y es bueno lo que haces.

Que tu siervo se alegre en ti, no en sí, ni en otro alguno; porque tú solo eres la alegría verdadera, mi esperanza, mi corona, mi gozo y mi honra, Señor.

¿Qué cosa tiene tu siervo sino lo que ha recibido de ti sin merecerlo? Tuyo es todo lo que has dado y has hecho. «Desde mi juventud soy pobre y vivo en mis trabajos». Mi alma se entristece a veces hasta salirle lágrimas; otras veces se espanta por la amenaza de mis furiosas pasiones.

2. Suspiro por obtener la paz; clamo por esa paz de los hijos de Dios que muestras con la luz de tu consolación.

Si concedes la paz a tu siervo, si derramas santa

alegría en su seno, su alma estará toda llena de armonía, y piadosa te ensalzará.

Pero, si te retiras, como tantas veces lo haces, no podrá correr por el camino de tus preceptos. No; antes se le doblan las rodillas y se da golpes de pecho; porque no le va como antes, cuando arriba brillaba tu lámpara, y de la furia de las tentaciones bajo la protección de tus alas se guarecía.

Padre justo y eternamente laudable, le ha llegado a tu siervo la hora de la prueba. Padre amable, es conveniente que tu siervo padezca algo por tu amor en esta hora.

Padre eternamente venerable, ha llegado la hora que desde la eternidad sabías que había de llegar en que exteriormente y por poco tiempo sucumba tu siervo, pero siguiendo vivo interiormente contigo.

Sí, tenía que llegar una hora en que fuera un poquito vilipendiado y humillado, y desfalleciera aparentemente ante los hombres, en que fuera hecho pedazos por sufrimientos y languideces.

Sí, pero a fin de resucitar contigo en la aurora de un nuevo día, y revestirse de luz entre los ciudadanos del cielo.

Padre Santo, así lo ordenaste, así lo quisiste; se cumplió lo que mandaste.

3. Es gracia que concedes a tus amigos, el sufrir y ser afligidos por tu amor en este mundo, siempre que tú quieras, y del que tú quieras.

Todo lo que pasa en la tierra es por plan y providencia tuyos, y con causa.

«Bueno es que me hayas humillado, Señor, para entender tus juicios», y también para despojarme de toda soberbia y altivez del espíritu.

Me aprovechó que la confusión haya cubierto mi rostro, para buscar mi consuelo más bien en ti que en los hombres.

También aprendí de allí a sentir pavora ante la insondable profundidad de tus juicios: cómo atribulas al justo con el pecador, mas no sin equidad y justicia.

4. Te doy gracias de no haberme escatimado el castigo de mis faltas; de haberme rasgado las carnes con terribles azotes, causándome dolencias, llenándome de angustias en el cuerpo y en el alma.

Entre todas las cosas que existen acá abajo del cielo no hay cosa alguna que me consuele. Solamente tú, Señor Dios mío, celeste médico de las almas, «que a la tumba haces bajar, y de allá vuelves a llamar».

Tu disciplina me educará, y tu vara me hará aprender.

5. Padre amado, estoy en tus manos: me inclino a recibir tus varazos de corrección. Azótame por la espalda y por la nuca, para que lo torcido en mí se enderece conforme a tu voluntad.

Conviérteme en discípulo piadoso y dócil, como tan bien sueles hacerlo, para que a una seña tuya te obedezca.

Entrego mi ser y todo lo mío a tu corrección. Es mejor sufrir represiones aquí que después.

Tú sabes todas y cada una de las cosas, sin que nada se te escape en los repliegues de la conciencia del hombre.

Sabes el futuro antes que venga, y no necesitas que nadie te avise o te advierta de lo que pasa en la tierra.

Tú sabes qué es lo que conviene a mi provecho, y qué buena es la tribulación para limpiar la herrumbre del vicio.

Haz conmigo el beneplácito de tu voluntad, cosa tan ardientemente deseada por mí. No mires con asco esta vida pecadora mía que nadie ve mejor ni más claramente que tú.

Concédeme, Señor, saber lo que debe saberse; amar lo que debe amarse; alabar lo que sumamente te agrada, apreciar lo que para ti es precioso, y sentir repugnancia por aquello que es sucio a tus ojos.

No me dejes juzgar conforme a la visión de los ojos corporales, ni sentir conforme al oído de las orejas de hombres insensatos; haz que discierna con recto juicio entre las cosas visibles y las espirituales; y, más que todo, haz que investigue continuamente qué es lo que te agrada.

6. Las facultades del hombre se engañan a menudo cuando juzga. Los enamorados del siglo se engañan también al amar nomás lo visible.

¿Será mejor un hombre porque otros lo crean mejor? El hombre falaz engaña a otro hombre falaz, el hombre vacío engaña a otro hombre casquivano, el hombre ciego, engaña a otro hombre ciego, el

hombre enfermo, engaña a otro hombre enfermo, cuando lo alaba. En realidad, más bien lo confunde cuando vanamente lo alaba. Pues como dice el humilde San Francisco: «el hombre es lo que a tus ojos es, y nada más».

Capítulo LI

HACER COSAS HUMILDES CUANDO NO SE PUEDEN HACER GRANDES

1. *Cristo*: Hijo, no eres capaz de estar continuamente inflamado en ardientes deseos de virtud, ni de permanecer en sublime contemplación. De vez en cuando necesitas descender a cosas más humildes, llevando sin querer y con fastidio la carga de esta vida corruptible, a causa de la corrupción original. Mientras lleves este cuerpo mortal, sentirás tedio y malestar en el alma.

Estando en carne, no se puede menos que gemir frecuentemente agobiado por el peso de la carne, por no poder dedicarse uno sin cesar a ocupaciones espirituales y a la divina contemplación.

2. En tales circunstancias te conviene buscar un refugio en la práctica de obras corporales y humildes, cobrando fuerzas con ellas, esperando con firme confianza mi llegada y la visita celeste, sufrien-

do con paciencia el destierro y la resequedad del alma, hasta que por fin te visite y te saque de todas las angustias. haré que olvides las fatigas, que goces **de la paz del alma.**

Te abriré los campos de las Escrituras, para que con el pecho lleno de aliento empieces a correr por el camino de mis preceptos.

Entonces comprenderás aquello: «No son proporcionados los sufrimientos de esta vida con la gloria futura que se manifestará en nosotros».

Capítulo LII

JUZGUEMONOS DIGNOS DE AZOTES Y NO DE CONSUELOS

1. *El alma fiel:* Señor, no merezco tus consuelos, ni tus visitas espirituales. De modo que me tratas justamente cuando me abandonas a la miseria y a la desolación.

Pues aunque derramara tanto llanto como el mar, no merecería tus consuelos. Demanera que yo sólo merezco azotes y castigos, pues muchas veces te he ofendido gravemente, y he faltado en muchas cosas. Luego pensando con justicia, hasta de la más pequeña consolación soy indigno. Pero tú, Dios misericordioso y clemente; tú que no quieres ver pere-

cer las obras de tus manos; sin ningún mérito suyo te dignas consolar a tu siervo sobre toda manera humana, a fin de mostrar los tesoros de tu bondad que sobre tus vasos de misericordia derramas; pues tus consolaciones no son como las humanas consolaciones.

2. ¿Qué he hecho, Señor, para que me des cualquier consuelo celeste?

No me acuerdo haber hecho nunca nada bueno; sólo haber sido siempre inclinado a los vicios, y flojo para la enmienda. Esto es cierto, y no lo puedo negar. Si otra cosa dijera, tú me acusaras, sin haber quien me defendiera.

¿Qué otra cosa he merecido por mis pecados que el infierno con su fuego sempiterno? Sinceramente confieso merecer toda clase de burlas y desprecios, y ser indigno de vivir entre tus devotos. Y aunque no me guste oírlo, voy a echarme en cara mis pecados, poniéndome al lado de la verdad, para alcanzar tu misericordia con mayor facilidad.

3. ¿Qué voy a decir yo? ¿Qué dirá este culpable lleno de confusión? No tengo boca para decir sino esto: he pecado, Señor, he pecado; ten misericordia de mí; perdóname.

Déjame «llorar mis dolores un poquito, antes de partir hacia aquella tierra envuelta en tinieblas, cubierta con la sombra de la muerte».

¿Qué cosa exiges con tanto rigor del culpable y miserable pecador, como la contrición y la humillación por sus pecados?

De la contrición verdadera y humillación sincera del alma nace la esperanza del perdón; la turbia conciencia se aquieta, la gracia perdida se recupera, se protege el hombre contra la ira futura. Por fin Dios y el alma arrepentida se encuentran y se dan el ósculo santo.

4. La humilde contrición del pecador es un sacrificio que tú aceptas, Señor: es un sacrificio para ti más suave que el perfume del incienso.

Es también aquel ungüento suave que sobre tus pies aceptaste que se derramara; porque jamás has desdeñado los corazones compungidos y humillados.

Allí está el refugio contra los ataques del enemigo. Allí se corrige y se lava todo aquello que se deformó y se manchó.

Capítulo LIII

QUE LA GRACIA DE DIOS NO SE DA A GENTE CARNAL

1. *Cristo:* Hijo, mi gracia es cosa preciosa. No consiente que se la mezcle con cosas extrañas, ni a consuelos terrenales. Si quieres recibir su infusión, necesitas desembarazar tu alma de todo aquello que pudiera estorbarla.

Vete a un lugar solitario, ama el estar solo contigo mismo, no hables con ninguno: eleva a Dios fervida plegaria, para que tengas traspasado de dolor el corazón, y pura la conciencia.

No tengas en nada al mundo entero; prefiere ocuparte en Dios que en todas las cosas del mundo exterior.

No podrás dedicarte a mí, si te dedicas igualmente a las cosas transitorias. Necesitas irte lejos de conocidos y amigos, y tener el alma apartada de todo consuelo de la tierra. Así, recomienda el apóstol San Pedro a los fieles de Cristo que guarden la debida continencia como extranjeros y viajeros errantes por el mundo.

2. ¡Oh, cuánta confianza tendrá el moribundo que ninguna criatura retiene en el mundo!

Pero ese desprendimiento completo del corazón de todas las criaturas no lo entiende todavía el espíritu enfermo; ni el hombre carnal entiende la libertad del hombre espiritual.

Empero, si quieres ser de veras espiritual, tendrás que renunciar igualmente a lo que esté lejos y a lo que esté cerca, y de nadie tener más precaución que de ti mismo.

Si llegaras a la victoria total sobre ti mismo, con mayor facilidad someterías todo lo demás bajo tu imperio. Porque la victoria total es el triunfo sobre uno mismo.

El verdadero triunfador de sí mismo, el señor del mundo, es aquel que se tiene dominado a sí

mismo, de modo que sus sentidos obedezcan a la razón, y la razón me obedezca en todo a mí.

3. Si aspiras a subir a ese vértice, necesitas comenzar varonilmente, dando hachazos a la raíz, para arrancar y acabar con la inclinación oculta y desordenada a ti mismo y a todo bien personal y natural.

De este vicio, es decir, del amor desordenado que el hombre se tiene, nace casi todo aquello que debe arrancarse de raíz. Una vez domado y arrancado ese vicio, vendrán luego gran paz y tranquilidad,

Pero como pocos se esfuerzan por adquirir la perfecta mortificación propia, sin tender totalmente hacia fuera de sí, se quedan todos enredados en sus pasiones, sin poder elevarse sobre sí mismos con el espíritu.

Mas el que desee caminar libremente conmigo necesita mortificar todos sus afectos torcidos y desordenados, y no apegarse con ardor a ninguna criatura, amándola por sí misma y no por Dios.

Capítulo LIV

DIVERSAS INCLINACIONES DE LA NATURALEZA Y DE LA GRACIA

1: *Cristo*: Hijo, examina con atención los movi-

mientos de la naturaleza y los de la gracia; pues dichos movimientos son muy opuestos, pero también tan sutiles que apenas los puede distinguir el hombre espiritual de inteligencia iluminada.

Es que todos desean el bien, y algún bien intentan en lo que dicen y hacen. La apariencia del bien es lo que engaña a muchos.

La naturaleza es astuta: a muchos los arrastra, los coge en sus lazos, los seduce: ella es siempre su propio fin.

La gracia es sencilla, huye de toda forma de mal, no tiende lazos a nadie, todo lo hace puramente por Dios, en quien descansa como en su fin.

2. La naturaleza tiene horror a la mortificación, a la represión de sus inclinaciones, al vencimiento propio, a la obediencia y a la sujeción.

La gracia ama dedicarse a la mortificación propia, resiste a las pasiones carnales, ama la sujeción, el vencimiento propio; no quiere hacer uso de la propia libertad, le gusta estar sujeta a la disciplina, no quiere dominar a nadie, desea vivir, estar, conservarse siempre sujeta a Dios; y por amor de Dios está dispuesta a inclinarse con humildad ante toda humana criatura.

La naturaleza trabaja por su propio interés, calculando qué ventaja podrá sacar del otro. La gracia no se fija en su utilidad y ventaja, sino en el provecho común.

La naturaleza recibe gustosa los honores y el respeto.

La gracia da fielmente a Dios toda la honra, toda la gloria.

3. La naturaleza teme las confusiones y los desprecios.

La gracia «goza de padecer afrentas por el nombre de Jesús».

La naturaleza ama la comodidad y el descanso corporal.

La gracia no puede estar sin hacer nada, y con gusto se dedica al trabajo.

La naturaleza quiere tener cosas curiosas y hermosas, y detesta lo bajo y lo burdo.

A la gracia le encanta lo sencillo y lo humilde, no rehúsa ásperas telas, ni se niega a usar ropa vieja.

La naturaleza mira a las cosas terrenales, se alegra de ganancias temporales, se aflige de perderlas, se irrita de cualquier palabrita ofensiva.

La gracia fija su atención en las cosas eternas, no se apega a las temporales, ni se aflige de perderlas, ni se exaspera de que le digan palabras bastante duras; porque ha depositado su tesoro y su alegría allá en el cielo, donde nada se pierde.

4. La naturaleza es codiciosa, y le gusta más recibir que dar, le gusta tener cosas propias y personales.

La gracia es compasiva y liberal, huye de lo singular, se contenta con poco, «juzga mayor dicha dar que recibir».

La naturaleza inclina a las criaturas, a la carne, a las vanidades, a andar de acá para allá.

La gracia empuja hacia Dios, hacia la virtud; renuncia a las criaturas, huye del mundo, abomina de los deseos carnales, restringe las salidas afuera, se ruboriza de aparecer en público.

A la naturaleza le gusta tener algún consuelo externo que deleite sus sentidos.

La gracia busca su consuelo únicamente en Dios, queriendo deleitarse solamente en el bien sumo, más que en cualquiera cosa visible.

5. La naturaleza hace todo por su propia ganancia y ventaja; no puede hacer nada de balde; por sus beneficios espera una compensación igual o mayor, o siquiera elogios o buena voluntad, deseando que sus dichos y hechos se ponderen mucho.

La gracia no busca ninguna cosa temporal, ni pide oro premio que a Dios solo, ni pide más bienes temporales necesarios que en aquella cantidad que le sirva para el logro de lo eterno.

6. La naturaleza se regocija de tener muchos amigos y parientes, se enorgullece de su nobleza y linaje, da gusto a los poderosos, adula a los ricos, aplaude a los que son del mismo modo.

La gracia ama a sus enemigos mismos, no se ufana de tener muchos amigos, no pondera su lugar de origen, ni su linaje; a no ser que haya habido allí una virtud más grande.

Favorece más al pobre que al rico, siente más

simpatía por el inocente que por el prepotente, congenia con el veraz, no con el falaz.

Estimula siempre a los buenos a aspirar a gracias más sublimes, y a parecerse al Hijo de Dios por sus virtudes.

La naturaleza pronto se queja de privaciones y molestias.

La gracia lleva con paciencia la miseria.

7. La naturaleza se convierte en el centro a donde convergen todas las cosas; alterca y lucha en defensa de sí misma.

La gracia vuelve a llevar todas las cosas a Dios, de quien tiene su origen; no se atribuye ningún bien, ni presume arrogantemente de él; no disputa, ni pretende que su opinión valga más que otras: en todo su sentir y entender se somete a la sabiduría eterna y al juicio de Dios.

La naturaleza quiere saber secretos y oír novedades; quiere aparecer afuera, y experimentar muchas cosas por medio de los sentidos; desea que la conozcan, y hacer cosas de donde le vengan elogios y admiración.

La gracia no cuida de noticias, ni de obtener cosas curiosas; pues todo eso proviene de la antigua corrupción, ya que no hay nada nuevo ni durable sobre la tierra.

Enseña, pues, el refrenamiento de los sentidos, a huir de la vana complacencia y ostentación, a ocultar humildemente lo digno de elogio y admiración, y a buscar en todas las cosas y en todas las ciencias

el provecho del prójimo y la honra y gloria de Dios.

No quiere que se la pregone a ella ni a sus cosas; anhela por que Dios sea bendito en sus dones, pues lo da todo por puro amor.

8. Esa gracia es cierta luz sobrenatural, cierta dádiva celestial y divina; es propiamente hablando la marca de los elegidos, la prenda de la eterna salvación. Esta gracia eleva al hombre de entre las cosas terrenales a enamorarse de las cosas celestiales: lo transforma de carnal en espiritual.

De manera que, cuanto más se reprima y se venza a la naturaleza, tanta mayor gracia se infunde; y con las nuevas infusiones de gracia de todos los días, el hombre interior se va conformando más y más a la imagen de Dios.

Capítulo LV

CORRUPCION DE LA NATURALEZA; FUERZA DE LA GRACIA

1. *El alma fiel*: ¡Oh, señor Dios que a tu imagen y semejanza me criaste, concédeme esa gracia que me has mostrado ser tan grande y tan necesaria para la salvación, para que triunfe por medio de ella de esta pésima naturaleza que me lleva al pecado y a la ruina!

Porque siento en mi carne una ley de pecado que contra la ley de mi espíritu guerrea, que me lleva cautivo como esclavo de mis sentidos en muchas ocasiones, sin poder resistir a sus pasiones sin la ayuda de tu gracia santísima ardientemente infundida dentro de mi corazón.

2. En verdad que se necesita tu gracia, y gracia grande, para poder triunfar de esta naturaleza inclinada constantemente al mal desde la niñez.

Pues una vez caída por culpa del primer hombre, de Adán, y por su pecado corrompida, la pena de semejante mancha se propagó en todo el género humano; de modo que esa naturaleza, que tú creaste buena y recta, ya se la considera como esencialmente viciada, como enfermedad misma de la naturaleza corrompida, a causa de que sus movimientos, si se abandonan a sí mismos, se arrastran siempre hacia lo malo, hacia lo más vil.

La poca fuerza que le ha quedado es como una pequeña chispa cubierta por la ceniza. Esa chispa es la razón natural en grandes oscuridades envuelta, todavía capaz de discernir entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, si bien incapaz de cumplir lo que aprueba, por no quedarle ya la plena luz de la verdad, ni tener salud en sus afectos.

3. De allí viene, Dios mío, que con el hombre interior me complazco en tu ley, convencido de que tus mandamientos son buenos, santos y justos, reprendiendo todo mal, admitiendo que debe evitarse el pecado.

Sin embargo, con la carne obedezco a la ley del pecado, siguiendo a la sensualidad y no a la razón. De donde hallo que la voluntad del bien está en mí, su ejecución no.

De allí viene que muchas veces hago buenos propósitos; pero al faltarme la gracia que ayuda a mi debilidad, luego por cualquier resistencia me hago atrás y desfallezco.

De allí que conozco el camino de la perfección, y veo con bastante claridad cómo debo portarme; mas oprimido del peso de mi propia corrupción no puedo subir a mayor perfección.

4. ¡Cuánto necesito de tu gracia, Señor, para empezar el bien, continuarlo y acabarlo!

Sin ti no puedo hacer nada; robustecido de tu gracia, puedo hacerlo todo contigo.

¡Oh gracia verdaderamente celeste, sin la cual ningún valor tienen nuestros merecimientos, ni valen nada nuestros mismos dones naturales!

Señor, sin la gracia nada valen las artes, ni las riquezas, ni la belleza, ni la fortaleza, ni el ingenio, ni la elocuencia. Los dones naturales son comunes a los buenos y a los malos. El don propio de los elegidos es la gracia o caridad; ésa los distingue, y los hace dignos de la vida eterna.

Tanta es la eminencia de esa gracia que ni el don de profecía, ni el de milagros, ni contemplación ninguna, por sublime que sea, valen nada, si ella falta.

Pero ni siquiera la fe, ni la esperanza, ni otra

virtud alguna son aceptables sin caridad y gracia.

¡Oh gracia beatísima que al pobre de espíritu enriqueces de virtudes, y al rico en muchos bienes lo haces humilde de corazón!

¡Ven hasta acá, lléname de consuelo en la mañana, para que mi alma no desfallezca de puro cansancio y sequedad espiritual!

Te suplico, Señor, que yo encuentre gracia a tus ojos; pues con tu gracia tengo, aunque no tenga nada de lo demás que la naturaleza codicia. Si fuere tentado y vejado de muchas tribulaciones, no tendré miedo de los males, si tu gracia estuviere conmigo.

La gracia es mi fortaleza: me aconseja y me ayuda.

La gracia es más poderosa que todos los enemigos; es más sabia que todos los sabios.

5. La gracia es maestra de la verdad, educadora en disciplina, luz del corazón, consuelo en los apuros, ahuyenta la tristeza, desaloja del alma el temor, alimenta la devoción, hace brotar las lágrimas.

¿Qué soy yo sin ella, sino un palo seco, un tronco que para nada sirve sino para tirarlo fuera?

«Que tu gracia se me anticipe, me siga, y me haga estar continuamente dedicado a buenas obras, por Jesucristo tu Hijo. Amén».

Capítulo LVI

RENUNCIEMONOS E IMITEMOS A CRISTO CON LA CRUZ

1. *Cristo*: Hijo, podrás pasarte a mí en la proporción con que puedas salir de ti.

La paz interior proviene de no desear nada exterior. Del mismo modo, el abandono interior de ti mismo produce la unión con Dios.

Quiero que aprendas la renuncia integral de ti mismo a mi voluntad, sin contraindicaciones ni murmuraciones.

Sígueme: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Sin camino no se va a ningún lado, sin verdad no se conoce, sin vida no se vive.

Yo soy el camino que debes seguir, la verdad que debes creer, la vida que debes esperar.

Yo soy el camino que no extravía, la verdad que no engaña, la vida que no se acaba.

Yo soy el camino derechísimo, la verdad suprema, la vida verdadera, la vida feliz, la vida increada.

Si sigues por mi camino, conocerás la verdad; la verdad te libertará y lograrás la vida eterna.

2. «Si quieres entrar a la vida, guarda los mandamientos». Si quieres conocer la verdad, créeme. «Si quieres ser perfecto, vende todo».

Si quieres ser mi discípulo, niégate. Si quieres

poseer la vida bienaventuradá, desprecia la presente.

Si quieres ser exaltado en el cielo, humíllate sobre la tierra. Si quieres reinar conmigo, lleva la cruz conmigo.

Solamente los súbditos de la cruz hallan el camino de la felicidad y de la luz verdadera.

3. *El alma fiel*: Señor Jesús, puesto que tu vida fue pobre y despreciada del mundo, concédeme imitarte en el desprecio del mundo.

«No es más grande el criado que el amo, ni el discípulo superior al maestro». Que tu siervo se ejercite en imitar tu vida. En eso está mi salvación y la santidad real.

Lo que leo u oigo fuera de tu vida no me robustece ni me deleita plenamente.

4. *Cristo*: Hijo, puesto que ya sabes estas cosas y las has leído todas, dichoso tú si las haces.

«Quien conoce mis preceptos y los guarda, ese es el que me ama, y yo me le manifestaré», y lo haré sentarse conmigo en el reino de mi Padre.

5. *El alma fiel*: Señor Jesús, que sea como dijiste y prometiste, y que llegue yo a merecerlo.

De tu mano recibí la cruz. Sí, la recibí y la llevaré hasta la muerte como tú me la pusiste.

Realmente, la vida del buen religioso es una cruz, pero una cruz que lleva al paraíso. Ya se comenzó; ni se puede retroceder, ni se la debe arrojar.

6. Vamos, hermanos míos, marchemos juntos, que Jesús estará con nosotros.

Por Jesús hemos recibido esta cruz, por el mismo Jesús perseveremos en la cruz. El será nuestro auxiliador, pues es nuestro capitán y predecesor.

Allí va nuestro rey a la vanguardia para combatir en defensa nuestra. Sigámoslo valerosos; que nadie se acobarde. Estemos dispuestos a morir valientemente en el combate; «no manchemos nuestra gloria» abandonando la cruz, y huyendo.

Capítulo LVII

NO DESALENTARSE DEMASIADO AL CAER EN FALTAS

1. *Cristo*: Hijo, me agrada más la paciencia y la humildad en la adversidad, que muchos consuelos y mucha devoción en la prosperidad.

¿Por qué te contrista una cosita que en contra de ti se dice? Aunque fuera mayor no debieras inquietarte. Déjala pasar: ni es la primera, si es cosa nueva, ni tampoco será la última, si vives todavía bastante tiempo.

Eres bastante hombre cuando ningún contra-tiempo te viene.

Eres bueno para dar consejos, y sabes darles valor a otros con tus palabras. Mas cuando una repentina tribulación llama a tu puerta, los consejos y la fuerza se te acaban.

Mira, pues, esa gran fragilidad tuya; esa fragilidad que con bastante frecuencia sientes ante pequeños obstáculos. pero cuando esas cosas y otras semejantes os acontecen, para vuestra salvación os acontecen.

2. Quítatela del corazón lo más pronto que puedas. Si te lastimó, no te abatas, ni te preocupes largo tiempo.

Aguántala por lo menos con paciencia, si no puedes llevarla con alegría.

Aunque oigas con poco gusto que te critiquen, y hasta sientas cólera, reprímete; no vayas a permitir que alguna palabra descompuesta, escandalosa para los pequeños, salga de tu boca. Pronto se calmará la agitación, y se suavizará el dolor interno cuando vuelva la gracia.

Todavía estoy vivo y preparado para ayudarte, y consolarte más de lo ordinario, si confías en mí, y férvidamente me invocas.

3. Procura tener más ecuanimidad, y alistarte a aguantar más.

No está todo frustrado por sentírte a menudo atribulado, o gravemente tentado. Eres hombre y no Dios. Eres carne, y no ángel.

¿Cómo podrás tú estar continuamente en el mismo estado de virtud, cuando ni el ángel en el cielo, ni el primer hombre en el paraíso estuvieron?

Yo soy el que levanta el ánimo de los tristes, y a los que reconocen su debilidad los elevo a las alturas de mi divinidad.

4. *El alma fiel*: Señor, benditas sean tus palabras; esas palabras que a mis oídos son más dulces que la miel.

¿Qué hiciera yo, en tan grandes tribulaciones y angustias, si con tus palabras santas no me fortaleciera?

Con tal que llegue finalmente al puerto de salvación, ¿qué me importa cuáles sufrimientos y cuán grandes haya tenido?

Concédeme acabar bien; concédeme el paso feliz de este mundo al otro. Acuérdate de mí, Dios mío; por el camino recto llévame a tu reino. Amén.

Capítulo LVIII

NO INVESTIGAR COSAS PROFUNDAS, NI JUICIOS SECRETOS DE DIOS

1. *Cristo*: Hijo, cuídate de discutir acerca de materias profundas, y de juicios secretos de Dios: por qué se abandona a éste y se escoge a otro para una gracia tan grande; por qué se aflige tanto a uno, mientras que a otro se le exalta de modo tan eminente.

Tales cosas superan a toda capacidad humana; ninguna razón, ninguna discusión podrá bastar para investigar los juicios de Dios.

Cuando el enemigo te ponga tales pensamientos; o cuando ciertas personas curiosas te pregunten, respóndeles con aquella sentencia del profeta: «Justo eres, Señor; rectos son tus juicios». Y con aquello: «Los juicios del señor son verdaderos y justificados por sí mismos».

Mis juicios deben temerse, pero no discutirse; pues son incomprensibles al humano entendimiento.

Tampoco investigues, ni discutas, el mérito de los santos: cuál sea más santo, o cuál será mayor en el reino de los cielos. Tales cosas provocan frecuentes altercados y controversias inútiles, fomentan la soberbia y la vanagloria; de allí nacen envidias y discordias, porque el uno se empeña soberbiamente en anteponer un santo a otro, y el otro al revés.

Ningún provecho se saca de querer saber o investigar tales cosas; por el contrario, eso les disgusta a los santos, pues yo no soy Dios de discordia, sino de paz. Esa paz consiste más bien en la humildad verdadera que en la exaltación de sí mismo.

2. Cierta amor ardiente arrastra a algunos a venerar a unos santos más que a otros; pero tal afecto tiene más de humano que de divino.

Yo soy el creador de todos los santos: yo les di la gracia, yo los llevé a la gloria. Conozco los méritos de cada uno; me les anticipé con las bendiciones de mi amor.

Yo los predestiné antes de la eternidad de los si-

glos; yo los escogí de entre el mundo; no me escogieron ellos primero.

Yo los llamé por medio de la gracia, los atraje con la misericordia, los saqué avante por entre varias tentaciones. En su seno derramé magníficos consuelos, les di la perseverancia, premié su constancia.

3. Conozco desde el primero hasta el último; amo a todos con amor inefable.

A mí se me debe alabar en todos los santos; a mí se me debe bendecir sobre todas las cosas en cada uno de ellos, por haberlos predestinado y engrandecido tan gloriosamente, sin que para ello hubieran precedido ningunos méritos suyos.

El que desprecie a uno de mis pequeños, no honra tampoco al grande, pues yo hice al pequeño y al grande.

El que ofende a algún santo, también a mí me ofende y a los otros santos del reino de los cielos.

Todos son uno por el vínculo de la caridad; todos tienen el mismo sentir, el mismo querer, y todos se aman en uno.

4. Y lo que es todavía más sublime: a mí me aman más que a sí o a sus méritos. Arrebatados arriba de sí, y sacados fuera del amor a sí, se lanzan a amarme con todo su ser, y llenos de bienaventuranza reposan en ese amor.

No hay cosa que los pueda separar, ni hacer bajar; porque repletos de la eterna verdad arden en llamas de inextinguible caridad.

Callen, pues, esos hombres sensuales y carnales, y dejen de discutir del estado de los santos; esos hombres que sólo saben amar sus goces personales. Quitan y ponen conforme a su voluntad, no como le place a la eterna verdad.

5. En muchos es ignorancia; mayormente en aquellos que siendo poco iluminados, rara vez saben amar a alguien con puro amor espiritual.

Todavía se dejan arrastrar unos y otros por el afecto natural y la amistad humana; y como sienten de cosas terrenales, así se imaginan las cosas celestiales.

Mas hay una distancia incomparable entre los pensamientos de esos hombres imperfectos y los conocimientos que da la revelación celeste a hombres iluminados.

6. Hijo, guárdate, pues, de tratar curiosamente de cosas que superan tu ciencia. Antes cuida, procura con empeño, poder ser siquiera el más pequeño en el reino de los cielos.

Y todavía que alguno supiera qué santo es el más santo, o quién es el mayor en el reino de los cielos ¿qué provecho sacaría de tal conocimiento, si no se humillara ante mí por tenerlo y no se estimulara a dar mayor gloria a mi nombre? Mucho más agrada a Dios el que medita en la gravedad de sus pecados, y en la pequeñez de sus virtudes, en que lejos está de la perfección de los santos, que quien se mete en disputas sobre su grandeza o pequeñez. Es mejor invocar a los santos con férvidas plegarias

y lágrimas, implorando sus gloriosos sufragios con humildad, que entregarse a vanas investigaciones sobre sus secretos.

7. Los santos estarán bien contentos, si los hombres saben contentarse con lo que saben, suprimiendo insustanciales discursos.

Ellos no se glorían de sus propios méritos, porque ningún bien se atribuyen, sino todo a mí, que les he dado todo por mi amor infinito.

Tan llenos están del amor de Dios, y tan rebosantes de gozo, que no les falta nada de la gloria, ni puede faltarles nada de la felicidad.

Cuanto más sublimes en gloria son todos los santos, tanto más humildes son para sí mismos, y tanto más allegados y amados de mí.

Por eso está escrito que echaban sus coronas ante Dios, y «caían sobre sus rostros ante el Cordeiro, adorando al que vive por los siglos».

8. Hay muchos que preguntan cuál será el mayor en el reino de los cielos, ignorando si acaso merecerán contarse siquiera entre los más pequeños.

Es cosa grande el ser siquiera el más pequeño en el cielo; allá donde todos son grandes: porque todos serán llamados, y de veras serán, hijos de Dios. «Será el menor entre mil, y el pecador de cien años morirá».

Como los discípulos preguntaran al señor quién era el mayor en el reino de los cielos, esta respuesta escucharon: «Si no volvéis atrás, y os hacéis como

los niños, no entraréis en el reino de los cielos. El que se humille como este chiquito, será el más grande en el reino de los cielos».

9. ¡Ay de aquellos que se desdennan de humillarse como los chiquitos, porque la puerta del reino de los cielos es bajita, y no podrán caber por ella!

¡Ay también de los ricos, los cuales tienen aquí sus placeres! Cuando entren los pobres al reino de los cielos, ellos se quedaran afuera llorando.

Gozad, humildes; alegraos, pobres, porque vuestro es el reino de Dios; pero si camináis de acuerdo con la verdad.

Capítulo LIX

PONER EN DIOS TODA ESPERANZA Y CONFIANZA

1. *El alma fiel:* Señor, ¿cuál es la confianza que tengo en esta vida? ¿Cuál es mi mayor consuelo entre las cosas que miro bajo el cielo? ¿No eres tú, Señor Dios mío, cuya misericordia es infinita?

¿Dónde me ha ido bien sin ti? ¿Cuándo me pudo ir mal contigo?

Prefiero ser pobre por ti que rico sin ti.

Prefiero estar desterrado contigo en la tierra que poseer el cielo sin ti.

Donde tú estás, está el cielo. Donde tú no estás, allí están la muerte y el infierno.

Tú eres mi anhelo; por eso necesito suspirar por ti, gemir a ti, elevar mis súplicas a ti.

En fin, en ninguno puedo tener plena confianza de que con toda oportunidad me ayude en las necesidades; sólo en ti, mi único Dios.

Tú eres mi esperanza, tú eres mi confianza. Tú eres mi consolador fidelísimo en todas las circunstancias.

2. Todos buscan lo que les interesa: tú no pretendes más que mi salvación y mi progreso, tú haces que de todo me resulte bien.

Aunque me expones a diversas tentaciones y adversidades todo lo ordenas para mi utilidad. A ti, que sueles probar de mil modos a los que amas, en tales pruebas no se te debe amar y alabar menos que si me llenaras de consuelos celestiales.

3. Por tanto, Señor Dios, pongo en ti toda mi esperanza, todo mi refugio: a ti te confío todas mis tribulaciones y angustias; pues encuentro débil e inestable todo lo que miro fuera de ti.

Los muchos amigos no me servirán, los fuertes auxiliares no me podrán ayudar, los prudentes consejeros no podrán darme consejo útil, ni los libros de los maestros podrán consolarme, ni cosa alguna valiosa rescatarme, ni ningún lugar secreto y ameno podrá protegerme, si Tú personalmente no me excitas, me ayudas, me confortas, me consuelas, me instruyes y me guardas.

4. Efectivamente, todas las cosas que parecen conducir a la adquisición de la paz y de la dicha, estando tú ausente no valen nada, ni procuran en verdad ninguna dicha.

Tú eres, pues, el fin de todos los bienes, la sublimidad de la vida, la profundidad de la filosofía. La esperanza en ti sobre todas las cosas es el más intenso consuelo de tus servidores.

A ti elevo mis ojos, en ti confío, Dios mío, Padre compasivo. Bendice y santifica mi alma con bendiciones celestes, para que se convierta en santuario tuyo y trono de tu eterna gloria; que no se encuentre en tu templo santo cosa ninguna que ofenda a los ojos de tu majestad.

Conforme a la grandeza de tu bondad y a la mansedumbre de tu misericordia, mírame: escucha la plegaria de este pobre servidor tuyo que vive acá en lejanas tierras, en la región de la sombra de la muerte.

Protege y guarda el alma de este siervecillo tuyo por entre tantos peligros de esta vida mortal; dirígelo por el camino de la paz, acompañado de tu gracia, a la patria de la eterna claridad. Amén.

LIBRO IV

SACRAMENTO DEL ALTAR, AMABLE INVITACION A COMULGAR

Habla Cristo

«Venid a mí todos los que trabajáis y lleváis pesada carga, que yo os aliviaré.

»La carne que yo dé es mi carne, para vida del mundo.

»Tomad y comed: éste es mi Cuerpo que será entregado por vuestro bien. Haced esto en memoria mía.

»El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en mí, y yo en él.

»Las palabras que os he dicho son espíritu y vida».

Capítulo I

CON SUMO RESPETO DEBE RECIBIRSE A CRISTO

Habla el discípulo

1. Estas palabras son tuyas, oh Cristo, oh eterna verdad, aunque no las haya dicho todas en la misma ocasión, ni estén escritas todas en un mismo lugar. Como son tuyas, y como son verdad, debo recibirlas todas con gratitud y con fe.

Son tuyas, porque tú las dijiste, pero también son mías, porque para mi salvación las proferiste.

Con delicia las recibo de tu boca, para que penetren más hondo en mi corazón. Palabras tan amables, rebosantes de amor y de dulzura me enardecen; pero mis pecados personales me aterran; y de recibir tan grandes misterios mi impura conciencia me ahuyenta. La dulzura de tus palabras me llama; la muchedumbre de mis vicios con su peso me tiene oprimido.

2. Me mandas acercarme a ti confiadamente, si quiero tener parte contigo; me mandas recibir el alimento de la inmortalidad, si deseo alcanzar la vida eterna y la gloria.

Tú nos dices: «Venid a mi todos los que trabajáis y lleváis pesada carga, que yo os aliviare». ¡Qué dulces y amables suenan en los oídos del pecador

estas palabras con que tú, Señor Dios mío, convidas al desvalido y pobre a recibir la comunión de tu Cuerpo sacrosanto!

Pero, ¿quién soy yo, Señor, para tener la osadía de arrimarme a ti? Mira cómo no cabes en los cielos de los cielos, y sin embargo, nos dices: «Venid a mí todos».

3. ¿Qué significa esta condescendencia bondadosísima, esta invitación tan amorosa?

¿Cómo tendré el atrevimiento de arrimarme, yo que no siento tener nada bueno que pudiera darme ánimo?

Yo que con tanta frecuencia he ofendido tu rostro amabilísimo, ¿cómo te haré pasar a mi casa?

Los ángeles y los arcángeles ante ti se postran reverentes; tiemblan los santos y los justos. Sin embargo, tú insistes: «Venid todos a mí». Si tú no lo dijeras, ¿quién podría creer que era cierto? Y si tú no lo mandarás, ¿quién intentaría acercarse?

4. Mira cómo Noé, aquel justo varón, gastó cien años en la construcción del Arca, para salvarse con unos cuantos en ella; ¿podré yo prepararme en una hora a recibir con respeto al artífice del mundo?

Moisés, aquel gran servidor e íntimo amigo tuyo, mandó hacer un arca de madera incorruptible, que después hizo revestir de oro purísimo, para guardar en ella las tablas de la ley; ¿podré yo, po-drida criatura, animarme tan fácilmente a recibir al legislador y autor de la vida?

Salomón, sapientísimo entre los reyes de Israel, en siete años levantó un templo magnífico para engrandecer tu nombre.

Durante ocho días, consecutivos celebró la fiesta de la dedicación, sacrificó mil hostias pacíficas, y por fin, al sonoro toque de la trompeta, con solemnidad y gran alegría puso el arca de la alianza en su lugar.

Y yo, desdichado, el más miserable de los hombres, que apenas puedo pasar devotamente alguna media hora, ¿cómo te haré entrar en mi casa? ¡Y ojalá que siquiera una vez pasara media hora más o menos con devoción!

5. Dios mío, ¡cuánto se empeñaron ellos por agradarte! ¡Ay, qué poquito es lo que yo hago! ¡Qué corto tiempo gasto en disponerme a comulgar! ¡Rara vez todo recogido, rarísima vez totalmente libre de distracciones!

Y ciertamente, en la salvadora presencia de tu deidad no debiera ocurrirme ningún pensamiento inoportuno, ninguna criatura debiera ocupar mi atención: porque no es a un ángel, sino al Señor mismo de los ángeles, a quien voy a recibir como huésped.

6. Sin embargo, hay infinita distancia entre el arca de la alianza con sus memorias, y tu Cuerpo purísimo con sus virtudes inefables; entre aquellos sacrificios de la antigua ley, meros tipos del sacrificio futuro, y la real hostia de tu Cuerpo, fin y remate de todos aquellos sacrificios antiguos.

7. ¿Por qué, pues, no me enardezco más en tu presencia adorable? ¿Por qué no me preparo con más empeño a recibir tu santidad, cuando aquellos patriarcas, profetas, reyes y príncipes de la antigüedad, ellos con todo el pueblo, tan grande celo demostraron tener por el culto divino?

8. El fervoroso rey David bailó con toda la alegría de su alma, en la presencia del arca, recordando los beneficios hechos en tiempos atrás a sus mayores; mandó hacer instrumentos músicos de varias clases, compuso salmos, y dispuso que se cantaran con júbilo; él mismo los cantaba a menudo, acompañándose de la cítara, al soplo de la gracia del Espíritu Santo; enseñó al pueblo de Israel a alabar a Dios con toda el alma, a ensalzarlo y bendecirlo cada día en armonioso concierto de voces.

Si tanto fervor se tenía entonces, si con tanta gratitud se recordaban los beneficios de Dios a la vista del arca de la alianza, ¿cuánta piedad no debemos tener, yo y todo el pueblo cristiano, en la presencia del sacramento, en la recepción del divinísimo cuerpo de Cristo?

9. Corren muchos a diversos lugares para venerar las reliquias de los santos, admirados oyen contar sus vidas, recorren y miran aquellos santuarios vastos y magníficos, besan aquellos huesos sagrados envueltos en telas de seda y oro.

Y tú estás presente a mí, aquí sobre el altar: ¡Tú, Dios mío, santo de los santos, creador de los hombres, Señor de los ángeles!

Muchas veces lo que a los hombres mueve a ir a ver tales cosas es la curiosidad, la novedad de cosas que no han visto; por eso vuelven a casa con poco fruto, principalmente cuando se anda de acá para allá con tanta ligereza, sin contrición verdadera.

Pero aquí en el sacramento del altar estás presente todo, Dios mío y hombre, Cristo Jesús; aquí donde se percibe copioso fruto de salvación eterna siempre que digna y devotamente se te recibe.

Y a este sacramento no lleva la curiosidad, ni la ligereza, ni la atracción de los sentidos: lo que a él lleva es la fe firme, la esperanza segura, la caridad sincera.

10. ¡Oh Dios, creador invisible del universo mundo! ¡Qué maravillosamente obras con nosotros, y qué llenas de gracias son tus disposiciones respecto a tus elegidos, a quienes te ofreces para que te reciban!

Esto trasciende toda inteligencia; esto atrae singularmente los corazones de las personas piadosas y las hace arder en tu amor.

Tus fieles, los cristianos verdaderos, los que procuran enmendar toda su vida, en este sacramento excelso reciben a menudo ardiente gracia de devoción y abrasado amor a la virtud.

11. ¡Oh maravillosa y misteriosa gracia de este sacramento, sólo conocida de los fieles servidores de cristo; gracia que los infieles, los esclavos del pecado jamás pueden sentir!

En este sacramento se infunde gracia al espíritu,

se repara en el alma la fuerza perdida, y recobra su belleza por el pecado empañada.

Es a veces tan potente esta gracia, que a causa de la plenitud de la piedad que se infunde, no solamente el alma, el mismo cuerpo miserable, siente recibir fuerzas mayores.

12. Dolor acerbo debe causar, y también confusión, nuestra negligencia y tibieza; porque no nos arrastra una devoción más ardiente a recibir a Cristo, en quien está toda la esperanza y el mérito de los que han de salvarse.

Cristo es nuestra santificación y nuestra redención; es el consuelo de los viajeros por este mundo; es el gozo sempiterno de los santos.

Luego debe causar vivo dolor que muchos hagan tan poco aprecio de este misterio de salvación, alegría del cielo y sostén del universo entero.

¡Oh, qué ceguedad de este corazón humano, qué dureza la suya, que no solamente no presta mayor atención a este don tan inefable, sino que del uso diario aun llegue a no advertirlo!

13. Porque si un solo sacerdote, y en un solo lugar del mundo, celebrara y consagrara este sacramento santísimo, ¿qué gran deseo no tendrían las gentes de acudir a ese lugar, y a ese sacerdote de Dios, para verlo celebrar los divinos misterios?

Pero ahora hay muchos ordenados sacerdotes en el mundo, y se ofrece a Cristo en muchos lugares, para que la gracia y el amor que Dios tiene a la humanidad se vean ser tanto más grandes, cuanto más

difundida se halla la sagrada comunión por el mundo.

Gracias, bondadoso Jesús, pastor eterno, por haberte dignado de nutrirnos con tu cuerpo y sangre preciosos; a nosotros infelices desterrados, invitándonos con tus mismas palabras a recibir estos misterios, al decirnos: «Venid a mí todos los que trabajáis y lleváis pesada carga que yo os aliviaré».

Capítulo II

EN LA EUCARISTIA SE ENCUENTRA LA GRAN BONDAD Y CARIDAD DE DIOS

Habla el discípulo

1. Señor, confiando en tu bondad y gran misericordia me arrimo, yo enfermo, a ti mi salvador; yo hambriento y sediento, a ti manantial de la vida; yo pobre, al Rey del cielo; yo esclavo, a ti mi señor; yo criatura, a ti mi Creador; yo triste, a mi amable consolador.

Pero ¿cómo es que tú vienes a mí? ¿Quién soy yo para que tú te me des a ti mismo? ¿Cómo se atreve este pecador a comparecer ante ti? Y tú, ¿cómo tienes la condescendencia de venir a la casa de este pecador?

Tú conoces a tu siervo; de manera que sabes que no tiene ninguna cosa buena por la cual le concedes esto.

Confieso mi vileza, reconozco tu bondad, ensalzo tu misericordia, te rindo acciones de gracias por tu caridad infinita.

Tú haces esto en atención a ti mismo, no por ningunos méritos míos, para que tu bondad sea más evidente, se me infunda mayor caridad, y tenga mayor motivo para cultivar la humildad.

Como esto es lo que quieres, y así mandaste que se hiciera, a mí también me agrada tu condescendencia, y ojalá que mis pecados no me lo impidan.

2. Dulcísimo y bondadosísimo Jesús, ¡cuánto respeto se te debe tener, qué gracias tan humildes, con alabanzas eternas, se te deben dar por la recepción de tu Cuerpo sacrosanto, cuya sublimidad ninguna criatura es capaz de explicar!

Pero ¿qué pensamientos deberé tener al ir a comulgar, al arrimarme a mi Señor, a este Señor que no puedo adorar tan profundamente como debo, y a quien, a pesar de todo, quiero recibir con sentimientos de devoción?

¿Podré acaso tener pensamientos más propios y saludables que los de mi total humillación ante ti, exaltándote infinitamente sobre mí?

3. Te alabo, Dios mío, y te exalto eternamente. Me desprecio, y me someto a ti desde el abismo de mi vileza.

Tú eres el santo de los santos; yo, la basura de los pecadores.

Tú te inclinas hacia mí que no merezco alzar los ojos a ti.

Tú vienes a mí, tú quieres estar conmigo, tú me convidas a este banquete. Me quieres dar el celeste alimento, me quieres dar a comer el angélico pan, ese pan que no es otra cosa que tú mismo que has bajado del cielo, y has dado vida al mundo.

4. ¡Cuánta condescendencia resplandece allá donde nace el amor! ¡Qué profundas acciones de gracias, qué alabanzas tan grandes se te deben dar por estos misterios!

¡Oh, qué saludable y útil fue tu plan de instituir estos misterios! ¡Qué dulce y alegre es este banquete en el cual te diste a ti mismo!

Señor, ¡qué maravillosa es tu acción, qué poderosa es tu virtud, qué inefable es tu verdad!

Cuando tú dijiste, todo quedó hecho: lo que tú mandaste, eso mismo se hizo.

5. Cosa maravillosa, pero digna de fe, no obstante superar la humana inteligencia: que tú, Señor Dios mío, verdadero Dios y verdadero hombre, estás contenido bajo las apariencias de tantito pan y vino, y que el que te recibe te come sin triturarte.

Tú, Señor del universo mundo, que no necesitas de nada ni de nadie, y has querido vivir entre nosotros en este sacramento: guarda mi cuerpo y mi alma libres de toda mancha, a fin de que con mayor frecuencia pueda celebrar tus misterios con la ale-

gría de la conciencia pura, recibiendo para mi eterna salvación este sacramento que instituiste principalmente para tu honra y memoria eterna.

6. Regocíjate, alma mía; dale gracias a Dios por este don tan generoso, por este consuelo extraordinario que se te ha dejado en este valle de lágrimas.

Siempre que recuerdas este misterio y recibes el cuerpo de cristo, renuevas la obra de la redención, y te haces partícipe de todos los merecimientos de Cristo.

El amor de Cristo nunca se enfría, y el tesoro de su expiación jamás se agota.

Por esa razón debes disponerte siempre a recibir este sacramento con la renovación continua del alma, considerando con profunda atención este salvador misterio.

Siempre que celebres misa, o la oigas, debe parecerte aquello una cosa tan grande, tan nueva y de tanta alegría, como si ese mismo día se hubiera Cristo hecho hombre, bajando al seno de la Virgen, o colgado de la cruz padeciera y muriera por la salvación de los hombres.

Capítulo III

LA COMUNION FRECUENTE ES PROVECHOSA

Habla el discípulo

1. Señor, mira cómo me acerco a ti para aprovechar tu don y regocijarme en este banquete sagrado que «en tu clemencia has preparado al pobre», oh Dios mío.

En ti se encuentra todo lo que puedo y debo desear: tú eres mi salvación, mi redención, mi esperanza y fortaleza, mi honra y mi gloria.

Señor Jesús, alegra este día el espíritu de tu servidor, pues he levantado mi alma hacia ti.

Deseo recibirte con piedad y respeto; anhelo por traerte a mi casa, para que merezca tu bendición como Zaqueo, y que me cuentes entre los hijos de Abraham.

Mi alma anhela por recibir tu Cuerpo; suspira mi corazón por unirse a ti.

2. Entrégate a mí, y con eso tengo; porque fuera de ti no hay consuelo que valga.

Sin ti no puedo existir, sin tus visitas no puedo vivir.

De modo que necesito acercarme a ti con frecuencia, recibéndote como remedio saludable; no sea que desfallezca por el camino, si del celeste manjar me veo privado.

Tú, Jesús clementísimo, una vez dijiste, cuando predicabas a las multitudes y de varios males los curabas: «No quiero despacharlos en ayunas, no sea que se caigan desmayados por el camino».

Eso mismo haz conmigo este día, pues te has quedado en el sacramento para consolar a tus fieles.

Tú eres dulce manjar del alma; el que te come del modo que debe será heredero y partícipe de la eterna gloria.

Yo, que con tanta frecuencia resbalo y caigo en pecado; yo que tan pronto me entibio y desfallezco, necesito renovarme, purificarme y enardecerme con la frecuente oración, confesión y comunión sagrada de tu Cuerpo; no sea que abandone mi santo propósito, si me abstengo largo tiempo de comulgar.

3. El corazón humano desde la niñez se inclina hacia el mal; y si el remedio divino no viene en su ayuda, a cosas peores resbala después.

De manera que la sagrada comunión aparta del mal y confirma en el bien.

Si ahora que comulgo, o celebro, soy muchas veces tan descuidado y tan tibio, ¿qué sería si no hiciera uso de este remedio, si no me valiera de una ayuda tan grande? Aunque no esté capaz todos los días, ni bien dispuesto para celebrar, me esforzaré por recibir a su debido tiempo los misterios divinos, haciéndome partícipe de gracia tan grande.

Este es el mayor consuelo del alma fiel durante su ausencia de ti, relegada como está en este cuerpo

mortal: el frecuente recuerdo de su Dios, la devota recepción de su amado.

¡Maravillosa condescendencia de tu misericordia respecto a nosotros cuando tú, Señor Dios, creador y vivificador de todos los espíritus, te dignas de venir a una pobrecilla alma con toda tu divinidad y toda tu humanidad!

¡Oh bienaventurada inteligencia, oh alma dichosa que merece recibir devotamente al Señor su Dios, llenándose de júbilo espiritual al recibirlo!

¡Oh, qué Señor tan grande recibe, qué huésped tan querido aloja en su casa, qué compañero tan agradable acoge, a qué amigo tan fiel da abrigo, qué esposo tan gallardo y tan noble recibe en sus brazos, al más amable de los amados y de todo lo amable!

¡Dulcísimo amado mío, que el cielo, la tierra, y todo su ejército en tu presencia enmudezcan! Porque todo lo bello y maravilloso que en sí contienen, de tu largueza lo tienen; y jamás llegarán a igualar tu infinita belleza, «tu infinita sabiduría».

Capítulo IV

MUCHOS BIENES RECIBEN LOS QUE DEVOTAMENTE COMULGAN

Habla el discípulo

1. Señor Dios, prepara a tu siervo con la dulzura de tus bendiciones, para que sea digno de acercarse devotamente a tu excelso sacramento.

Eleva mi corazón hacia ti; haz que sacuda esta pesada inercia. Visítame con tu salvación, para gustar de tu suavidad con mi espíritu, de esa dulzura que, aunque oculta, está aquí toda como en su fuente.

Alumbra también mis ojos para mirar misterio tan sublime; dame fuerzas para creerlo con fe libre de dudas.

Es acción tuya, no es potencia del hombre; es sagrada institución tuya, no es ningún invento humano.

No se halla a nadie que por sí sea capaz de entender, o tener una idea de estos misterios que trascienden la misma angélica agudeza.

Yo, pecador indigno, polvo y ceniza, ¿qué podré investigar y entender de misterio tan profundo y sagrado?

2. Señor, me arrimo a ti lleno de esperanza y de

respeto, con toda la sinceridad de mi corazón, con fe firme y sencilla, por orden tuya; yo creo sinceramente que tú, Dios y hombre, estás presente aquí en el sacramento.

Quieres que te reciba y me una a ti por el amor.

Por lo cual suplico a tu clemencia, imploro que se me infunda gracia especial para derretirme todo en ti, rebosar de amor, y no volver a entrometerme en buscar consuelos exteriores ningunos.

Este sacramento sublime y santísimo es salud del alma y del cuerpo, es remedio de todo mal del espíritu: con él se curan los vicios, las pasiones se doman, las tentaciones son vencidas o debilitadas, se infunde mayor gracia, la incipiente virtud sigue creciendo, la fe se afirma, la esperanza se asegura, la caridad se enardece y se difunde.

3. Dios mío, protector de mi alma, robustecedor de la debilidad humana, repartidor de todo consuelo interior: ¡cuántos bienes nos has concedido en este sacramento y sigues a menudo concediendo a esos amados tuyos que devotamente comulgan!

Derramas en su seno múltiples consuelos para endulzar sus muchas aflicciones; de lo profundo de su abatimiento los levantas haciéndolos esperar en tu protección; con gracia nueva robusteces sus corazones y los iluminas: de modo que ellos, que antes de la comunión se sentían llenos de angustia y sequedad, después de alimentarse con esta comida y bebida celeste, sienten sus almas con cambio en mejor.

Esto haces con tus elegidos, por su bien; para que claramente conozcan y realmente experimenten, cuánta es su natural debilidad y cuánta bondad y gracia reciben de ti.

Ellos son naturalmente fríos, duros, indevotos; tú los haces fervientes, blandos, devotos.

¿habrá quien se arrime al manantial de dulzura que de allí no saque tantita?

¿Habrá quien se arrime a un gran fuego que no se caliente un poquito? ¡Si tú eres una fuente llena siempre y desbordante, eres fuego siempre ardiente, el mismo eternamente!

4. Por lo cual, si no se me permite sacar agua de la «plenitud de la fuente», ni beber hasta sentirme saciado, voy a poner la boca a un agujerito de ese celeste canal, para sorber siquiera una gotita que mitigue mi sed; no vaya a morir consumido por ella.

Aunque no pueda todavía estar todo en el cielo, ni tan inflamado en el amor como los querubines y los serafines, procuraré insistir en la devoción, disponiendo mi corazón a recibir una chispa siquiera de ese fuego divino, fruto de la humilde recepción de este sacramento vivífico.

¡Oh buen Jesús! ¡Oh Salvador santísimo! Suple benigna y graciosamente cualquier disposición que me falte; Tú que has tenido la condescendencia de llamarnos a todos cuando dijiste: «Venid a mí todos los que trabajáis y lleváis pesada carga, que yo os aliviaré».

5. Yo vivo trabajando con el sudor de mi rostro, crueles dolores traspasan mi pecho, mis pecados me agobian, las tentaciones me agitan, muchas tiránicas pasiones me persiguen y me acosan, «sin haber quien me ayude», sin haber quien me libre, sin haber quien me salve: solamente tú, Señor Dios, Salvador mío. Te entrego mi persona y todo lo mío para que me guardes y a la vida eterna me conduzcas.

Dame acogida, para alabanza y gloria de tu nombre, tú que instituiste para mi comida y bebida este sacramento de tu Cuerpo y de tu Sangre.

«Concédeme, Señor Dios, Salvador mío, que con la frecuente recepción de este misterio sienta más y más fervor».

Capítulo V

MAJESTAD DEL SACRAMENTO; DIGNIDAD SACERDOTAL

Habla el Amado

1. Aunque tuvieras angélica pureza con la santidad de Juan Bautista, no serías digno de recibir ni de tocar este Sacramento.

No se debe a ningún mérito humano que los

hombres consagren y manejen el sacramento de Cristo, y se alimenten del pan de los ángeles.

¡Gran ministerio, dignidad sublime de los sacerdotes! Se les otorga a ellos lo que no se concede a los ángeles.

Solamente los sacerdotes ordenados válidamente en la Iglesia tienen la potestad de celebrar y consagrar el Cuerpo de Cristo.

Es cierto que el sacerdote es un ministro de Dios, que por su mandato pronuncia las palabras divinas; pero allí es Dios el agente principal, el ejecutor invisible; sí, Dios, a quien todo está sujeto, y a quien todas las cosas obedecen en todo lo que les mande.

2. Por tanto en este sacramento sublime debes creer a Dios omnipotente más que a tus sentidos o cualquier signo visible.

De manera que con temor y respeto a obra tan grande habrá que acercarse.

Fija la atención en ti mismo: mira tuyo es el ministerio que por manos del obispo se te ha encomendado.

Mira que has sido ordenado sacerdote, has sido consagrado para celebrar. Ahora cuida de ofrecer a Dios el Sacrificio con fidelidad y piedad, a su debido tiempo, y de llevar vida irreprochable.

No creas que te aligeraste la carga: al contrario, quedas atado con más apretado vínculo de disciplina, quedas obligado a subir a más alto grado de perfección en la santidad.

El sacerdote debe estar adornado de todas las virtudes, dando a los otros ejemplo de vida virtuosa.

Su conducta no debe ser semejante a la común del pueblo; debe ser como la de los ángeles del cielo, o de los hombres perfectos en la tierra.

3. El sacerdote revestido de los ornamentos sagrados representa a Cristo, para elevar a Dios plegarias reverentes y humildes, tanto por sí mismo como por todo el pueblo.

Lleva la imagen de la cruz del Señor sobre el pecho y sobre las espaldas, para meditar continuamente la pasión de Cristo.

Lleva la cruz sobre el pecho, en la casulla, para mirar bien las huellas de Cristo, y con todo empeño procurar seguir las.

Lleva la imagen de la cruz sobre la espalda para soportar mansamente por amor de Dios cualesquiera contrariedades que los otros le causen.

Lleva la cruz en el pecho para mirar sus pecados y llorarlos; la lleva en la espalda para llorar compasivo los pecados ajenos, y para recordar que ha sido nombrado medianero entre Dios y los hombres pecadores.

Y no debe entibiarse en la oración y oblación santa hasta obtener la gracia y la misericordia.

Cuando celebra el sacerdote, honra a Dios, llena de alegría a los ángeles, edifica a la Iglesia, ayuda a los vivos, procura el descanso a los muertos, haciéndose partícipe de todos los bienes.

Capítulo VI

PREGUNTA EL DISCIPULO COMO DISPONERSE A COMULGAR

Habla el discípulo

1. Señor, cuando peso tu majestad, por una parte, y por otra mi vileza, me lleno todo de terror y confusión.

Porque, si no me arrimo, huyo de la vida; y si me pongo indignamente entre los que comulgan, incurro en tu cólera.

¿Qué haré, pues, Dios mío, tú que eres quien me ayuda y me aconseja en las necesidades?

2. Enséñame el camino derecho; propónme algún corto ejercicio a propósito para acercarse a comulgar.

Es provechoso saber con qué clase de devoción y respeto debo disponer mi corazón para recibir saludablemente tu sacramento, y para celebrar este sacrificio tan grande y tan divino.

Capítulo VII

EXAMEN DE CONCIENCIA; PROPOSITO DE ENMIENDA

Habla el Amado

1. El sacerdote de Dios debe acercarse a celebrar, manejar y recibir este sacramento, ante todo con suma humildad de corazón, con respeto profundo, con absoluta fe, con piadosa intención de honrar a Dios.

Examina cuidadosamente la conciencia, y en la medida de tus fuerzas ponla pura y transparente, por medio de la contrición sincera y de la humilde confesión; de manera que no tengas, o no te des cuenta de nada que te remuerda y te impida acercarte confiadamente.

Debes sentir aborrecimiento de todos tus pecados en general, doliéndote y llorando más particularmente las faltas de todos los días. Y si el tiempo lo permite, en el secreto de tu alma confíesale a Dios todas las miserias de tus pasiones.

2. Lamenta y llora ser todavía tan carnal y tan mundano, con pasiones tan rebeldes, tan agitado por el oleaje de la concupiscencia;

Tan sin guarda de los sentidos exteriores, tan a menudo conturbado de muchas y locas fantasías;

Tan exclusivamente inclinado a las cosas exteriores, y tan olvidado de las interiores;

Tan ligero para la risa y la disipación, y tan duro para el llanto y el dolor;

Tan pronto para seguir la relajación y comodidad de la carne, y tan flojo para el rigor y el fervor;

Tan curioso para oír noticias y mirar bellezas, y tan remiso para abrazar lo humilde y despreciable;

Tan desarreglado en las costumbres, tan importuno en las acciones;

Tan imprudente para hablar, tan sin dominio para callar;

Tan deseoso de tener mucho, tan tacaño para dar, tan miserable para gastar.

Tan voraz para comer, tan sordo a la palabra de Dios;

Tan rápido para ir a descansar, tan lento para ir a trabajar;

Tan despierto para oír cuentos, tan soñoliento para las vigiliassantas;

Tan afanoso por acabar, tan distraído para atender;

Tan descuidado para rezar el oficio, tan tibio para celebrar, tan seco para comulgar;

Tan pronto distraído, tan rara vez bien recogido;

Tan repentinamente arrebatado de cólera, y tan fácil para disgustar a otros;

Tan inclinado a juzgar, tan áspero para reprender;

Tan alegre en la prosperidad, tan cobarde en la adversidad;

Tan frecuente proponentor de muchas cosas buenas, y tan poco cumplidor de cualquier cosa.

3. Luego que hayas confesado y deplorado estas faltas y otras con dolor y detestación de tu fragilidad, haz un propósito firme de perseverar en la enmienda de la vida y en el progreso en la virtud.

Enseguida ofrécete con total abandono y entera voluntad para honra de mi nombre sobre el altar del corazón en eterno holocausto, entregándome lealmente tu cuerpo y tu alma.

Para que de esa manera te acerques dignamente a celebrar el sacrificio divino de una manera digna, y recibir saludablemente el sacramento de mi cuerpo.

4. No hay sacrificio más digno, ni satisfacción más grande para la purificación de los pecados que el ofrecimiento puro y entero de sí mismo a Dios, hecho justamente con la oblación del cuerpo de Cristo en la misa y en la comunión.

Cuando el hombre hace lo que puede para arrepentirse con toda sinceridad, siempre que acude a mí para obtener el perdón y la misericordia, «vivo yo que no quiero que muera el pecador, sino que se convierta y viva»; porque no me acordaré más de sus pecados: todos se le perdonarán.

Capítulo VIII

SACRIFICIO DE CRISTO EN LA CRUZ; ABNEGACION DE SI MISMO

Habla el Amado

1. Así como yo me ofrecí espontáneamente a Dios Padre por tus pecados, con los brazos extendidos sobre la cruz, con el cuerpo desnudo, de modo que no quedó en mí nada que no fuera sacrificado para desagraciar a Dios.

Así también debes tú ofrecerte voluntariamente a mí como hostia pura y santa con toda la sinceridad posible, juntamente con todas tus virtudes y afectos, en la celebración diaria de la misa.

¿Qué cosa te exijo con más rigor que el esfuerzo por abandonarte enteramente a mí? No hago ningún caso de lo que me des fuera de ti, pues no busco tus dádivas, sino a ti mismo.

2. Así como no te bastaría tener todo sin mí, así tampoco me puede bastar lo que me des, si no te sacrificas a ti mismo también.

Ofrécete a mí; da todo por Dios, y será aceptado tu sacrificio.

Por ti me ofrecí todo a mi Padre; he dado también mi Cuerpo y mi Sangre de comida y bebida para ser yo todo tuyo, y tú permanecieras mío.

Pero si sigues perteneciendo a ti, y no te ofreces

voluntariamente a hacer mi voluntad, no será completa nuestra unión.

Por tanto, si quieres obtener la libertad y la gracia, deben ir todas tus obras precedidas del sacrificio voluntario de ti mismo en las manos de Dios.

Hay tan pocos iluminados y libres espiritualmente, porque hay pocos que practiquen la abnegación total de sí mismos.

Aquella sentencia mía dura para siempre: «Nadie podrá ser mi discípulo si no renuncia a todo lo que tiene». Si quieres ser, pues, discípulo mío, ofréctete a mí con todos tus afectos.

Capítulo IX

OFRECIMIENTO NUESTRO A DIOS CON TODO LO NUESTRO; ROGUEMOS POR TODOS

Habla el discípulo

1. Señor, todo lo que existe en el cielo y en la tierra es tuyo.

A pesar de ello, quiero ofrecirme voluntariamente a ti en sacrificio, permaneciendo tuyo eternamente.

Señor, con la sinceridad de mi corazón me

ofrezco a ti este día como esclavo eterno, para obederte y hacerte el sacrificio perpetuo de la alabanza.

Recíbeme con esta oblación santa de tu cuerpo que hoy presento en la presencia de los ángeles que invisibles asisten, para que sea salvación mía y de todo el pueblo.

2. Señor, aquí pongo sobre tu altar de propiciación todos mis pecados y faltas que a tu vista y a la de tus ángeles santos he cometido desde el día que empecé a pecar hasta este momento, para que los hagas arder todos juntos, los consumas con el fuego de tu amor, borrando todas las manchas de mis pecados, para que limpies mi conciencia de toda falta, para que me restituyas la gracia que pecando he perdido, concediéndome el perdón absoluto, dándome compasivo el ósculo de paz.

3. ¿Puedo hacer por mis pecados otra cosa que confesarlos humildemente, deplorarlos, y pedir continuamente el perdón?

Te imploro que me escuches propicio aquí en tu santa presencia, Dios mío.

Mucho aborrezco mis pecados; no quiero volver a cometerlos; antes me duelo de ellos, y me doleré mientras viva. Estoy dispuesto a hacer penitencia y satisfacer por ellos en la medida de mis fuerzas.

Por tu santo nombre, perdóname todos mis pecados, Señor. Perdónamelos, y salva esta alma que redimiste con tu sangre preciosa. Me atengo a tu misericordia, me entrego en tus manos.

Trátame conforme a tu bondad, y no conforme a mi malicia e iniquidad.

4. Te ofrezco también todo lo bueno que tengo, aunque bien poco e imperfecto, para que lo corrijas y santifiques, para que te agrade y lo hagas aceptable a ti, y hagas que constantemente mejore, llevando a este hombrecillo flojo e inútil a fin santo y bienaventurado.

Te ofrezco también todos los devotos deseos de las almas piadosas, las necesidades de mis padres, amigos, hermanos, hermanas; de todos aquellos que amo; y de aquellos que por tu amor me hayan hecho bien a mí o a otros.

También los deseos de aquellos que desearon y me pidieron que rezara por ellos y les aplicara misas, ya sea que vivan todavía en esta carne mortal, o que hayan terminado su carrera.

Para que todos sientan el auxilio de tu gracia, la fuerza de tu consuelo, la protección en los peligros, la liberación de sus penas; que libertados de todos sus males, felices te den magníficas gracias.

5. También te ofrezco oraciones y hostias de expiación, especialmente por aquellos que en algo me dañaron, contristaron, criticaron, o me hayan hecho algún perjuicio o molestia.

También por todos aquellos que yo haya alguna vez contristado, inquietado, apesarado, o escandalizado con palabras o hechos, sin saberlo o a sabiendas, para que nos perdones igualmente nuestros pecados y ofensas mutuas a todos nosotros.

Arranca, Señor, de nuestros corazones toda suspicacia, indignación, cólera y espíritu de disputa: en fin, todo lo que pueda lastimar la caridad y enfriar el amor fraterno.

Compadécete, Señor, compadécete de los que piden tu misericordia, concede tu gracia a los necesitados de ella; haz que vivamos de tal manera que merezcamos gozar de tu gracia, caminando siempre hacia la vida eterna. Amén.

Capítulo X

NO SE DEBE DEJAR FACILMENTE LA COMUNION

Habla el Amado

1. Debes acudir con frecuencia al manantial de la gracia y de la misericordia divina, a la fuente de toda bondad y pureza, para que sanes de tus pasiones y vicios, para que te fortalezcas más, y estés más alerta contra todas las tentaciones y lazos del diablo.

Sabiendo el enemigo que en la sagrada comunión se encuentra un remedio muy eficaz, y que de ella se saca muchísimo fruto, se empeña de todas maneras y aprovecha toda ocasión para apartar de

ella a los fieles, a los piadosos, impidiéndosela siempre que puede.

2. En efecto, las peores tentaciones de Satanás los asaltan a algunos cuando tratan de disponerse a comulgar.

El espíritu maligno se mete a veces entre los hijos de Dios, según se escribe en el libro de Job, para perturbarlos con su acostumbrada maldad, o llenarlos de timidez y angustia, para disminuir su fervor, quitarles la fe a fuerza de atacársela, a ver si acaso dejan la comunión, o al menos se arriman a ella tíbiamente.

Pero no debe hacerse ningún caso de sus artificios y fantasías, por obscenas y horribles que sean; al contrario, hay que recharzarle todos sus fantásticos delirios echándolos directamente sobre su cabeza. Hay que despreciar a ese infeliz, hay que hacer mofa de él; no debe omitirse la sagrada comunión por los ataques y perturbaciones que provoque.

3. A menudo impide la comunión cierta inquietud excesiva por tener devoción como se debe, y cierta ansiedad por la confesión que debe hacerse. Tú sigue el consejo de personas prudentes; sacúdete la angustia y el escrúpulo, porque estorban la gracia de Dios y quitan la devoción del espíritu.

No dejes la sagrada comunión por alguna pequeña turbación o molestia; anda pronto a confesarte y perdona de buen grado a los demás todas sus ofensas. Y si tú fuiste el que los ofendió, pídeles humildemente perdón, y Dios te perdonará con gusto.

4. ¿Qué aprovecha diferir mucho la confesión, o la sagrada comunión?

Púrgate cuanto antes, pronto vomita el veneno, a toda prisa toma el contraveneno; y te sentirás más contento que si largo tiempo tardaras.

Si hoy no comulgas por una razón, mañana podrá pasarte algo peor, y así podrás estar impedido para comulgar, haciéndote cada vez más incapaz.

Sacude lo más pronto posible esa pesadez, esa inercia; porque de nada sirve vivir largo tiempo en angustia, estar mucho tiempo intranquilo, apartándose de los sacramentos por impedimentos que ocurren todos los días.

Hasta es muy dañoso durar mucho sin comulgar: eso suele causar grave letargo del espíritu.

¡Ay dolor! Se encuentra gente tibia y relajada a quien le gusta tardar en confesarse, deseando diferir la comunión para no verse obligados a guardarse más.

5. ¡Ay, qué poco amor, qué devoción tan fría deben de tener esos que tan fácilmente dejan la sagrada comunión!

¡Qué dichoso aquel, y qué agradable a Dios, que de tal modo vive, y tan pura guarda su conciencia, que estuviera dispuesto todos los días a comulgar, y bien dispuesto estuviera, si fuera lícito hacerlo, y en nota de singularidad no incurriera!

Debe elogiarse el respeto de uno que de cuando en cuando se abstenga por humildad, u otra causa legítima.

Pero si lo ha invadido la tibieza, debe sacudirla y hacer lo que pueda, y Dios vendrá en ayuda de su buena voluntad; porque Dios presta especial atención a la buena voluntad.

6. Pero si uno está impedido legítimamente, podrá tener siempre buena voluntad y piadosa intención de comulgar, y así no se verá privado del fruto de este sacramento.

Efectivamente, cualquiera persona devota puede recibir todos los días y a cualquiera hora la comunión espiritual de Cristo, de una manera saludable, sin que nadie pueda impedirselo.

Sin embargo, en ciertos días, en tiempos determinados, debe recibir el Cuerpo de su Redentor con amor respetuoso, pretendiendo más la gloria y honra de Dios que su propio y personal consuelo.

Tantas veces comulga místicamente, y espiritualmente se alimenta, una persona devota, cuantas medita piadosamente el misterio de la encarnación y la pasión de Cristo, inflamándose en su amor.

7. El que no se prepara sino al llegar una festividad, o por alguna costumbre, lo más no estará preparado.

¡Bienaventurado aquel que se ofrece a Dios en holocausto siempre que celebra o comulga! Cuando celebres la misa, no seas demasiado largo, ni demasiado corto: observa el término medio común entre aquellos con quienes vives. No debes causar molestia o fastidio a nadie; sino más bien seguir por el camino trillado conforme a la institución de nuestros

mayores, atendiendo más a la utilidad del prójimo que a tu devoción o deseo personal.

Capítulo XI

LA ESCRITURA Y EL CUERPO DE CRISTO SON MUY NECESARIOS AL ALMA FIEL

Habla el discípulo

1. ¡Oh, dulcísimo Señor Jesús! ¡Cuánta dulzura siente un alma piadosa que en tu banquete come contigo; en ese banquete donde no se sirve otro manjar que tú, su único amado, a quien desea con más ardor que ninguna otra cosa que pudiera su corazón desear!

¡Feliz fuera yo, si en tu presencia me brotaran lágrimas del corazón, y como la arrepentida Magdalena, bañara tus pies con mi llanto!

Pero, ¿dónde está esa devoción? ¿Dónde está ese abundante brotar de lágrimas santas?

Ciertamente, en tu presencia y en la de los ángeles santos, todo mi corazón debiera inflamarse, y llorar de gozo.

Pues en este sacramento estás realmente presente a mí, si bien oculto bajo las apariencias de otras cosas.

Mis ojos no podrían contemplarte con esa refulgencia de tu esplendor propio y divino, ni el mundo entero resistiera el deslumbrante fulgor de tu majestad.

Ocultándote en el sacramento guardas miramiento a mi debilidad.

A quien adoran los ángeles en el cielo, a ése lo poseo realmente y lo adoro. Sólo que yo todavía cubierto con el velo de la fe, mientras que ellos lo ven como es, sin velo ninguno.

Es preciso que yo me contente con la luz de la fe, caminando guiado por ella, mientras no raye el día de la eterna claridad, haciendo desaparecer las sombras de todas las figuras.

Mas, cuando llegue lo perfecto, dejarán de usarse los sacramentos, porque los bienaventurados en la gloria celeste ya no necesitan remedio ninguno de sacramentos.

Efectivamente, los bienaventurados gozan eternamente en la presencia de Dios, contemplando al descubierto su gloria; pues pasando de esta tenue claridad de la fe a aquella claridad transparentísima del abismo divino, transfigurados por ella gozan al Verbo de Dios encarnado, como ha sido desde la eternidad, y seguirá siendo eternamente.

2. Cuando en tales maravillas medito, los mismos espirituales consuelos me causan mucho fastidio; pues mientras no mire a mi Señor descubierto en su gloria, en nada tengo cuanto veo u oigo en el mundo.

Dios mío, tú eres mi testigo de que ninguna cosa puede saciar mis anhelos, de que ninguna criatura puede darme consuelo; solamente tú, Dios mío, a quien deseo contemplar por toda la eternidad.

Mas eso no se puede, mientras yo viva en este cuerpo mortal.

Por eso necesito tener gran paciencia y someterme a ti en todo deseo.

En efecto, Señor, los santos que ya están gozando contigo en el reino de los cielos, durante su vida tuvieron que esperar con fe y mucha paciencia que tu gloria llegara. Creo lo que creyeron, espero lo que esperaron, por tu gracia tengo confianza de llegar a donde ellos llegaron.

Entretanto, caminaré alumbrado por la fe, animado por los ejemplos de los santos. También poseo los libros sagrados que para mí son consuelo y espejo de vida. Pero sobre todo, tengo tu cuerpo sacrosanto, el cual me sirve de único remedio y refugio.

Yo siento agudamente la necesidad de dos cosas en esta vida, sin las cuales no podría soportar sus desdichas. Encerrado en la oscura cárcel de este cuerpo, declaro faltarme dos cosas: alimento y luz.

Por esa razón diste al débil de mí, tu cuerpo sacrosanto para que sustentara mi alma y mi cuerpo; y «pusiste la lámpara de tu palabra para que alumbrara mis pasos».

Sin esas dos cosas no podría sin duda vivir; porque tu palabra es luz de mi alma, tu sacramento es pan de mi vida.

Podríamos decir que esas dos cosas son como dos mesas puestas a uno y otro lado en la tesorería de la Santa Iglesia. La una de estas mesas es la del altar santo, donde está el pan santo, el cuerpo precioso de Cristo. La otra mesa es la de la ley divina, la cual contiene la doctrina santa que enseña la recta fe, conduciendo con toda seguridad hasta la parte que está cubierta por el velo, hasta el Santo de los Santos.

Gracias te damos, Señor Jesús, rayo de la luz eterna, por habernos servido la mesa de la doctrina sagrada por tus siervos los profetas, apóstoles y demás maestros.

Gracias te damos, Creador y Redentor del género humano, porque a fin de manifestar tu amor a todo el mundo has preparado esta gran Cena, en la cual ya no se sirve aquel cordero, figura del futuro, sino tu propio Cuerpo y Sangre santísima, llenando de gozo a todos los fieles en este banquete sagrado, embriagándolos con el cáliz de salvación: banquete en que están todas las delicias del paraíso, y al cual asisten los ángeles santos, no más que ellos gozando de más dulce placer.

¡Oh, qué grande y honorable es el ministerio de los sacerdotes, a quienes se ha encomendado consagrar al Señor de la majestad por medio de las palabras sagradas, bendecirlo con sus labios, manejarlo, recibirlo en su boca, y administrarlo a los demás!

¡Qué limpias deben estar esas manos, qué pureza debe tener esa boca, qué castidad ese cuerpo,

qué inmaculado no debe ser el corazón del sacerdote en quien tantas veces entra el autor mismo de la pureza!

¡De los labios del sacerdote sólo debieran salir palabras santas, sólo palabras honestas y útiles, pues tantas veces el sacramento de Cristo recibe!

3. ¡Sin malicia y llenos de pudor deben ser esos ojos que al Cuerpo de cristo suelen mirar! ¡Puras y hacia el cielo levantadas deben estar esas manos que al creador del cielo y de la tierra suelen manejar!

En la ley se recomienda particularmente a los sacerdotes: «sed santos, pues soy santo yo, vuestro Dios y Señor».

«Oh Dios omnipotente, que tu gracia nos ayude a los que hemos recibido el ministerio sacerdotal, para que lo desempeñemos con dignidad y piedad, con toda pureza y rectitud de conciencia».

«Y si no podemos vivir con la inocencia de costumbres que de nosotros se exige, concédenos que al menos lloremos debidamente nuestras culpas, y que con espíritu de humildad y firme propósito te sirvamos con más fervor de aquí en adelante».

Capítulo XII

DEBE PREPARARSE CON MUCHO CUIDADO EL QUE VA A RECIBIR A CRISTO EN LA COMUNION

Habla el Amado

1. Yo soy el amante de la pureza, el que da toda santidad.

Quiero corazones puros; allí es el lugar de mi reposo.

«Prepárame un cenáculo grande, amueblado», y allí celebraré la Pascua con mis discípulos.

Si quieres que venga a tu casa y me quede contigo, límpiame de la levadura vieja, asea la morada de tu corazón.

Allá fuera deja todo el mundo, toda la chusma de tus vicios. «Siéntate como el pájaro solitario sobre el techo», a meditar en tus faltas con amargo sentimiento del alma.

Todo amante prepara el mejor lugar a su amado, el lugar más bello, pues en eso se conoce el amor del amante que recibe a su amado.

2. No olvides que tú no puedes con los méritos de tus obras bastar a dicha preparación; y eso aunque un año entero te prepararas sin tener otra cosa que hacer.

Por pura lástima y favor mío se te concede arri-

martes a mi mesa; así como si un rico convidara a un limosnero a su mesa, y ese limosnero no pudiera pagarle de otro modo que con humillación y agradecimiento.

Haz lo que puedas, y hazlo con empeño. No lo hagas por costumbre o necesidad. Con temor, respeto y amor recibe el cuerpo de tu amado Señor y Dios que bondadosamente viene a ti. Yo te llamé, yo mandé que así se hiciera, yo supliré lo que te falte; tú ven a recibirme.

3. Cuando te dé la gracia del fervor, da gracias a Dios, no por haberla merecido tú, sino por haberse apiadado de ti.

Cuando no la tengas, sino que te sientas reseco, insiste en la oración, gime y sigue tocando a la puerta; no dejes de hacerlo hasta que no recibas siquiera una migaja, una gotita de la gracia salvadora. Tú necesitas de mí; yo no necesito de ti.

Tú no vienes a santificarme a mí; yo sí vengo a santificarte a ti, a hacerte más bueno.

Tú vienes a santificarte con mi contacto, a unirte a mí, para recibir una gracia nueva, e inflamarte nuevamente en deseos de corregirte.

No descuides esta gracia; prepara tu corazón con todo cuidado, y haz entrar a tu amado.

Pero no sólo necesitas prepararte a comulgar devotamente; debes también conservarte cuidadosamente en la devoción después que recibas el sacramento. No se exige menor guarda después, que ferviente preparación antes. La buena guarda después

de comulgar es por su parte, una buena preparación para recibir gracia mayor.

Cuando uno se derrama inmediatamente al exterior en busca de consuelos, eso mismo lo indisponen mucho para la gracia.

Guárdate de hablar mucho; permanece retirado gozando de tu Dios; porque tienes a uno que el mundo entero será impotente para quitarte.

Entrégate por completo a aquel a quien debes; de manera que ya no vivas en ti sino en mí, libre de toda inquietud.

Capítulo XIII

EL ALMA DEVOTA DEBE DESEAR CON TODO EL CORAZON LA UNION CON CRISTO EN EL SACRAMENTO

Habla el discípulo

1. Señor, ¿quién me concederá hallarte solo, para abrirte de par en par mi corazón, y gozar de ti conforme el anhelo de mi alma; que ya nadie me desprecie, ni criatura alguna me mueva, o me mire; sino que tú solo me hables a mí, y yo a ti, del mismo modo que suelen platicar los amantes, como suelen juntarse los amigos a comer?

· Mi petición y mi anhelo es unirme enteramente a ti; apartar mi corazón de todas las criaturas; aprender mejor a saborear las cosas celestiales y eternas, por medio de la comunión y de la frecuente celebración.

¡Oh, señor Dios! ¿Cuándo estaré totalmente unido a ti, absorto en ti, enteramente olvidado de mí? Tú en mí, yo en ti; concédeme que permanezcamos unidos así.

2. Realmente «eres mi amado escogido entre miles», con el cual ha querido mi alma vivir durante todos los días de su vida.

Tú eres verdaderamente quien me pone en paz: en ti están la suma paz y el descanso verdadero; fuera de ti no hay más que fatiga, dolor, infinita miseria.

En verdad, tú eres el Dios escondido; tu consejo no es con impíos; tu plática es con humildes y sencillos.

Señor, ¡qué dulce es tu espíritu! Pues para demostrar tu bondad a tus hijos te dignas de nutrirlos con el pan sabrosísimo bajado del cielo.

«De veras que no hay nación tan grande que tenga tan cerca a sus dioses» como tú, Dios nuestro, lo estás a todos los fieles.

Tú te les entregas para que te coman y te gocen, a fin de consolarlos todos los días y elevar sus corazones hacia el cielo.

3. ¿Hay pueblo tan ínclito como el pueblo cristiano? ¿Hay criatura tan amada bajo el cielo, como

el alma devota, en la cual entra su Dios para alimentarla con su cuerpo glorioso?

¡Oh gracia inefable! ¡Oh condescendencia admirable! ¡Oh amor infinito mostrado especialmente a los hombres!

¿Cómo le pagaré al Señor este favor, este amor tan eximio?

Lo más agradable a mi Dios que puedo yo hacer, es darle todo mi corazón, uniéndome íntimamente a él.

Cuando mi alma esté unida perfectamente con Dios se estremecerán de júbilo todas mis entrañas. me dirá entonces: quiero estar contigo, si tú quieres estar conmigo. Yo le responderé: ten la bondad de permanecer conmigo, que yo gustoso quiero estar contigo. Este es todo mi anhelo: que mi corazón esté enteramente unido a ti.

Capítulo XIV

COMO CIERTOS DEVOTOS ANHELAN FERVENTISIMAMENTE POR RECIBIR EL CUERPO DE CRISTO

Habla el discípulo

1. ¡Oh Señor! «¡Qué grande es la abundancia de

esa dulzura tuya que para aquellos que te temen tienes oculta!»

Cuando me acuerdo de ciertos devotos que se acercaban a tu sacramento con devoción grandísima, con ferviente amor, siento confusión íntima, siento vergüenza de acercarme a tu altar, a la mesa de tu sagrada comunión, con tanta tibieza y hasta frialdad.

De quedarme tan reseco e insensible, de no abrasarme todo en tu presencia, Dios mío; de no sentir esa vehemente atracción, ese amor que sentían tantos devotos que por el vivísimo deseo de comulgar y el amor sensible que los abrasa no podían contener el llanto.

Sino que con la boca del corazón y con la boca del cuerpo, ansiaban por recibirte, oh fuente de vida, desde la médula misma de sus almas, sin poder mitigar ni saciar aquella hambre devoradora hasta no recibir tu cuerpo con ardiente fervor y espiritual avidez.

2. ¡Oh verdadera, oh ardiente fe la suya, la cual es un argumento probable de tu presencia sagrada! Porque esos devotos, cuyo corazón les arde tan vivamente en el pecho cuando anda Jesús con ellos, lo reconocen efectivamente al partir el pan.

¡Qué lejos estoy muchas veces de tan ardiente deseo y devoción, de ese amor y fuego tan abrasador!

Jesús bueno, dulce, benigno: apiádate de mí, concede a este pobre mendigo que al menos de tar-

de en tarde sienta un poquito de íntimo amor a ti al recibir la comunión, para que mi fe se afirme, mi esperanza en tu bondad se afiance más, y mi caridad, una vez inflamada, una vez probado el celeste manjar, jamás se acabe.

3. Tu misericordia es poderosa para concederme gracia tan deseada, visitándome con gran bondad, dándome espíritu de ardiente amor al llegar el día que te plazca.

Pero, aunque no tenga los ardientes deseos de esos privilegiados devotos tuyos, por tu gracia tengo el deseo de sentir tan inflamados deseos, pidiendo y deseando hacerme partícipe de esos fervorosos amigos tuyos, y de ser contado en su santo número.

Capítulo XV

LA GRACIA DE LA DEVOCION SE ALCANZA CON LA HUMILDAD Y LA ABNEGACION

Habla el Amado

1. Debes procurar insistentemente alcanzar la gracia de la devoción, pedirla animado de vivos deseos, esperarla con paciencia y confianza, recibirla con gratitud, conservarla con humildad, cooperar activamente con ella, dejando a Dios el tiempo y el modo de la visita celeste, hasta que llegue.

Debes humillarte, especialmente cuando sientas poca devoción espiritual o ninguna; pero sin abatirte demasiado, ni entristecerte tanto.

Muchas veces concede Dios en un momento lo que durante largo tiempo había rehusado; y a veces otorga al fin de la oración lo que al principio no había querido.

El hombre frágil no llevaría bien que la gracia se le diera siempre pronto, que viniera cuando él quisiera.

Por esa causa, hay que esperar la gracia con firme esperanza y humilde paciencia. Echate la culpa, a ti y a tus pecados, de que no se te de, o de que se te quite sin saber por qué.

A veces es una cosa ligera lo que impide recibir la gracia, o priva de ella; si es que se puede llamar ligero y no más bien grave lo que impide recibir un bien tan grande.

Alcanzarás lo que quieres cuando quites y destruyas totalmente ese impedimento, sea el que fuere.

2. Tan pronto como te abandones a Dios con toda el alma, sin buscar esto o aquello conforme a tu deseo y tu querer; tan pronto como te entregues a él, te encontrarás unido a él y en paz; porque nada te gustará ni agradará tanto como el beneplácito de la voluntad divina.

Por tanto, el que eleve hacia arriba su intención con un corazón sincero, el que la eleve hacia Dios y desocupe su corazón del amor desordenado o de la

aversión a cualquier cosa creada, se hará capacísimo de recibir la gracia, se hará digno del don del fervor. Porque cuando Dios encuentra vacíos los vasos los llena de bendiciones.

Y cuanto más perfecta sea la renuncia a estas cosas bajísimas, y cuanto más grande sea el desprecio que se tiene uno a sí mismo, con tanta mayor prontitud viene la gracia, con tanta abundancia se infunde y al corazón libre a tanta mayor altura lo sube.

Entonces mirará, entonces nadará en la abundancia; se admirará, se le dilatará el corazón: porque la mano de Dios está en él, y él se abandonó totalmente en sus brazos.

Esa será la bendición del hombre que busca a Dios con toda el alma, «del que no ha recibido su alma inútilmente». Ese hombre merece la magnífica gracia de la unión divina cuando recibe la Eucaristía; porque no mira su devoción y consuelo, sino a la honra y gloria de Dios más que a toda devoción y a todo consuelo.

Capítulo XVI

DESCUBRAMOS NUESTRAS NECESIDADES A CRISTO Y PIDAMOSLE SU GRACIA

Habla el discípulo

1. ¡Dulcísimo y amabilísimo Señor, a quien de-

seo recibir devotamente ahora mismo! Tú conoces bien mi debilidad, y la necesidad que padezco; tú sabes en cuántos pecados y vicios estoy sumergido, y cuan a menudo me veo molestado, tentado, turbado, manchado.

Vengo a pedirte el remedio; vengo a implorar tu ayuda y consuelo.

Estoy hablando con quien sabe todas las cosas, con uno para quien están en plena luz todos los escondrijos de mi alma; estoy hablando contigo que eres el único que puede darme consuelo y ayuda eficaz.

Tú sabes cuáles son los bienes que más necesito, y qué pobre estoy de virtudes.

2. Estoy aquí en tu presencia pobre y desnudo, pidiéndote gracia, implorando tu misericordia.

Da de comer a este limosnero muerto de hambre; inflama mi frialdad en el fuego de tu amor; alumbra mi corazón con la luz de tu presencia.

Haz que todas las cosas terrenales me sepan amargas, que sufra con paciencia todas las cosas molestas y adversas, que desprecie y olvide todo lo bajísimo, todo lo creado.

Eleva mi corazón hacia el cielo, hacia ti; no me dejes andar errante sobre la tierra.

Que desde ahora y para siempre solamente tú me sepas dulce; porque tú solo eres mi comida y mi bebida, mi amor y mi gozo, mi felicidad y todo mi bien.

3. ¡Ojalá que con tu presencia me inflames to-

talmente me consumas, me transformes en ti; de modo que me convierta en un solo ser espiritual contigo, por virtud de la gracia de la unión íntima, de ese derretimiento hecho por el fuego intensísimo del amor!

No tolere que me retire de tu presencia en ayunas y reseco; haz conmigo esas obras misericordiosas que maravillosamente has hecho con tus santos.

¿Sería extraño que a tu contacto me pusiera todo incandescente, y dejara de ser yo mismo, siendo tú un fuego siempre ardiente que nunca se extingue, un amor que purifica los corazones y alumbraba las inteligencias?

Capítulo XVII

ARDIENTE AMOR, DESEO VEHEMENTE DE RECIBIR A CRISTO

Habla el discípulo

1. Señor, deseo recibirte con suma devoción y ardiente amor, con todo el afecto y fervor del alma, del mismo modo que desearon recibirte en la Eucaristía tantos devotos y personas santas que te agradaron muchísimo con su santa vida y tuvieron devoción ardentísima.

¡Dios mío, amor eterno, todo mi bien, felicidad interminable! Anhelo por recibirte con un deseo tan vehemente y un respeto tan profundo como ningún santo haya jamás sentido ni podido sentir.

2. Aunque sea yo indigno de experimentar todos esos sentimientos devotos, a pesar de ello te ofrezco todo el amor de mi alma, como si yo solo tuviera todos esos gratísimo, ardientes deseos.

No sólo, sino que te presento y ofrezco con sumo respeto, con íntimo fervor, todo lo que un alma piadosa pueda concebir y desear.

No quiero reservar nada para mí; lo que quiero es inmolarme a mí mismo y todo lo mío, voluntariamente, con todo agrado.

Señor Dios mío, Creador y Redentor mío, deseo recibirte hoy con tal afecto y respeto, con tales alabanzas, con tal honor, con tal gratitud, santidad y amor, con tal fe, esperanza y pureza, como te deseé recibir y te recibió tu madre santísima la gloriosa Virgen María, cuando respondió humilde y piadosamente al ángel que le daba la buena nueva del misterio de la encarnación: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí lo que dijiste».

3. Y así como tu bienaventurado precursor, el más excelso de los santos, Juan bautista, con la alegría del Espíritu Santo, saltó en tu presencia estando aún en el seno materno; y cuando años después, al verte pasar por entre la gente, dijo con gran humildad, con amor ardiente: «El amigo del esposo que está con él y escucha su voz se alegra de oírlo

hablar», de la misma manera deseo arder yo en grandes y santos deseos, y ofrecirme a ti con toda mi alma.

Por lo cual, te ofrezco y te presento los extremos de júbilo de todos los corazones piadosos, su ardiente amor, sus éxtasis y revelaciones, sus visiones celestiales, juntamente con todas las virtudes y alabanzas celebradas y por celebrarse por todas las criaturas del cielo y de la tierra. Te las ofrezco por mí y por todos los que se han encomendado a mis oraciones, para que todos te alaben dignamente y te glorifiquen.

Recíbeme, señor Dios mío, mis votos y mis deseos de alabarte y bendecirte infinita e inmensamente: eso se te debe de justicia por causa de tu inefable grandeza.

Quiero alabarte y bendecirte; y lo hago cada día y cada instante de tiempo. Convido, y suplico a todos los espíritus celestes y a todos los fieles que me ayuden a darte gracias y a bendecirte juntamente conmigo.

4. Que todos los pueblos, tribus y lenguas te alaben; que glorifiquen tu santo y dulce nombre con alegría suma e inflamado amor.

Y que todos aquellos que celebren con respeto y piedad, y con plena fe reciban este augusto sacramento, merezcan hallar gracia a tus ojos, y misericordia, y que rueguen humildemente por mí, pecador.

Finalmente, que cuando estén gozando de la de-

voción que deseaban, y de la beatífica unión, al retirarse de la mesa sagrada, de la meda celeste, todos llenos de consuelo, y maravillosamente saciados, tengan la bondad de acordarse del pobre de mí.

Capítulo XVIII

NO EXAMINAR CURIOSAMENTE EL SACRAMENTO; SER IMITADOR HUMILDE DE CRISTO, SOMETIENDO LOS SENTIDOS A LA FE

Habla el Amado

1. Si no quieres perderte en un abismo de dudas, debes evitar la investigación curiosa e inútil de este sacramento sublime.

«A quien examina la majestad, la gloria lo ciega». Dios puede hacer más de lo que el hombre puede entender.

Se permite una piadosa y humilde investigación de la verdad, dispuesta siempre a obedecer y seguir enseñanzas conformes a las sanas opiniones de los Padres.

2. ¡Bienaventurada sencillez que no se mete por las escabrosas veredas de las cuestiones teológicas, sino que camina por el llano y seguro camino de los mandamientos de Dios!

Muchos han perdido la piedad por investigar honduras.

De ti se pide fe y vida buena, no alteza de inteligencia, ni conocimiento de los abismales misterios de Dios.

Si no entiendes, ni te formas idea de lo más bajo que tú, ¿entenderás lo más alto?

Sujétate a Dios, doblega tus sentidos a la fe. Ya verás cómo se te da la ciencia necesaria y útil para alumbrarte.

3. Algunos son tentados fuertemente contra la fe en este sacramento; pero el enemigo tiene la culpa más bien que ellos.

No te alarmes, no te metas a discutir contra tales pensamientos, no respondas a las objeciones que te ponga el diablo. Cree en las palabras de Dios, créeles a los santos y a los profetas, y el maligno enemigo huirá de ti.

El siervo de Dios a menudo saca mucho provecho de soportar tales tentaciones.

El diablo no tienta a los infieles, a los esclavos del pecado, por tenerlos ya seguros. En cambio, a los fieles y piadosos sí los tienta y molesta de varias maneras.

4. Anda, pues, con fe, sencillez y sin dudas. Arrímate al sacramento con profundo respeto.

Deja en las seguras manos de Dios omnipotente aquello que no puedas entender.

Dios no engaña. Se engaña el que confía demasiado en sí mismo.

Dios anda con los sencillos, se descubre a los humildes, da inteligencia a los niños, abre los sentidos a las almas puras; pero oculta su gracia a los curiosos y orgullosos.

La razón humana es débil, y en consecuencia puede caer en engaño; la verdadera fe, no puede caer en error.

5. Toda razón, toda investigación racional, debe seguir a la fe, no precederla ni atacarla.

La fe y el amor descuellan principalmente en este sacramento santísimo y soberanamente excelso; allí obran de misteriosa manera.

Dios, inmenso y eterno, infinitamente poderoso, hace cosas grandes e inescrutables en el cielo y en la tierra; sus maravillosas obras no se pueden investigar.

Si las obras de Dios fueran de tal manera que la razón humana las comprendiera fácilmente, ni serían admirables, ni habría por qué llamarlas inefables.

INDICE

LIBRO I

CONSEJOS QUE SIRVEN PARA LLEVAR VIDA ESPIRITUAL

I Imitación de Cristo y desprecio de todas las vanidades del mundo .	3
II Poca estima de uno mismo	5
III Enseñanza de la verdad	7
IV Prudencia en las acciones	11
V Lectura de la Biblia	12
VI Afectos desordenados	13
VII Contra el orgullo y sus vanas es- peranzas	14
VIII Evitemos la familiaridad excesiva	15
IX Obediencia y sujeción	15
X No hablemos demasiado	18
XI Cómo se alcanza la paz, y del cielo por adelantar	19
XII La adversidad es útil	21
XIII Resistencia a las tentaciones	23

XIV	No juzguemos temerariamente ...	26
XV	Obras hechas por caridad	28
XVI	Sufram los defectos ajenos	29
XVII	La vida religiosa	31
XVIII	Ejemplo de los santos Padres	32
XIX	Ejercicios del ben religioso	35
XX	Amor a la soledad y al silencio ...	38
XXI	Compunción del corazón	42
XXII	La miseria humana	45
XXIII	Reflexiones acerca de la muerte ..	48
XXIV	Juicio y suplicio de los pecadores .	52
XXV	Fervorosa enmienda de toda nues- tra vida	57

LIBRO II

CONSEJOS QUE INDUCEN A LA VIDA INTERIOR

I	Vida interior	63
II	Humilde sumisión	67
III	Hombre bueno y apacible	68
IV	Pureza de alma y recta intención .	70
V	Reflexión sobre uno mismo	72
VI	Alegría de la buena conciencia ...	74
VII	Amor de Jesús sobre todas las co- sas	76
VIII	Amistad íntima de Jesús	78
IX	Desolación total del alma	81

X Agradecimiento por la gracia de Dios	84
XI Pocos aman la cruz de Cristo	87
XII Camino real de la santa cruz	89

LIBRO III

CONSOLACION ESPIRITUAL

I Cristo le habla por dentro al alma fiel	97
II La verdad habla dentro sin pala bras	98
III Escuchemos humildemente las palabras de Dios que muchos no ponderan	100
IV Vivamos en la presencia de Dios guiados por la verdad y por la humildad	103
V Efectos maravillosos del amor di- vino	106
VI Prueba del amante legítimo	109
VII Escóndase la gracia bajo la guarda de la humildad	112
VIII Baja estima de uno mismo ante Dios	115
IX Todo debe enderezarse a Dios Fin último	117

X	Dicha de servir a Dios desdeñando al mundo	118
XI	Examen y gobierno de nuestros deseos	121
XII	Adquirir la paciencia y luchar contra las pasiones	122
XIII	El humilde súbdito debe obedecer como Cristo	124
XIV	Consideremos los ocultos juicios de Dios para no envanecernos de nuestras virtudes	126
XV	Cómo debemos portarnos y decir cuando deseamos una cosa	128
XVI	Sólo en Dios debe buscarse el verdadero consuelo	130
XVII	Encomendemos todos nuestros cuidados a Dios	132
XVIII	Siguiendo a Cristo, debemos sufrir con paciencia los males de esta vida	133
XIX	Sufriendo de miserias; prueba de verdadera paciencia	135
XX	Confesión de nuestra debilidad; miserias de la vida	137
XXI	El descanso debe buscarse en Dios más que en todo	139
XXII	Recuerdo de los infinitos beneficios de Dios	143
XXIII	Cuatro cosas que producen mucha paz	145

XXIV	No investiguemos curiosamente vidas ajenas	148
XXV	En qué consiste la paz estable del corazón y el adelanto verdadero .	149
XXVI	Excelencia de un alma libre, gana- da más bien por la humilde ora- ción que por la lectura	151
XXVII	El amor propio entorpece grande- mente la consecución del sumo bien	153
XXVIII	Contra las malas lenguas	156
XXIX	Cómo debemos invocar y bendecir a Dios al arreciar la aflicción . . .	157
XXX	Pedir la ayuda de Dios y tener confianza de recuperar la gracia .	158
XXXI	Desprecio de todas las criaturas para encontrar al Creador	161
XXXII	Renunciar a sí mismo y despojar- se de toda codicia	164
XXXIII	Inconstancia del corazón; Dios es la intención final del hombre . . .	166
XXXIV	Al que ama a Dios, Dios le place en todo y sobre todo	167
XXXV	En esta vida nadie puede estar se- guro contra tentaciones	170
XXXVI	Contra los vanos juicios de los hombres	172
XXXVII	La libertad del corazón se obtiene con la abnegación pura entera de sí mismo	174

XXXVIII	Buen gobierno de los actos externos, y recurso a Dios en los peligros	175
XXXIX	Evitemos importunidad en los negocios	177
XL	El hombre no tiene de por sí nada bueno, ni puede envanecerse de nada	178
XLI	Desprecio de todos los hombres del mundo	180
XLII	Nuestra paz no debe depender de los hombres	181
XLIII	Contra la vana ciencia humana . .	183
XLIV	No atraigamos a nosotros las cosas exteriores	185
XLV	No se debe creer a todos, porque es fácil caer al hablar	186
XLVI	Confianza en Dios cuando nos critican	189
XLVII	Todo lo pesado debe aguantarse por la vida eterna	192
XLVIII	Eternidad feliz, vida miserable .	194
XLIX	Anhelos por la vida eterna; premio prometido a los luchadores . . .	198
L	Los tristes deben ponerse en manos de Dios	202
LI	Hacer cosas humildes cuando no se pueden hacer grandes	206
LII	Juzguémonos dignos de azotes y no de consuelos	207

LIII	Que la gracia de Dios no se da a gente carnal	209
LIV	Diversas inclinaciones de la naturaleza y de la gracia	211
LV	Corrupción de la naturaleza; fuerza de la gracia	216
LVI	Renunciémonos e imitemos a Cristo con la Cruz	220
LVII	No desalentarse demasiado al caer en faltas	222
LVIII	No investigar cosas profundas, ni juicios secretos de Dios	224
LIX	Poner en Dios toda esperanza y confianza	229

LIBRO IV

SACRAMENTO DEL ALTAR, AMABLE INVITACION A COMULGAR

I	Con sumo respeto debe recibirse a Cristo	233
II	En la Eucaristía se encuentra la gran bondad y caridad de Dios	239
III	La comunión frecuente es provechosa	243
IV	Muchos bienes reciben los que devotamente comulgan	246

V	Majestad del Sacramento; dignidad sacerdotal249
VI	Pregunta el discípulo cómo disponerse a comulgar252
VII	Examen de conciencia; propósito de enmienda253
VIII	Sacrificio de Cristo en la cruz; abnegación de sí mismo256
IX	Ofrecimiento nuestro a Dios con todo lo nuestro; roguemos por todos257
X	No se debe dejar fácilmente la comunión260
XI	La escritura y el cuerpo de Cristo son muy necesarios al alma fiel264
XII	Debe prepararse con mucho cuidado el que va a recibir a Cristo en la comunión269
XIII	El alma devota debe desear con todo el corazón la unión con Cristo en el sacramento271
XIV	Cómo ciertos devotos anhelan ferventísimamente por recibir el cuerpo de Cristo273
XV	La gracia de la devoción se alcanza con la humildad y la abnegación275
XVI	Descubramos nuestras necesidades a Cristo y pidámosle su gracia277

- XVII Ardiente amor, deseo vehemente
de recibir a Cristo 279
- XVIII No examinar curiosamente el
sacramento; ser imitador humil-
de de Cristo sometiendo los
sentidos a la fe 282



9 788477 704621